

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE LA PAZ — BOLIVIA

LAS POSICIONES GEOGRÁFICAS

DE LAS

TRIBUS QUE FORMABAN EL IMPERIO DE LOS INCAS

CON UN

«APÉNDICE» SOBRE EL NOMBRE AYMARA

POR

CLEMENTE R. MARKHAM, C. B.

Secretario de la Real Sociedad Geográfica

Versión castellana precedida de una introducción

POR

Manuel V. Ballivián,

**Presidente de la Sociedad Geográfica de La Paz, Director de la Oficina
Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica, etc.**



LA PAZ

Loayza 112—IMPRESA DE «EL COMERCIO»—Loayza 112

1902

SA8587.20

01M72AH
YT1243YIKU
YHAF11



M. J. Ballivian
La Paz.
Bolivia.

POSICIONES GEOGRÁFICAS

De las tribus que formaban el Imperio de los Incas, con un Apéndice sobre el nombre "Aymara". Por Clemente R. Markham, Secretario de la Real Sociedad Geográfica.

(Leído el 10 de Julio de 1871).

Versión del inglés precedida de una introducción por M. V. Ballivián

Reflexiones sobre el escrito de Sir Clements R. Markham.

En julio 10 de 1871, Sir Clements R. Markham, entonces Secretario de la Real Sociedad Geográfica de Londres, y hoy digno Presidente de ella, dió lectura al interesante escrito que al presente publicamos, traducido del Boletín correspondiente al año que arriba hemos apuntado. No conocemos otra versión castellana anterior á la presente, y aún el asunto tratado por este distinguido

americanista y peruanófilo, no lo vemos consignado en el Catálogo de la Biblioteca de la Real Sociedad, publicado en 1895, y que tenemos á la vista.

Muévenos á darlo á conocer, el interés que la materia de que trata encierra, para la ilustración de quienes se ocupan de nuestra antigua historia y la mejor comprensión de los primitivos historiadores de Indias y de los viejos cronicos de las órdenes religiosas, que siempre hacen referencia á las tribus que sojuzgára la conquista española.

Apesar de que la mayor parte del escrito que hoy publicamos, atañe al Perú propiamente dicho, ó país de los «Incas», no hemos querido truncar el cuadro trazado por Markham, al llenar nuestro propósito de someter, al estudio de nuestros eruditos *aymaristas*, ya que nó *aymarólogos*, el «Apéndice» que el autor agrega «Sobre el nombre Aymara».

Es vasta y comprueba la erudición que sobre la historia y geografía americana posee Markham: de ello tenemos muchas pruebas en varias de sus obras, originales unas, y traducciones otras de antiguos escritores del colóniage, con muy eruditas ilustraciones y comentarios, éstas.

Hoy existe vivo anhelo por rastrear los orígenes de la raza ó razas autóctonas de este nuestro Continente Americano, y las investigaciones americanistas que en estos últimos tiempos se han llevado á cabo, han venido á ilustrar muchas cuestiones que nos interesa conocer, sobre todo, si se tiene en cuenta la forma un tanto adulterada en la cual se nos ha transmitido la tradición y primitividad de los pueblos que encontraron los pri-

meros conquistadores de estas tierras, y, para nosotros, del suelo en el cual moramos. No en vano un poeta americanista exclama:

Combien ont-ils vécu? Qu'ont-ils fait sur la terre?
On l'ignore.... La nuit a couvert ce passé.
L'histoire voit un gouffre et ne peut que se taire.
Devant cet âge entier de son livre effacé.

(¿Cuánto han vivido? ¿Qué han hecho en la tierra? Se lo ignora..... La noche ha cubierto ese pasado. La historia vé un abismo y tiene que enmudecer ante toda una época borrada en su libro).

Apesar del tupido velo que nos cubre la vista en el estudio de la evolución de la humanidad, respecto al suelo que pisamos, es indudable que el conocimiento científico y más exacto del pasado de esta América, debe fijar la atención de quienes se dedican á los problemas etnológicos y de filología comparada.

En este sentido, como muy bien lo dice el escritor argentino don Justiniano Carranza, en un estudio sobre «Los tobas, su ubicación, idioma y costumbres» publicado últimamente en Buenos Aires, «los problemas lingüísticos preocupan en la actualidad y reclaman el concurso de los sabios de todos los países. Gramáticas ó epitomes; vocabularios, catecismos, sermonarios y otros libros pialesos, que en su tiempo pasaron casi desapercibidos y que cumpliendo su misión de *manuales* estragárouse con el uso, se consideran ahora como un tesoro de valor inestimable, por la autenticidad y abundancia de los datos que contienen sobre pueblos, que extinguió el sa-

ble de la conquista ó por la noticia de lenguas y dialectos que también desaparecieron ó se modificaron radicalmente con el contacto de las naciones civilizadas».

Es así como contemplamos ese ahincado empeño de la bibliografía contemporánea, para facilitar la indagación y el estudio de rama tan importante del *americanismo*, que rebusca, entre otras fuentes, las de la lingüística indígena; y cuando el libro reviste el carácter de *incunable*, se ha llenado el propósito que se había concebido con ediciones modernas, y hasta conservándoles su fisonomía coetánea, cual lo vemos con las publicaciones facsimilarias hechas en Leipzig, en 1879, por J. Platzmann, del «Arte» y «Vocabulario Aymara», que fielmente reproducen las impresiones de Juli, de 1612.

Estamos muy léjos de creernos juez competente en materia de la lengua Aymara y de otras de las muy numerosas que aún se usan por los indios de Bolivia. Sólo nos limitamos á entregar el escrito de Markham á la consideración de los miembros de nuestra Sociedad Geográfica, teniendo en cuenta que él entraña una tesis hasta hoy no bien dilucidada, y de muy especial interés bajo el punto de vista de la etnografía y de la historia de la geografía nacional.

No creemos que la labor sea insuperable. Quien quiera acometerla, ya encontrará el camino desbrozado por otras investigaciones muy recientes, conforme á la nomenclatura bibliográfica que tenemos á la vista en catálogos americanos razonados, que en gran manera facilitarán el acopio de materiales, en la formación de una monografía lingüística y de filología comparada sobre la lengua Aymara.

El erudito escritor venezolano, don Julio Fe-
bres Cordero, en su «Estudio sobre el origen de
los americanos, basado en la onomatología geo-
gráfica indígena», ha tratado de probar, que la
muchedumbre y diversidad de lenguas no se opo-
nen á la unidad de origen de los americanos; y
que, en vista de los nombres geográficos indíge-
nas, de los que se citan como ejemplo cerca de
1,200 que tienen raíces y desinencias comunes,
puede deducirse lógicamente que en su origen
pertenecen á una misma lengua, y que hubo, de
consiguiente, una sola raza matriz ó primitiva
dispersa en remota antigüedad por todo el Nue-
vo Continente, de la cual descienden, aunque con
mezcla de razas posteriormente invasoras, los in-
dios todos del Septentrión y del Mediodía. Llá-
mase particularmente la atención sobre la voz
hua ó *gua*, que aparece en muchos nombres de
ríos, lugares, montañas, animales y plantas per-
tenecientes á todos los países de América. La
desinencia *hua* ó *gua*, la encontramos en los ríos
Sepahua y *Mishagua*, que desembocan en el Uru-
bamba ó Paro Beni; en *Antacahua*, río del Depar-
tamento de Cochabamba; en el Nevado *Aconca-
hua*, de Chile..... y en numerosos nombres de la
geografía de la América Meridional.

No nos proponemos hacer un escrito de eru-
dición, sino llenar un fin práctico y de mucha uti-
lidad para el país, y tal es á nuestro modo de ver
el asunto que motiva las presentes reflexiones.

Para completar el cuadro que nos hemos tra-
zado, damos á continuación las anotaciones bi-
bliográficas de las obras que indirecta ó directa-
mente deben ser consultadas por quien quiera
tratar el tema que ha creído desarrollar Mar-
kham, en el «Apéndice» consagrado al *nombre*

aymara. Al hacerlo, omitimos aquello que no es de carácter indispensable para el estudio de la tesis, ó se halla señalado en las fuentes que vamos á citar.

Quien detenidamente lea la tesis con tanta erudición histórico-geográfica tratada por Markham, no podrá ménos que meditar sobre la solidez de las opiniones allí asentadas, tanto más cuanto ellas emanan de autoridad tan seria y respetable en el mundo americanista. Con todo, debemos confesar que el escrito de este sabio geógrafo, historiador de cosas de América, y exímio lingüista—puesto que aún se le debe una buena gramática de la lengua quíchua, y la traducción al inglés del drama «Ollanta»—deja en el espíritu la incertidumbre, acaso porque no ahondó más el asunto que á nosotros nos interesa, ó porque no investigó otras fuentes de consulta que á la lengua aymara se refieren. Para que otro que tenga la preparación especial trate tan importante asunto, vamos á apuntar algo que omitió nuestro autor, ó no conocía cuando dió lectura á su escrito, ante la sabia Corporación de Lóndres.

Conforme á las fuentes que nos cita Markham, salvo el Inca Garcilaso de la Vega, y por acaso, ninguno de los historiadores de la Conquista española, cita el nombre *aymara*, como lengua, ni ménos como nación comprendida en la vasta jurisdicción á que alcanzó el Imperio de los Incas; y sí se cita, unánimemente el Collao y los collas, habitantes del territorio que constituyó, ya en la dominación colonial, la Audiencia de Charcas, ó Alto Perú, hoy Bolivia.

Dejando esta disertación que requiere serio y detenido estudio, para quien pueda prestarle detenida atención, pasaremos á consignar una se-

rie de consideraciones, que no tuvo en cuenta el erudito americanista Markham. Parece, según aseveración de éste, que fué por los Jesuitas y en Juli Pueblo, de la provincia de Chucuito, donde se originó la falsa y autojadiza denominación de *aymara*, para designar la lengua y á los indios que hoy habitan una buena porción del norte y centro de Bolivia.

Teniendo á la vista documentos que pueden considerarse coetáneos de la conquista española, vése que mucho antes del establecimiento de la Doctrina y misión de Juli, ya se daba el nombre de aymara á la lengua que como tal aún se habla por muy cerca de un medio millón de indígenas de Bolivia y una parte del Perú, en la hoya lacustre del Titicaca.

Para apoyar nuestro aserto traeremos á colación algunos antecedentes de la historia eclesiástica del Perú.

Es sabido que en 1543, se creó el obispado de Lima, y en 1545, elevóse á Arzobispado, en la misma persona del Ilmo. señor Loayza, quien celebró dos concilios, en 1552 y en 1567. Uno de los puntos que se trató de preferencia en tales asambleas, fué el de la reducción á la fé cristiana de las muy numerosas tribus de indios infieles habitantes en el seno de la Iglesia; y para alcanzar este objeto, se resolvió prestar especial atención al aprendizaje de *las dos lenguas generales del Perú*: el quichua, ó lengua del Inca, y el aymara.

En 1568 fué la llegada al Perú del primer contingente de Padres de la compañía de Jesús, cuyo primer Provincial fué el Venerable Ruiz del Portillo, á quien sucedió el distinguido escritor de la «Historia Natural y Moral de las Indias», Padre José de Acosta. Este reunió, en 1576, una congre-

gación, en la cual se trató («Torres Saldamando») de adoptar las medidas más conducentes para que la Compañía pudiera cumplir los deberes que se había impuesto al establecerse en el país; y se resolvió, entre otras, pedir autorización al General para fundar misiones y residencias en pueblos de indios, y para la creación de Seminarios en donde fueran educados los hijos de los Caciques; y á fin de facilitar la conversión é instrucción de los indígenas, se acordó que se arreglaran Catecismo Mayor y Menor, artes, vocabularios, confesonarios, y cartillas en *quíchua y aymara*, que eran las lenguas más generalmente usadas. Los jesuitas no sólo escribieron aquellas obras en los idiomas referidos, sino en todas las lenguas americanas; formándose un monumento imperecedero..... Los pueblos del interior del país, llamaron preferentemente la atención de la Compañía para establecer sus colegios y residencias, porque en ellos podía atenderse con facilidad á la conquista y reducción de las provincias comarcanas.

Esta consideración obligó al Provincial Padre José de Acosta á aceptar en 1577, para la Compañía, la doctrina del pueblo de Juli, que le fué ofrecida por el Virey Don Francisco de Toledo. Acosta mandó á ella al Padre Diego Martínez, como Superior, y á los Padres Alonso de Bárcena, Diego de Bracamonte y Pedro de Añasco, quienes establecieron aquella residencia». Vemos, años después, cuando el Santo Toribio Alfonso Mogrobejo gobernaba la grey peruana, celebrarse un otro concilio, el de 1583, en el cual se mandaba se publicaran unos catecismos que en quichua y aymara se había ordenado que fueran arreglados, como antes lo apuntamos, en el

segundo que se celebró en 1567, por el Ilustrísimo Prelado señor don Fray Jerónimo de Loaiza. Tal encargo se hizo al Padre José de Acosta, y éste dió cumplimiento á su cometido, en unión de otros Padres del Colegio de San Pablo, de Lima. Dichos catecismos y otros manuales se hicieron en castellano y en aquellas lenguas, teniendo el expresado Padre Acosta como colaboradores á los insignes varones de la misma Compañía, los Jesuitas Blas Valera, Alonso de Bárcena y Bartolomé de Santiago.

Ahora, para confirmar las informaciones, ó meras indicaciones, que se encaminan al propósito que hemos concebido, entre muchos y preciosos documentos autógrafos que posee nuestra colección de manuscritos, citaremos lo que dice el Padre Juan Freylin, en su «Vida del Padre Diego Martínez», escrita en 1629.

Aparte la referencia que allí se consigna sobre la lengua aymara, interesa conocer lo que fué, al finalizar el siglo XVI, la residencia de Juli, á la que está vinculada la tradición de la imprenta en la cual se dió por el Padre Ludovico Bertonio—del cual nos ocuparemos en seguida—una importante série de artes, vocabularios y otros manuales en idioma aymara. Lo que á nuestro objeto atañe dice así: «Está este pueblo situado en medio de la Provincia de Chucuito junto á la laguna tan famosa, que tomó su nombre del dicho pueblo de Chucuito, y se dice por otro nombre Titicaca, la cual tiene más de ochenta leguas de circuito. Tiene su asiento entre cuatro cerros sesenta leguas del Cuzco, y ciento de Potosí. Entre los pueblos, que tiene esta provincia es el mayor este de Juli, y al presente hay en él cuatro muy buenas doctrinas».

.....
«Lo que miró en él la Compañía fue ser muy poblado de indios, que es la mercadería, y empleo, que ella busca; porque tenía de tasa tres mil, y doscientos indios, y había en él al pié de diez y seis mil almas, que pedían ser ayudadas y amparadas en el camino de su salvación. Para esta empresa pues tan heróica, y encomendada á la Compañía de Jesús fueron escogidos, y enviados desde la ciudad del Cuzco á la doctrina de Juli el año de 1577 el Padre Alonso de Barçana, Padre Diego de Bracamonte, el Padre Pedro de Añasco, y el Padre Diego Martínez, varones todos apostólicos.....» (Cap. VI del Libro Primero).

«El Padre Diego Martínez, y sus compañeros deseosísimos de emplear en aquellos desamparados indios los fervores que Nuestro Señor les comunicaba; y para esto comenzaron con mucho trabajo, y cuidado á aprender la lengua Aymara, venciendo la dificultad, y estrañeza de aquel idioma bárbaro, por ver que era medio necesario para la ganancia de aquellas almas, de que se habían encomendado, y así ayudados de la gracia de Nuestro Señor, salieron todos en breve con ella, y comenzaron á ejercitar los ministerios.» (Cap. VII, del mismo Libro).

Como punto de notoria ilustración para el tema que ha desarrollado Markham, y que éste ha omitido en su disertación, preséntase el de la introducción de la imprenta en el Perú, por lo mismo que en esa parte de esta América Meridional, como ántes lo había sido en Méjico, tal vehículo del pensamiento escrito debióse á los Padres de la Compañía de Jesús. Ante todo conviene que se conozca la Real Cédula, que se encuentra

en el Archivo Nacional en Lima, y que nuestro eruditísimo amigo don Enrique Torres Saldamando reproduce en la página 37 de su inapreciable libro— «Los Antiguos Jesuitas del Perú—Biografías y Apuntes para su Historia». (Lima, 1882, 4.º).

Es indudable que para que al Perú se llevara la imprenta en mucho contribuyó el Ilustrísimo Santo Toribio, quien, como lo asienta el escritor arriba citado, «conocía con perfección las lenguas quíchua y aymara». Hé aquí ahora el documento al que acabamos de referirnos:

«EL REY—Conde del Villar, pariente, á quien proveído por mi Virey Gobernador y Capitán General de las Provincias del Perú, ó á la persona ó personas á cuyo cargo fuere el gobierno en ellas, y muy Reverendo, en Cristo, Padre, Arzobispo de la ciudad de los Reyes, del mi consejo. El Padre Andrés López, de la Compañía de Jesús, me ha hecho relación que en el concilio provincial que últimamente se celebró en la ciudad de los Reyes en esas provincias, se aprobaron unos catecismos y doctrinas cristianas que hicieron los Padres de la dicha Compañía en las lenguas de los indios; y se mandó que en todas esas Provincias se enseñase y doctrinase á los dichos indios catecismos y doctrinas; y que así convenía que se imprimiesen en esas Provincias, porque acá no habría quién los supiese corregir, y podría ser de mucho inconveniente el trocarse algunas letras, suplicándome proveer; é visto por los de mi Consejo de las Indias, lo he tenido por bien; y así, luego como viéredes esta cédula daréis orden como, habiéndose hecho en los dichos catecismos y doctrinas el exámen que convenga, se impriman

en esa tierra; advirtiéndole á que se haga con cuidado y como se requiere; y sean uniformes en todas esas Provincias, conforme á lo que está acordado. Fecho en San Lorenzo, á 7 de agosto de 1584 años.—Yo el Rey.—Por mandato de S. M.—Antonio de Erasso».

Por muchos se ha creído, hasta no hace mucho tiempo, que la primera imprenta que funcionó en Lima, teniendo á Antonio Ricardo por impresor, pertenecía á éste. Buenos documentos, que cita el mismo Torres Saldamando,—y existentes en el mismo Archivo Nacional del Perú,—prueban que dicha imprenta, así como la de Juli, fueron importadas ú organizadas por los Padres Jesuitas. Para dilucidar de manera cabal esta materia, remitimos al lector al libro del señor Torres Saldamando, así como al «Boletín Bibliográfico» de la casa editora de Carlos Prince, de Lima, que viene ocupándose, últimamente, de los *incunables* peruanos y de quienes fueron los que los dieron á la estampa.

Creemos haber mostrado el camino al erudito en estudios de la lengua aymara, para que, con la lectura del escrito de Markham, pueda hacer una investigación más detenida, de la que brote siquiera un rayo de luz en tema todavía nó tratado entre nosotros con el criterio científico que es del caso.

Ahora concluiremos estas brevísimas reflexiones, indicando las fuentes bibliográficas que en nuestro humilde juicio pueden ayudar á la ilustración de la tesis que vá en seguida.

Por el grado de importancia que para el efecto reviste, comenzamos por apuntar las obras que tratan directamente del aymara, desde lo más an-

tígüo, hasta lo que es de reciente publicación. Hé aquí lo que conocemos de manera directa, ó por la información bibliográfica, que hoy se ha difundido ampliamente.

Se ha dicho anteriormente, que el primer impresor que vino á Lima fué el turinés Antonio Ricciardi, quien españolizó su apellido llamándose Ricardo. En Méjico fué, igualmente, Juan Pablos, italiano, quien inició el arte tipográfico en esa capital.

Está averiguado, que el primer incunable salido de las prensas de Lima, fué el siguiente opúsculo, hoy de la mayor rareza, poseyendo la Biblioteca Nacional de Lima, segun noticias que tenemos, un ejemplar, obsequiado por los Padres Redentoristas de esa capital, y otro nuestro amigo don Felipe Varela y Valle. En Chile posée otro el distinguido bibliógrafo don Luís Montt, bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Santiago, debiendo éste tal adquisición á nuestro escritor boliviano don Gabriel René-Moreno. El librero madrileño Sr. Murillo, según lo asienta don José Toribio Medina, posée un ejemplar del opúsculo en cuestión. Hé aquí, ahora, el título de tan rara pieza bibliográfica: «Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de Indios, y de las demás personas, que han de ser enseñadas en nuestra santa Fé. Con un confesonario, y otras cosas necesarias para los que doctrinan, que se contienen en la página siguiente. Compuesto por autoridad del Concilio Provincial, que se celebró en la ciudad de los Reyes, el año 1583. Y por la misma traducido en las dos lenguas generales, de este Reyno, Quichua, y Aimara. Impreso con licencia de la Real Audiencia, en la ciudad de los Reyes, por Antonio Ricardo primero impresor de

estos Reynos del Perú. Año de M. D. LXXXIII. Años». 4.º XIV+84 pp.

La Congregación Provincial reunida en Lima por el Padre Joseph de Acosta, en 1576, trató, según dice el señor Torres Saldamando, de «facilitar la conversión é instrucción de indígenas, acordando que se arreglaran Catecismos Mayor y Menor, Artes, Vocabularios, Confesonarios y Cartillas en Quichua y Aymara, que eran las lenguas más generalmente usadas». Tres años después, Santo Toribio hízose cargo del Arzobispado; y, en el de 1583, se celebró el otro Concilio al que se refiere el título del libro que hemos consignado arriba. Fué, pues, dicho Santo, quien encargó al P. Acosta la impresión de la *Doctrina y Catecismo*, que los Padres Jesuitas de San Pablo tenían escrito por orden de la Congregación de 1576. Esta *Doctrina Christiana*, más unos *Sermones, Artes y Vocabularios* se compusieron en castellano y en lenguas quíchua y aymara por los P. P. José de Acosta, Blas Valera, Alonso de Bárcena y Bartolomé de Santiago».

Nuestro bibliógrafo, el doctor don Nicolás Acosta, en su «Introducción» al libro «La Lengua de Adan», colaciona una edición hecha en Sevilla, como sigue: «Catecismo de la lengua aymara del Perú. Ordenado por autoridad del concilio provincial de Lima, é impreso en dicha ciudad, el año 1583» (?). Sevilla, por *Bartolomé Gómez*. 1604, 8.º p. p. 48.

El referido doctor Acosta, dice que con falta de algunas fojas, ese libro formaba parte de la colección americana de don José R. Gutiérrez.—Lo que sí, llama la atención, es la referencia que hace la portada al año de 1583, como el de la publicación de la edición *princeps*, cuando ha que-

dado ya fijada de manera segura la fecha de 1584, año en que comenzó á funcionar la Imprenta dirigida por Antonio Ricardo, y en el cual se sacó á la estampa la *Doctrina y Catecismo*.

El segundo incunable en lengua aymara es el siguiente:

«Tercero Cathecismo y exposición de la Doctrina Christiana, por Sermones. Para que los curas, y otros ministros prediquen y enseñen á los Indios y á las demás personas: Conforme á lo que en el Santo Concilio Provincial se proveyó. Impreso con licencia de la Real Audiencia, en la ciudad de los Reyes.—Año de M. D. LXXXV. 8.º de fs. VII+215 de texto español, quichua y aymara, con 31 sermones».

Si la *Doctrina Christiana*, que vá indicada anteriormente, fué el primer trabajo tipográfico de la Imprenta en Lima, el *Tercero Cathecismo*, como acabamos de decir, fué el segundo; pero ya en forma de libro, siendo aquel incunable sólo un opúsculo. El *Cathecismo*, como la *Doctrina*, fué arreglado por los P. P. Acosta, Valera, Bárcena y de Santiago.

En orden cronológico, apuntamos los documentos lingüísticos siguientes:

Confessionario para los curas de indios. Con la instrucción contra sus ritos: y exhortación para ayudar á bien morir Compuesto y traducido en las lenguas Quichua y Aymara. Por autoridad del Concilio Provincial de Lima, del año 1583. Lima, MDLXXXV, 4.º, fs. 70.

Torres Rubio (Diego de). Arte de la lengua Aymara, compuesto por....., de la Compañía de Jesús. Año 1616. Con licencia del señor Príncipe de Esquilache, Virrey de estos reinos. En Lima, por Francisco del Canto, 8.º, con 52 fs. de

Arte, + 21 á dos columnas de Vocabularios español—aymara + 17 de Confesonario + 26 de Vocabulario Aymara-español y acto de contrición.

Esta obra fué reimpressa, en 1617, en Lima, por Francisco Lasso, en 8.º con 103 fs.; en el mismo lugar, en 1700, por José Contreras, en 8.º con 115 fs.; é hízose una otra edición igualmente en Lima, en 1754 en 8.º con 259 pp., corregida y aumentada.

El P. Torres Rubio conocía también el guarani, del cual publicó, en 1616, un Arte.

Pasemos á ocuparnos del Padre Jesuita Ludovico Bertonio, cuyo nombre se halla tan íntimamente vinculado á la bibliografía de la lengua aymara, con la série de libros que escribió y sacó á la estampa en Juli.

Fué este ilustre escritor natural de la Roca Contrada en la Marca de Ancona en Italia. Vino al Perú en 1581, ingresando, seis años después en la Compañía, cuando tenía veintitres años de edad. En el Perú terminó sus estudios para coadjutor espiritual y en 1593 fué incorporado. Después de sus importantes servicios de la Doctrina de Juli, atacado por la gota, se trasladó á Arequipa, y de ahí al Colegio Máximo de San Pablo, de Lima, donde falleció, á los 73 años de edad y 50 de Jesuita, en el año de 1625.—Torres Saldamando trae una biografía de este ilustre misionero, en su obra «Los Antigüos Jesuitas del Perú», página 71.—Hé aquí la nomenclatura de las obras que escribió y publicó sobre la lengua aymara: «Arte breve de la lengua aymara para introducción del Arte grande de la misma. Roma, por Luis Zannetti, 1603». «Arte y gramática muy copiosa de la lengua aymara. Con muchos, y varios modos de hablar para su mayor declara-

ción, con la tabla de los capítulos, etc. Roma,— por Luis Zannetti, 1603, 8.º, p. p. 349.

Este tratado del Padre Bertonio, trae una introducción que conviene conocer y en la cual se hace la relación de los indios que hablan la lengua aymara; y su fecha es de 3 de noviembre de 1596, en Juli. Dice así:

«Hay muchas naciones de indios Aymaraes, como son Canchis, Caunas, Collas, Collaguas, Lupacas, Pacases, Carancas, Charcas, y otros, los cuales, así como son diferentes en los nombres, así lo son tan bien en las lenguas..... Se enseña en esta arte la lengua Lupaca, la cual no es inferior á la Pacasa, que entre todas las lenguas Aymaraicas tiene el primer lugar: y es mucho más elegante, que todas las demás, que arriva hemos nombrado..... Están los Pacases y Lupacas en medio de todos los Aymaraes, y aunque los Pacases comunmente son tenidos por más polidos, y elegantes en el hablar: pero los Lupacas en esto se aventajan sobre todos, en que tienen pueblos mayores..... No hemos de pensar que estos preceptos de hablar, que aquí se dan, servirán solamente para aprender la lengua Lupaca, pues es cosa cierta, que uno que save hablar una lengua de una provincia, fácilmente entenderá la de otra de la misma nación..... Fué razón acudir principalmente á la provincia Lupaca por estar en ella mayor número de gente que en otras de la misma nación, y también por las razones que se han tocado: pero no será dificultoso entender, y hablar la lengua de los Pacases, Carancas, Charcas, y otros á uno que tuviere bien savida, la lengua de los Lupacas».

La lengua hablada por los indígenas de Juli,

era el aymara de la rama de los *Lupacas*, al parecer la más genuina y pura.

La bibliografía de Ludewig cita una posterior edición, aumentada, hecha en Roma, por el mismo Zannetti, en 1608 y en 8.º

Síguense las demás obras publicadas por el mismo Jesuita, é impresas, en sus pliegos preliminares, por Francisco del Canto, en Lima:

«Arte de la lengua Aymara, con una *sylva* de phrases de la misma lengua, y su declaración en romance. Impresa en la casa de la Compañía, de Jesús en Juli Pueblo, que está en la Provincia de Chucuito. Con la Imprenta de Francisco del Canto. Año de MDCXXII». 2 vols. 8.º 1.º p. p. 11 prel. + 131 de gramática + 4 de tabla de capítulos. 2.º p. p. 241 de dedicatoria y frases + 22 de tablas.

Con el mismo título y del mismo año, la mayor parte de las bibliografías, ó Catálogos razonados, solo consignan esta obra en 1 vol. en 4.º, de 349 p. p., inclusive preliminares. Según Hervas esta última es 2.ª ed. de la que se publicó, en Roma, en 1603.

«Confesionario muy copioso en dos lenguas, Aymara y Española, con una Instrucción acerca de los siete Sacramentes de la Santa Iglesia..... Juli, 1612. 8.º, p. p. VIII prel., 350 de texto y 1 de tabla al fin.

Salió éste después del *Vocabulario*, que luego se verá; porque el autor concibió el bien meditado plan de preparar al catequista con los conocimientos de las voces y frases aymaraicas, como base fundamental.

«Libro de la vida y milagros de Nuestro Señor Jesu Christo en dos lenguas, Aymara y Romance, traducido del que recopiló el Licenciado

Alonso de Villegas, quitadas, y añadidas algunas cosas, y acomodado á la capacidad de los Indios.Dedicado al Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Alonso de Peralta, primer Arzobispo de Charcas, Juli, 1612, 4.º

El año 1879, J. Platzmann, hizo, en Leipzig, las ediciones facsimilarias siguientes:

Arte y gramática de la lengua Aymara. (Roma 1603), 1 vol. en 8.º

«Vocabulario de la lengua Aymara, en 2 volúmenes, en 8.º»

Torres Saldamando, cita además otro libro escrito, y que no se dió acaso á la estampa, del P. Bertonio, cuyo título es: «Sermones y Doctrina Cristiana», en 4.º; pero sin más designación.

Siguiendo siempre el orden cronológico, damos el título de las siguientes obras que tratan de la lengua aymara:

Oré (P. E. Ludovicus Hieronimus, ord. Minorum).—Rituale, seu Manuale Peruanum, et forma brevis administrandi apud Indos Sacrosanta Sacramenta. Neapoli, 1607, 4.º, p. p. 418.

Contiene las oraciones en latín, español, quichua y aymara, así como en la lengua puquina. El P. Oré era natural de Guamanga y tuvo relaciones con el Inca Garcilaso de la Vega.

Ludewig, en su obra «The Literature of American aboriginal languages», y conformándose siempre con la opinión del sabio P. Hervas, dice de la lengua *puquina*—que él llama *puqini*—que es la que hablan «los indios peruanos de las islas del Lago de Chucuito, y en la Misión de los Padres Mercedarios, cerca de Pucará». «Agrega, que tales indios hablan su idioma exclusivamente entre sí, y que no permiten que niñ-

guna persona extraña la aprenda; que para su culto, emplean el quichua; que la lengua puquina no tiene ninguna afinidad con ninguna otra de las americanas.

Mr. R. de la Grasserie, ha publicado el mismo «Rituale», en el trabajo siguiente:

«Langues américaines. Textes Puquina cont. dans le Rituale Peruanum de 1607 avec texte espagnol, traduct. interlinéaire, vocabulaire et essai de grammaire, Leipzig. 1894, 8.º, p. p. 67.

Orden de enseñar la Doctrina Christiana en las lenguas quichua y Aymara, por..... Impreso en la ciudad de los Reyes por Antonio Ricardo. Año M.D.XCVIII.

Pazos—Kanki (Vicente). El Evangelio de Jesu Christo según San Lucas en aymara y español. Traducido de la Vulgata Latina al Aymara, por doctor de la Universidad del Cuzco é Individuo de la Sociedad Histórica de Nueva York. Al español por el P. Phelipe Scio, etc. Londres, M.DCCC.XXIX.

Sardón (Francisco Cipriano). Doctrina Christiana traducida en Aymara. La Paz, 1836, 4.º 1 + 16.

Escrita por orden del Obispo de La Paz don Antonio Sanchez Mátas.

Jurado (J. Gregorio). Catecismo de la Doctrina Cristiana, en Aymara y en Quichua.— Con adhesión de algunas curiosidades, como son los actos de Fé, Esperanza y Caridad; los novísimos, traducido, el modo de advertir la intención á los padrinos el parentesco espiritual, etc. La Paz, 1860, 4.º, p. p. 24.

Catálogo de Aymara de las voces más usuales al Castellano y Quichua. Segunda edición. Aumentada la Quichua. Puno, 1868, 4.º, p. p. 28.

Beltran (Cura Carlos Felipe). *Civilización del Indio. Ortología de los idiomas Quichua y Aymara con la invención de nuevos y sencillos caracteres.* Oruro, 1870, 4.º, p. p. 56.

Civilización del Indio. Doctrina cristiana en castellano y aymara. Oruro, 1872, 8.º, p.p. 38.

Paz Soldán (Mariano Felipe).—*Diccionario geográfico estadístico del Perú.* Contiene además la etimología aymara y quichua de las principales poblaciones, lagos, etc. Lima, 1877, 4.º mayor.

«La Primitividad americana». Cochabamba, 1876, 8.º, p. p. 26.

El que suscribe este escrito, ó colección de documentos, es don Emeterio Villamil de Rada.

El mismo escribió la obra siguiente: «La Lengua de Adan y el hombre de Tiahuanaco». Con una introducción por Nicolás Acosta. La Paz, 1888, 4.º, p. p. 76 de Introducción + XIV + 249.

En 1868, vimos en Paris al señor Villamil de Rada, y comunicámosle una série de números del periódico, publicado en Londres y en francés, con el título de «L'Internationale». En éste un viajero francés, cuyo nombre no conservamos, publicó una disertación ó estudio sobre la primitividad y remota antigüedad de la lengua aymara, como afin y hermana del sanscrito y otros idiomas. Las analogías consignadas por el citado viajero hallanse reproducidas en las etimologías que escribe nuestro filólogo y aymarista, don Emeterio Villamil de Rada.

Solis (Doctoral José Jenaro). *Cartilla de Doctrina Cristiana en idioma Aymara, como hoy se habla en esta ciudad y en algunas provincias.* La Paz, 1882, 4.º p. p. 4+17.

Guía para extranjeros de Chililaya á La Paz.
La Paz, s. f., 8.º, p. p. 14.

Escobari, Isaac. Analogies philologiques de la langue Aymara. Paris, 1881, 4.º

El Cura Escobari, párroco de Sicasica, si no nos engaña la memoria, ocupóse en los últimos años de su vida de hacer estudios sobre esta lengua, que conocía muy á fondo. El trabajo que arriba consignamos, fué escrito á indicación nuestra para que él figurara entre el caudal de documentos que remitimos á la Exposición de Geografía, celebrada en Río Janeiro en 1886.

Prado y Ugarteche (Mariano J.).— Estudio sobre la filología peruana en relación con la historia y la literatura, por..... Lima, 1888, 4.º

Contiene, desde la página 61 hasta el fin, noticia sobre los autores y libros publicados en aymara, quichua y algo de guarani.

Middendorf (E. W.) — Die Aymara—Sprache, M. Einleit. üb. d. früh. Verbreit. d. diese Sprache redenden Rasse u. ihr. Verhältn. zu den Iukas. Leipzig, 1891, 8.º

El doctor Middendorf ha dejado en La Paz la reputación de eximio aymarólogo, lo que está probado con la Gramática que dejamos aquí indicada.

Sanjinés (P. Fr. Fernando de M.).—Manual Aymara de la Doctrina Cristiana compuesto y arreglado por..... (Segunda edición corregida y aumentada). La Paz, 1900, 8.º, p. p. IV+152+IV de Suplemento.

La 1.ª edición publicóse en 1888, en 4.º

Llaqui aru upa José Carlos Asin Amayap
ppampawina uru arsuta, munata lakósipana Ceci-

lio Blanco Choqueyapu kimpu kellkaña «La Paz» Yúngas, tunca phoskani 1891, 4.º, 10 p. p. Desde la página 7 la traducción castellana del discurso fúnebre pronunciado en la traslación de los restos del Canónigo Asin, por Cecilio Blanco.

Rolletes. — Copacabana de los Incas; documentos auto-lingüísticos é isografiados del aymaru-aymara, protógonos de los pre-americanos por J. Viscarra F.—La Paz, Siglo XX.—Palza hermanos, editores.—Papelería y Librería, 1901.

Pág. viii + 552 incluso 59 grabados; epílogo, conclusiones; incorrecciones; índice sintético.

8.º—Imp. y Lit. Boliviana.

Es una reimpresión de la rarísima obra que publicó el Padre agustiniano, Fray Baltazar de Salas, sobre los «Orígenes de las gentes de este Nuevo Orbe», en Antuerpia, año de M.DC. XVIII.

El editor, P. Viscarra, la ha comentado é intercalado mucho de su propia y peculiar erudición en la lengua aymara y con datos históricos y prehistóricos, que requieren seria comprobación de quién ahonde más tan delicado asunto.

Hemos apuntado las obras que sobre la lengua aymara se han escrito é impreso; y creemos que si algo más existe fuera de lo que dejamos indicado, será raro y habrá circulado poco. Aquí conviene citar, igualmente, para ilustración en la materia, los títulos de dos Mss. cuya venta presenciábamos en Paris, en 1869 ó 1870, en la Sala Silvestre, y pertenecientes á un remate de obras americanas de la casa Maisonneuve. Tal colección es la contenida en el Catálogo redactado por Mr. Ch. Leclerc, que va en la respectiva sección de esta introducción. Hé aquí tales títulos:

Historia de los cuatro Evangelios en lengua Aymara, con varias reflexiones para exhortar é instruir á los indios de esta provincia de Cnucuito..... Sacada de un libro antiguo, que ahora 160 años dió á luz el P. Ludovico Bertonio, de la Compañía de Jesús, por el P. Francisco Mercier y Guzmán, de la misma Compañía. Año de 1760. Ms. de 398 p. p.

Historia de N. S. J. C en lengua Pacasa, diócesis urbis de La Paz, in América Meridionali, Perú. Descripsit D. B. de Merian, 1 vol. fol. de 66 p. p. Ms.

El autor D. B. de Merian era canónigo de esta Iglesia Catedral de La Paz, cual se le verá citado en el escrito de Markham.

En 1886 hicimos una investigación en el Archivo Nacional del Perú, en Lima, y pasaron por nuestra vista numerosos documentos relativos á las cátedras de lengua aymara, regentadas por los Padres de la Compañía de Jesús, cátedras autorizadas por Reales Cédulas; y, asimismo, otras permitiéndoles aprender las lenguas de los indígenas de la América Meridional. Entre los papeles de que tomamos nota bibliográfica, citaremos el siguiente:

«Real Cédula fecha á 16 de abril de 1628 sobre una cátedra de lengua aymara, en el Colegio de Potosí».

En este orden de documentos, por cierto muy numerosos y que prueban la importancia que en esos tiempos se dió á las lenguas de los indígenas de las colonias españolas, particularmente á las dos generales—aymara y quichua—apuntamos este otro título más, tomado de nuestro catálogo formado en ese año indicado, y que dice:

«Copia de un capítulo de carta de S. M. al Excmo. señor Conde de Salvatierra, Virey de estos Reynos sobre la proposición del Arzobispo de las Charcas para que los prebendados de aquella iglesia sean examinadores de la lengua de los indios y otros documentos referentes—1652».

Como fuentes indirectas para el estudio del aymara, la lingüística y filología comparada americana, apuntamos, entre muchas que se podría citar, las obras siguientes, incluyendo los catálogos razonados que servirán para mayor información, muy especialmente los debidos á la indisputable competencia de nuestro bibliógrafo don Gabriel René Moreno.

Hé aquí tal nomenclatura, alfabéticamente formada:

Abecia (Valentin). Adiciones á la Biblioteca Boliviana de Gabriel René Moreno. Con un Apéndice del editor 1602—1879. Santiago de Chile, 1899, 1 vol. 12.º p. p. 440+1 de *Erratas*.

El *Apéndice* es del Editor y Conservador de la Biblioteca del Instituto Nacional de Chile, don Enrique Barrenechea.

Antonio (Nicolás). — Bibliotheca Hispana Vetus, sive Hispani Scriptores qui ab Octaviani Augusti Ævo ad annum Christi MD floruerunt. Madrid, 1788, 2 vols. fol.

La edición *princeps* fué hecha en Roma en 1696.

Lleva los nombres de los autores en orden alfabético de los de pila y nó con el de los apellidos, lo que hace difícil la consulta de este notable repertorio.

Arana (D. B.) y R. Lenz. La lingüística americana, su historia y su estado actual. Santiago de Chile, 1893, 8.º, p. p. 49.

Balbi (Adrian). Atlas Ethnographique du Globe. Paris, 1826, fol.

El cuadro XXV contiene la «División etnográfica de América y de las lenguas americanas»; y el XLI, es el «Polígloto de las lenguas americanas», con un vocabulario de 26 voces en unos 120 idiomas y dialectos.

Bartholomew (J. G.). Physical Atlas. Edim.—Westminster, 1899, 7 vols. fól.

El VI está consagrado á la etnografía y demografía. Es, en su género, como obra de geografía científica, lo más correcto y esmerado. Edición de incomparable lujo como ejecución cartográfica.

Brinton (D. G.) — Aboriginal american and their productions, especially those in the native languages. Philadelphia, 1883, 8.º

— American languages, and why we should study them. Philad., 1885, 8.º

— On polysynthesis and incorporation as characteristics of American languages. Philad., 1885, 8.º, p. p. 41

— Studies in south american native languages. Philad., 1892, 8.º.

Cobo (Padre Bernabé). Historia del Nuevo Mundo. Sevilla, 1890—1895, 4 vols en 4.º

El libro XIV, cap. 1.º, trata de la lengua quichua y hace referencia al aymara, como hablada, ésta por los indios del Collao. En otras partes de la obra se hace relación de la diversidad de idiomas del Nuevo Mundo.

Court de Gebelin. Essai sur les rapports des mots, entre les langues du Nouveau Monde et celles de l'Ancien—(p. p. 489—560 del vol. VIII

del «Monde Primitif analysé et comparé, etc.»—
Paris, 1773—1782, 9 vols., 4.º

Douay (L.)—Etudes étymologiques sur l'
antiquité américaine. Paris, 1891, 8.º

Edwards (A.) American Catalogue. New-
York, 18..., 2 vols. 4.º

Este catálogo es considerado como uno de los
más completos en materia de bibliografía ameri-
cana.

Falb (R.)—Die Andes—Sprachen in ihr.
Zusammenhange m. d. semit. Sprachstamm. Lep-
zig, 1888.

Gilii (Abate Felipe Salvador). Saggio di
Storia Americana o sia storia naturale, civile e
sacra de regni, e delle provincie spagnuole di te-
rra firma nell'America Meridionale. Roma, 1780
—1784, 4 vols. 8.º

Gilii fué uno de los Jesuitas extrañados de
América. El tercer volumen de su obra, que tie-
ne el título de «Della Religione e delle Lingue de-
glí Orinochesi é di altri Americani», publicado en
1782, contiene interesantes detalles y noticias re-
lativas á las lenguas de los indios americanos.

Harrassowitz (Otto.—Buchhanlung und an-
tiquariat).—Antiquarischer Catalog.—Gramati-
ken, Lexica und Chrestomathien. Leipzig, 1901.

Hervas Caballero (F.)—Conquenses ilustres.
I: Abate Lorenzo Hervas (1735—1809).

Noticias biográficas y bibliográficas. Madrid,
1868, 8.º, p. p. 230.

Hervas (Lor.). Catálogo delle lingue co-
nosciute; origine, formazione, meccanismo ed armo-
nia degl'idiomi; saggio pratico delle lingue: voca-
bulario poligloto; aritmetica delle nazioni e diver-

sità del tempo fra l'Orientali. 5 tomos, 2 vols.—
Cecena, 1784—87.

Hervas publicó una edición española de su obra, más ampliada, en Madrid, 1800—1805, en 6 vols. en 4.º

Hiersemann (Karl W.)—Catalogue N.º 143. *America-Geography*, aboriginal languages, etc. Leipzig, 1895, 4.º

Lacroix. Pérou et Bolivie. Paris, 1843, 8.º

Forma parte del repertorio «L'Univers» publicado por la casa editora de Fermin Didot. En materia á lengua aymara, sigue las opiniones de Mr. D'Orbigny, en su libro «L'homme américain».

Lafiteau (P.).—De la langue américaine (p. p. 458—490 del vol. II de la obra «Moeurs des Sauvages Américains»). Paris, 1724, 2 vols. 4.º

Leclerc (Ch.). Bibliotheca Americana. Catalogue raisonné d'une très—précieuse collection de livres anciens et modernes sur l'Amérique, etc. Paris, Maisonneuve, 1867, 4.º, p. p. VII + 407.

—Bibliotheca Americana. Histoire, géographie, voyages, archeologie et lingüistique des deux Amériques, etc. Avec 2 supplément=3 parties. Paris, 1878—87, 4.º

Las 3 partes forman un catálogo razonado de 3620 obras.—Asistí á la venta de los libros de la primera colección arriba consignada.

León Pinelo (Ant. de).—Epitome de la Biblioteca Oriental, y Occidental, Náutica y Geográfica. Madrid, 1737—38. Tres partes 1 vol. fol.

La primera edición fué de 1629, en un pequeño volúmen, que amplió considerablemente en esta nueva el muy conocido historiador español don Andrés González Barcia. El capítulo 18 de la Biblioteca Occidental, «Autores que han escri-

to en *Lenguas de las Indias*», contiene noticias bibliográficas y literarias relativas á las lenguas aborígenes de América, y menciona muchas obras sobre esta materia, obras que, en parte considerable, aún permanecen inéditas.

Ludewig (H. E.)—The literature of American aboriginal languages. With additions by W. W. Turner. London, 1858, 8.º, p. p. 24+256.

Malcolme (Rev. Dr.). Letters, essays, and other Tracts, illustrating the antiquities of Great Britain and Ireland; together with many curious discoveries of the affinities between the language of the Americans and the ancient Britons in the Greek and Latin, etc., Also, specimens of the Celtic, Welsh, Irish, Saxon, and American languages. Edimburgh, 1738, 8.º Hay ejemplares de Lóndres, 1744, 8.º

Mallery (Garrick). Introduction to the study of sign language among the North American Indians, as illustrating the gesture—speak of mankind. Wash., 1880, 4.º

Mossi de Cambiano (R. P. Fr. Honorio). Clave harmónica ó demostración de la unidad de origen de los idiomas, valor y significación de las letras alfabéticas de todos los idiomas, de un modo matemático é infalible, para lo cual se han consultado las lenguas hebrea,..... quichua, aymara, etc. 2.ª edición. Madrid, 1864, 4.º, p. p. 138.

El autor fué misionero apostólico en Bolivia y autor de una Gramática y de un Diccionario Quichua-Castellano y Castellano-Quichua. Falleció en Santiago del Estero en 1895.

Orbigny (Alcide d'). L'homme Américain (de l'Amérique Méridionale). Paris, 1839, 2 vols 8.º y Atlas.

Pickering (J.).—Ueber die Indian. sprachen Amérikas. Leipzig, 1834, 8.º

Platzman (J.).—Amerikan.—Asiat. Etymologien V Vehring—Strasse «from the East to the West.» Leipzig, 1871, 8.º

—Verzeiche, ein Auswahb Amerik.

—Gramatiken, Wörterbüctoer, Katechismen
W. S. W. S. Leipzig, 1876, 8.º

Powell (J. W.).—Introduction to the study of indian (american) languages. Washington, Smithsonian Institution, 1880, 4.º

René—Moreno (Gabriel).—Biblioteca Boliviana. Catálogo de la Sección de Libros y Folletos. Santiago, 1879, 4.º mayor, p. p. VIII + 880.

—Biblioteca Peruana—Apuntes para un catálogo de impresos—I Libros y folletos peruanos de la Biblioteca del Instituto Nacional—II Libros y folletos peruanos de la Biblioteca Nacional y Notas bibliográficas. Santiago de Chile, 1892, 2 vols. 4.º 1.º vol. = VIII + 558; 2.º vol. = 618.

—Primer Suplemento á la Biblioteca Boliviana **Gabriel René—Moreno.** Epítome de un Catálogo de libros y folletos—1879—1899. Santiago de Chile, 1900, 12.º, p. p. X + 349.

Relandi (Hadriani) Dissertationum Miscellanearum Partes Tres. Ultrajecti, 1706—7—8. Son trece las disertaciones, y una de ellas trata «De Linguis Americanis».

Sentenach (Narciso). Ensayo sobre la América Pre-Colombina. Toledo, 1898, 8.º, p. p. XXXVIII + 187.

Estudio metódico y de exposición de los actuales conocimientos americanistas sobre la an-

tropología, la etnografía, la religión, las instituciones, la lingüística, etc., del continente descubierto por Colón.

Sobron. Los idiomas de la América latina. Estudios biográficos — bibliográficos. Madrid, 1877, 8.º, p. p. 137.

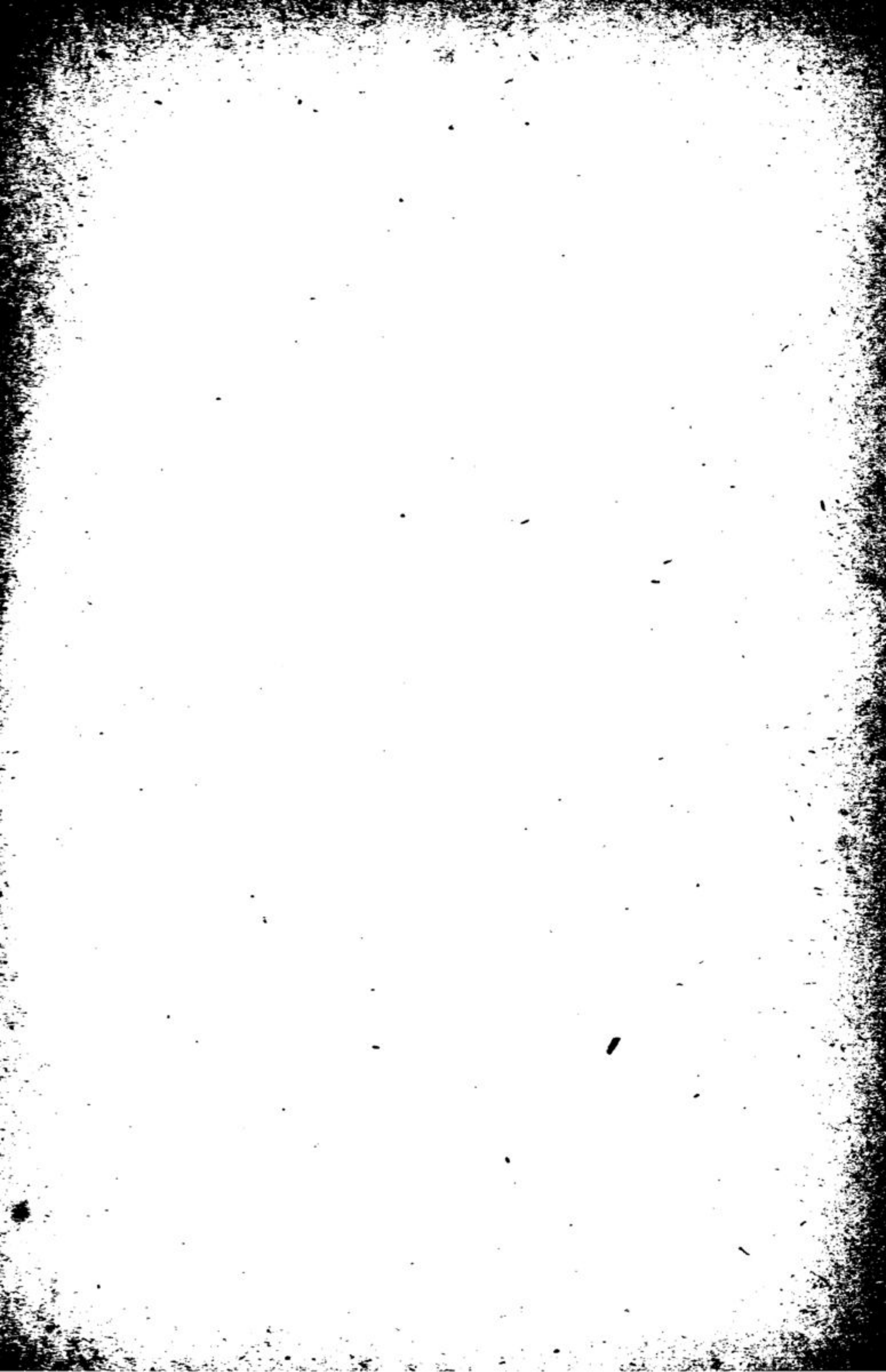
Torres Saldamando (E.). — Los antiguos Jesuitas del Perú. Lima, 1882, 4.º, p. p. XV + 400.

Obra de indispensable consulta en materia informativa de la bibliografía de la lengua aymara. Contiene, entre muchas buenas biografías de Padres Jesuitas del Bajo y Alto Perú, las de Bertonio, Valera, Acosta, Santiago, Torres Rubio, que han escrito obras para el catequista en dicha lengua

Viñaza (Conde de la). Bibliografía española de lenguas indígenas de América. Madrid, 1892, 4.º p. XXV + 427.

La Paz, 1.º de octubre de 1901.

Manuel V. Ballivián.



POSICIONES GEOGRÁFICAS

*De las tribus que formaban el Imperio de los Incas,
con un apéndice sobre el nombre aymara.*

El estudio del carácter y grado de civilización alcanzado por los aborígenes americanos, es especialmente importante; porque esa civilización era inherente á la raza misma. Los tres Imperios Americanos de los Incas, Chibchas y Aztecas, fueron basados en el progreso alcanzado en las artes de la civilización por las tribus que componían dichas razas, y en los esfuerzos unidos, después que se hubieron amalgamado y formado grandes naciones. Pero, la tendencia de los imperios unidos era obliterar todos los rasgos y características de las tribus respectivas, y hacer extremadamente difícil el clasificarlas ó distinguirlas entre sí. Esta dificultad fué aumentada por la falta de sistema en los escritos primitivos que son los únicos que pueden ahora suministrarnos información. Así que, solo analizando las civilizaciones americanas en sus elementos, extrayendo de

todas las fuentes fidedignas los nombres, localidades y características de las tribus componentes del Imperio, y clasificándolas con la precisión que fuere posible, podrá el investigador obtener conocimientos sobre la historia primitiva de las razas americanas, ó alguna idea sobre su origen. Sin esa clasificación, no tiene fundamento alguno en qué basar cualesquiera conclusiones y muy poco en qué ejercer su ciencia con provecho.

En el presente ensayo, me propongo emitir un juicio sobre la clasificación geográfica de las tribus que se combinaron finalmente para formar el Imperio de los Incas; y espero, en una ocasión próxima, exponer en el mismo orden lo concerniente á las tribus radicadas en la región de la civilización Chibcha.

Pero, ante todo es esencial hacer un exámen prolijo de las autoridades en cuya veracidad tendremos que confiar, para fijar con gran cautela la suma de credibilidad que se debe conceder á cada uno, y atender estricta y minuciosamente á las conclusiones derivadas de tales consideraciones.

Ahora, proseguiré, presentando los cánones de la crítica que me han guiado en las presentes investigaciones, y sobre las que descansan mis conclusiones. Mi primera regla es: no aceptar hecho alguno relacionado con nombres de tribus, sus localidades y circunstancias al tiempo de la conquista, á no ser que tal hecho sea citado por un autor que haya residido en el país durante ese acontecimiento, ó tan luego después, que ha sido contemporáneo de los conquistadores. Incluyo á tales autoridades en primera categoría, que se compone de los siguientes:

1.—Polo de Ondegardo, abogado y estadista de discernimiento y saber, cuyos escritos son en-

teramente fidedignos. Desgraciadamente, están todavía en manuscrito, y solo una porción de ellos está en mi poder (1550).

2.—Cieza de Leon, es autoridad que sigue en importancia. Fué un hombre generoso, y de ideas liberales; su obra dá prueba evidente de imparcialidad, exactitud é inteligencia (1554).

3.—Agustin de Zárate. Es una autoridad que tuvo excelentes oportunidades de observación, pero fué de entendimiento muy denso con respecto á la interpretación de nombres y frases de los naturales, y muy inferior á las autoridades antedichas en exactitud, poder de observación y valor del material que juntó (1555).

4.—Fernandez de Palencia es una autoridad de igual peso que Zárate, pero inferior á los otros (1571).

5.—Cristobal de Molina, el cura del hospital del Cuzco. Sus relaciones de los ritos y ceremonias de los Incas con sus rezos é hymnos, existe todavía en manuscrito en Madrid (1580).

6.—Miguel Balboa, buena autoridad, que estuvo en el país desde 1566 á 1586; principalmente en la región de Quito.

7.—El Padre Blas Valera, hombre docto, lingüista y buen observador. Únicamente fragmentos de sus obras han sido preservados por el Inca Garcilaso; pero ellos son de gran valor (1590).

8.—El Padre José de Acosta, Jesuita, cuya Historia natural de las Indias contiene muchos datos curiosos; pero éste no sabía el idioma y era crédulo y predispuesto. Nos dice que cita á Polo de Ondegardo, y si hubiese como el Inca Garcilaso dado referencias respecto á la autoridad que

cita, sería posible escoger los trozos de su obra que merecen fé. (1) Pero no lo hace así (1590).

9.—Garcilaso Inca de la Vega. Aunque el gran historiador vivía durante la generación que sucedió á la conquista, le coloco en la primera categoría; debido á que su origen indiano y correcto conocimiento del idioma le daban ventajas y oportunidades que ningún otro autor poseyó. Él, es el único entre los primeros historiadores que cita á cada autor que le suministra información, y que compara con cuidado sus aserciones.—En cuanto á la suma é interés de los detalles recogidos por él, vale mucho más el Inca que todas las demás autoridades en conjunto (1609).

Mi segunda regla, es de no aceptar ninguna narración respecto al nombre, localidad ó primer período histórico de cualquier tribu, hecho por cualquier autor que escribió durante los dos siglos que siguieron al de la conquista; á no ser que dicha narración esté corroborada por uno ó más de los autores de la primera categoría. El Inca Garcilaso, por los motivos ya expuestos, es el único que exceptúo en mi proceder. Las exposiciones hechas por autores posteriores á Garcilaso respecto á los usos y costumbres de las tribus, son dignos de atención y consideración en sus méritos relativos.

Puede considerarse como fuera de duda la antigüedad de muchas de estas costumbres, especialmente las de carácter religioso y supersticioso.

(1) Padre José Acosta. Su nomenclatura de las Estrellas en el idioma Incaico, es copiada de Balboa, sin referencia alguna.

Los autores de la segunda categoría son:

1.º—El Obispo Luis Jerónimo de Oré, oriundo de Guamanga, cuyo «Manuale Peruanum» es la única fuente que nos suministra muestras de las lenguas Puquina y Mochica. (Nápoles 1602).

2.º—Dávalos y Figueroa, originario de La Paz, cuyo conocimiento de los idiomas fué causa de que hubiese esparcido entre algunos ensayos pedantescos sobre el amor, fragmentos de información de valor. (Lima, 1602).

3.º—Torres Rubio, Jesuita, y autor de gramáticas y vocabularios en el idioma de los Incas, (quichua) y el de los Collas (aymara) 1.ª Edición (1603).

4.º—Juan de Figueredo, autor de un vocabulario y notas en el idioma Chinchasuyu. (En Torres Rubio).

5.º—Francisco de Toledo, estadista de celo y energía incansables y de gran aptitud para el trabajo; cuyas Ordenanzas contienen una multitud de datos curiosos (1590).

6.º—González Holguin, Jesuita, lingüista, que fué el intérprete general de Toledo. Escribió una Gramática y diccionario del idioma de los Incas (1607).

7.º—Francisco de Avila. Sacerdote, que escribió una relación interesante sobre los ritos supersticiosos de los Indios de Huarochiri (1601). Existe todavía en manuscrito en Madrid.

8.º—Ludovico Bertonio, Jesuita italiano, que escribió una gramática y un voluminoso diccionario del idioma viciado que se hablaba en Juli, cerca de la orilla occidental del lago Titicaca, por una mezcla de muchas tribus reunidas allí y ori-

ginarias de todas partes del Imperio Incaico. Llama «Aymara» á este idioma (1612).

9.—Alonso de Ramos, un milagrero y autor de la historia de Copacabana, en la que dá algunos datos de valor respecto á las tribus que vivían al rededor del lago Titicaca (1620).

10.—Pablo Arriaga, un iconoclasta fanático, y culpable de muchas barbaridades; pero su obra sobre la extirpación de la idolatría es enteramente inapreciable (1621).

11.—Memorias de los Vireyes. Los Despachos y Memorias de los Vireyes Príncipe de Esquilache. (1620), y Conde de Castellar (1681), contienen relaciones sobre los indios salvajes Urus.

12.—Fray Bernardino de Cárdenas, oriundo de La Paz, escribió el Manual y Relación de las cosas del Reyno del Perú, que es muy útil. (Madrid, 1634).

13.—Fray Diego de Córdova y Salinas, originario de Lima y cronista de los padres franciscanos, hace una narración útil sobre sus misiones. (Madrid, 1643).

14.—Fernando de la Carrera, oriundo de Truxillo, publicó la única gramática de los Indios de la costa del Perú. (Yunca) Lima, 1644).

15.—Fernando Montesinos «Fernan Méndez Pinto, era su prototipo. Oh embustero de primera magnitud! (1652).

16.—Calancha, cronista de los padres Agustinos, cuya obra es un precioso almacén de detalles respecto á los usos y costumbres de los Indios (1653).

17.—Juan de Padilla, autor de una carta interesante é importante sobre la condición y tratado á los Indios (1657).

18.—Fray Bernardo de Tórres, profesor limeño que escribió una segunda crónica sobre los actos de los padres Agustinos en el Perú; que es inferior á la de Calancha (Lima, 1657).

19.—Antonio de León Pinelo, abogado; cuyo informe á los Vireyes corrobora y añade algo á la información dada por Arriaga y Padilla (1660).

20.—Gaspar de Escalona, originario de Chquisaca, en su «Gazofilacio Real» há reunido muchos datos de valor (Madrid, 1647).

21.—Francisco de Montalvo escribió la vida de Santo Toribio, el Santo Arzobispo de Lima; que contiene varios detalles interesantes respecto á los Indios (Roma, 1683).

22.—Juan de Santa Cruz Pachacúti. Una relación de las antigüedades del Perú, por un indio. Existe todavía en manuscrito en Madrid, (1690).

23.—Pedro Peralta. Su descripción del Perú é historia del origen de los Incas, es á veces útil para sugerir mayor indagación sobre ciertos puntos. (Lima, 1723).

24.—Mercurio Peruano. Periódico limeño que contiene importantes narraciones sobre los indios Canas y Canches, y los de Trujillo, Tarma, etc. (Lima, 1790—96).

25.—Juan, Jorge y Antonio Ulloa. En sus viajes y noticias secretas dan mucha información respecto á los Indios de Quito.

26.—Juan de Velasco, literato muy laborioso y defensor patriótico de las razas Sud-Americanas contra los ataques de Robertson y Pauw. Su historia de Quito es inestimable (Quito, 1789).

27.—Lorenzo Hervás. La gran erudición y aguda crítica del abate, sus observaciones apre-

ciables sobre los idiomas y dialectos del imperio Incaico, le colocan en el primer rango de las autoridades de segunda categoría (1800).

Mi tercera regla es hacer caso omiso de algunos de los primeros escritores, como son: Herrera, Gomara y Levinus Apollonius que nunca vivieron en el país; á no ser que citen á sus autoridades.

Mi cuarta regla es: que á pesar de reconocer el gran valor é importancia de las obras de viajeros y eruditos modernos, especialmente las de Rivero, Von Tschudi, d'Orbigny, Lorente, Mossi, Paz Soldan, Barranca, Squier, Wilson, Forbes y Bollaert, y aprovechar muchas de sus referencias y sugerencias, no confiar jamás en ninguna aserción que ellos hicieren que no fuera basada en su observación personal.

Mi quinta regla es: considerar las tradiciones de los indios de nuestro tiempo y las relaciones de personas contemporáneas, respecto de acontecimientos históricos, que no estén apoyadas en autoridades contemporáneas, como de ningún valor.

Así resumiendo las reglas de la crítica que han guiado á estas investigaciones, los nombres y localidades de las tribus derivan de autoridades de primera categoría, algunos detalles adicionales sobre los puntos arriba citados, son recogidos de las autoridades de segunda categoría, cuando están corroboradas en lo principal por escritores de los primeros tiempos y los únicos fidedignos; narraciones sobre usos, costumbres é idiomas hechos por escritores de segunda categoría, se aceptan, cuando no son contradictorias; mientras que las relaciones hechas por autoridades que vivieron en los primeros tiempos pero que no estuvie-

ron nunca en el país, se rechazan de plano, si es que no citan á sus autoridades. Un conocimiento personal de las localidades es necesario para la identificación de los sitios mencionados por todas las autoridades, así como un conocimiento de los idiomas, razas y restos arquitectónicos. Sería inútil intentar una investigación crítica sobre esta materia sin poseer estos conocimientos especiales.

El grado de familiaridad que poseo de la topografía del país, se conocerá por el mapa adjunto. (*)

En cuanto á las regiones al Norte y Sur de la parte explorada por mí personalmente, estoy obligado á confiar en los informes que dan sobre ellas otros viajeros.

La región habitada por las naciones que formaban el Imperio de los Incas, es una tira larga de montaña y costa, deslindada en el Este por las selvas y llanuras de la hoya Amazónica; en el Oeste por el Océano Pacífico y estendiéndose al Norte y Sur de los 2° Norte á los 20° Sur aproximadamente, ó sea un poco más de 1500 millas con un ancho medio de 400 millas entre la costa y las selvas Amozónicas.

Esta vasta región comprende cada variedad de clima, y contiene dentro de sus límites selvas tropicales exuberantes; valles con el clima de Italia, una región de costa parecida á Sind ó Egipto, lomas y altiplanicies templadas, terrenos de pastoreo helados, y altas cumbres y mesetas dentro de los límites de las nieves perpétuas.

(*) Lo suprimimos por ser únicamente el plano de la ciudad del Cuzco y sus contornos. Trad.

En la ladera de una montaña, la mirada puede abarcar simultáneamente, cañaverales y platanales en la zona inferior; sembradíos de maíz un poco más arriba, sombreados por árboles corpulentos, verjeles con frutas tropicales, extensiones de trigo y cebada, declives sembrados de papas y quínua, terrenos de pastoreo frígidos, donde llamas y alpacas pacen y pináculos rocosos cubiertos con nieve. En tal país, con tal variedad de clima y productos y en donde la comunicación es tan difícil, las varias naciones parecen haber desarrollado gradualmente sus capacidades, en un aislamiento casi completo, y muy influenciados por las condiciones que las rodeaban durante un largo período. Voy á tratar de bosquejar los principales rasgos de esta región é indicar sus divisiones naturales, mientras dejo á la consideración del lector mi clasificación de las naciones y mi parecer respecto á las posiciones ocupadas por cada una, tal cual la indicaron los primeros escritores.

Las divisiones de las tribus del Imperio de los Incas, corresponden bien con los principales aspectos físicos del Imperio. Ellas consisten de cinco regiones bien definidas, cuatro, que siguen las líneas de las cordilleras y la quinta la de la costa. La primera, y la más septentrional, se extiende desde el río Ancas-Mayu al nudo de Loxa en una extensión de 350 millas, y queda incluida en el reyno de Quito. La segunda se extiende desde el Macizo de Loxa á la cumbre que separa el desagüe del Huallaga y Ucayali. Esta región tiene 450 millas de extensión y comprende la división Incaica de Chinchasuyu.

La tercera región, y la más importante, es la que sirve de desagüe á afluentes del Ucayali.

Esta incluye la cuna de la raza imperial, y por eso la llamaré División Incaica.

La cuarta región comprende la hoya del lago Titicaca, y es conocida por el nombre de Collao.

La quinta es la región de la costa y se extiende á lo largo de las Costas del Pacífico desde la bahía de Guayaquil hasta el desierto de Atacama, una distancia de 1200 millas.

Las principales tribus de la costa fueron llamadas Yuncas por los primeros escritores y por los Incas, y por eso tomaré este nombre para indicar la división.

He enumerado las regiones montañosas en su orden respectivo del Norte á Sur, pero, me propongo tratar acerca de ellas en el orden de su importancia; como sigue: I. La región Incaica, II. La región del Collao, III. La región Chinchasuyu, IV. La región Quitú y V. La región Yunca.

I. La región de los Incas.

La región de los Incas se extiende desde el *divortia aquarum* entre las hoyas del Huallaga y Ucayali en el cerro de Pasco, hasta el *divortia aquarum* entre las hoyas del Ucayali y lago Titicaca, en la base del famoso pico de Vilcanota en una distancia de 380 millas. Esta región está circundada por las lomas de la Cordillera marítima y los Andes del Este, y por ella desaguan los afluentes del Ucayali, excepto en un solo punto,

en donde se eleva por alguna distancia hácia la vertiente de la Costa. En esta región montañosa, se encuentra toda variedad de clima; aquí, la naturaleza ha obrado en su mayor y más imponente escala. El paisaje es soberbio, los productos de todas las zonas están reunidos en las laderas de una montaña; pero las dificultades que al avance de la civilización oponen los poderosos obstáculos de la naturaleza, son tales, que abruma en un grado máximo el genio del hombre. Humboldt ha observado que, «cuando razas emprendedoras, habitan un país cuya topografía les presenta dificultades en gran escala que es menester vencer, la lucha contra la naturaleza llega á ser un medio poderoso para aumentar su fuerza y poder, así como su valor» (2).

Un país como éste, estaba bien adaptado para ser la cuna de la raza imperial; sus divisiones naturales están marcadas por ríos que, ó bien cruzaban el territorio, ó formaban el límite de las seis naciones aborígenes de la región Incaica, que fueron las siguientes:

1.^a Los Incas, cuyo sitio original fué la región entre los ríos Apurímac y Paucartampu, bisectada por el hermoso Valle del Vilcamayu.

2.^a Los Canas, entre la cumbre del paso de Vilcanota y el punto hasta donde se extendían originariamente los Incas en el Valle del Vilcamayu; con las montañas á ambos lados.

3.^a Los Quichuas, cuyo país se extendía originariamente desde el Apurímac hasta las pampas; pero, que fueron más tarde confinados á los

(2) «Aspects» 11. p. 274.

valles y montañas del Sur en las que tienen su origen las fuentes del Apurimac y Amancay y sus afluentes.

4.^a Los Chancas, Nación que se extendía desde la proximidad de Huanta á las pampas, y que más tarde, después de alejar á los Quichuas hácia las cabeceras de los valles, se extendió al Apurimac.

5.^a Los Huancas, que ocupaban el valle de Sausa y las orillas del lago Pumpu, hasta la cumbre del Cerro de Pasco.

6.^a Los Rucanas ocupaban las montañas elevadas de la Cordillera Marítima, y en parte la vertiente de la Costa.

1. Los Incas.

Las seis naciones arriba citadas estaban íntimamente unidas. Viviendo en regiones parecidas, en todo punto su desarrollo dependía de las mismas causas y tenían que encontrar las mismas dificultades en su primer avance hácia la civilización.

En los tiempos prehistóricos hubieron sin duda muchas luchas para obtener la supremacía y el mando, hasta que la Nación Incaica finalmente obtuvo el dominio absoluto. Los límites originales de la región de los Incas, están dados por el historiador Garcilaso; y, siendo que los límites territoriales ocupados por cada *ayllu* ó linaje fueron cuidadosamente anotados, se puede suponer con fundamento que ellos han sido definidos debidamente.

El país de los Incas estaba deslindado en el Oeste, por la garganta á pique del Apurímac y en el Este el río Paucartampu. En el Norte y Sur se extendía á lo largo del Valle de Vilcamayu que pasaba por su centro, desde Quequesana á la fortaleza de Tampu. Así que consistía de un rico y fértil Valle central que producía cereales y fruta en abundancia y de una zona montañosa á ambos lados con terrenos de pastoreo y alturas ásperas. Cuzco está situado en las serranías del Oeste entre el Valle Central y el Apurímac, el distrito tiene una extensión aproximada de 70 millas de ancho por 60 en extensión. El nombre apropiado para designar la nación aborígene de esta comarca, es Inca. Todos los Jefes, ó mejor dicho los cabecillas de los Ayllus ó linajes fueron llamados Incas; y no fué sino hasta un período posterior que el nombre pasó á ser título especial de la real familia. Aún después, los hombres principales de esta cuna original de la raza imperial, retuvieron el nombre de Incas; pero, se pretendía que el título les fué conferido como favor especial. (3)

Es extremadamente improbable que una familia real confiriese su propio título á todos los Jefes principales de las aldeas de sus dominios, y lo más probable es, que el nombre Inca era el nombre original de la Nación, y fué después adoptado como título imperial cuando el Jefe de la Nación llegó á ser el soberano de muchas otras naciones. Los nombres de los Ayllus ó tribus de la Nación Inca, fueron los siguientes:

(3) *G. de la Vega*. I lib. I, cap. 22.

OESTE	CENTRO	ESTE
hácia el Apurímac	Hoya de Vilcamayo	hácia el Paucartampu
Chinchapucyus. Rímac-tampus. Papris. Mascas. Chillquis.	Hanan-Cuzcos. Hurin-Cuzcos. Yucasis. Ayamarcas. Quespicanchis. Muynas. Quehuaras. Huarucos Urcos.	Poques. Mayus. Cancus.

No hay fundamento para la opinión de que los Incas vinieran originariamente desde lejos. La tradición popular era, que aparecieron por primera vez saliendo de una cueva situada en Paccartampu casi en el centro del distrito que habitaron; ó en otras palabras, que hasta donde la tradición haya podido penetrar en la historia de su pasado, su civilización era enteramente de origen indígena. Una teoría muy predominante, deduce sin embargo que los Incas son originarios de las orillas del lago Titicaca, y sobre esta pirámide invertida se han acumulado muchas otras teorías sin fundamento. Es por lo tanto necesario desembarazar el terreno, manifestando en pocas palabras las razones para creer que los Incas fueron habitantes aborígenes de la región inmediata al Cuzco, y la evidencia sobre que descansa su supuesto

origen en el Titicaca. A todos los primeros escritores con excepción de Zárate (4) que se ocuparon de este asunto é inquirieron á ese respecto de los Indios del tiempo de las conquistas, ó de las generaciones siguientes, se les refirió la misma tradición, aun cuando algunos de dichos autores anotan también otras tradiciones. Esa tradición señalaba el origen local de los Incas y demostraba que entre el pueblo no existía idea de que el primer Inca hubiese venido de lejos. Polo de Ondegardo (5), Fernandez (6), Balboa (7), Garcilaso de la Vega (8), Acosta (9), Montesinos (10), Dávalos y Figueroa (11), y Molina (12), todos han conservado la misma tradición, y la relación que hacen de ella se diferencia suficientemente para demostrar, que sus relatos fueron derivados de fuentes independientes entre sí.

(4) *Zárate*. Historia del Perú, lib. I, capt. 22.

(5) *Ms.* Del linaje de los Incas y como casquitaron.

(6) *Historia del Perú*. Part. II, lib. III, cap. 5.

(7) *Historia del Perú*. [J. Campans Ed.] Vol. VI, p. 18.

(8) *Com Real*. I lib., I cap. 18.

(9) *Historia Natural de Indias*. Lib. V, cap. 20.

(10) *Mem. Hist.* F. Campans. Ed. Vol. VIII., p. 3.

(11) *Miscelánea Austral*. Coll. XXII, p. 141.

(12) *M. S. Penes*, C. R. M.

Zárate, Balboa, Molina y Acosta (13), fueron también informados de que los Incas procedían del lago Titicaca; y una historia semejante fué relatada á Garcilaso por un viejo príncipe Inca que fué su tío (14). Este príncipe, que contó otras historias maravillosas á su sobrino, fué biznieto del Inca Tupac Yupanqui; que construyó muchos edificios en las islas del lago, y que encantado de la brillantez y extensión de sus aguas, hizo de las orillas de este mar interior su residencia favorita.

El mismo Garcilaso que cuenta ambas tradiciones populares y la historia de su tío, las considera á ambas poco dignas de fé (15); y sospecha que una ficción, ya sea en una ú otra forma, fué inventada por los primeros soberanos en vista de establecer su autoridad. (16)

El origen de la fábula del Titicaca puede colegirse de la narración de Molina, que relata como sigue la creencia de los sacerdotes Incaicos:

El creador, dice, vivió en Tiahuanacu; de aquí los hermosos edificios que existen en ese lugar.

Las tinieblas cubrían la tierra, y allí creó el sol y la luna mandándoles ir á la isla del Titicaca y de allí ascender á sus sitios respectivos en el cielo. También creó al primer Inca, y cuando el sol ascendió, llamó al primer Inca y le ordenó que fuera el dueño del mundo. Al mismo tiempo el creador hizo que el primer Inca y su mujer bajaran á la tierra y salieran nuevamente de la cueva

(13) *Hist. Nat. de Indias*. Lib. I, cap. 25.

(14) *Com. Real.* p. lib., I, cap. 16.

(15) *Mi traducción*. Vol. I, p. p. 61 y 71 XXX.

(16) *I bid.* p. 93 Vol. XLI.

de Paccaritampu. Los antepasados de las otras tribus del Imperio fueron igualmente creados en Tiahuanacu, y, descendiendo á la tierra, se dirigieron á sus respectivas comarcas, desde las cuevas ó fuentes de piedra, que fueron objeto de adoración posteriormente con la denominación de *Huacas*.

Hay mitos sacerdotales que al culto se refieren. En sus festividades, los Incas se dirigían hacia el sol saliente. En tres meses del año el sol se presenta exactamente en el lugar donde termina el camino que del Cuzco conduce al Collao, y cuando el territorio incaico tan solo se extendía á Quequerana, era en Paccaritampu, muy próximo, y el más cercano punto del sol saliente, donde los Incas fijaron el origen de su antepasado ó sea el hijo del sol. Cuando las conquistas de los Incas se hubieron extendido hasta el Collao, los sacerdotes contemplaron al sol que nace en el lago Titicaca; y así cuando los Incas comenzaron á emplear á los pueblos domeñados en la edificación de sus vastos edificios de Tiahuanacu, señalaron este sitio como lugar mítico del origen de su deidad. Pero la tradición referente á la construcción de estas ruinas se borró, y fué como atribuyósela al Creador mismo. Algunas centurias después el Inca Tupac-Yupanqui construyó templos en la isla de Titicaca y para aumentar su santidad hizo creer que el sol nacía en Tiahuanacu ántes de subir al cielo. El punto principal que se debe observar en todo ésto, es que el origen del Creador relacionado con Paccari—tampu, es la tradición más antigua y en general la más creída por el pueblo. Por lo tanto, cuando los sacerdotes que seguían los nacimientos del sol llegaron al lago Titicaca y adoptaron

la nueva fábula de Tiahuanacu, parece que sintieron la necesidad de conexionarla con la tradición más popular y antigua. Así que á Manco Capac se le coloca en Tiahuanacu, y allí desaparece debajo de la tierra, volviendo á salir en Paccari—tampu y teniendo allí su segundo origen. Esto demuestra que el origen relacionado con Paccari—tampu, era la creencia primitiva y que el origen del Titicaca era una idea más moderna, concebida después de la conquista del Collao y que ambas fueron historias fabulosas relacionadas con el culto del sol y que no se referían á ningun hecho real.

Habiendo dado solución á estos mitos, tenemos que entrar en consideraciones respecto á un pueblo que estuvo establecido desde los tiempos prehistóricos en los distritos inmediatos al Cuzco, y que gradualmente desarrolló un poder y civilización indígenas, hasta que dieron principio á una carrera de conquista, y que sus dominios tomaron proporciones de Imperio. No es el objeto del presente ensayo discutir los varios puntos de interés relacionados con la civilización Incaica, solo discutiremos algunos, hasta donde nos permitan eliminar de la historia de otras naciones elementos Incaicos; para así obtener nociones correctas acerca de su condición primitiva. En vista de este objeto, será sin embargo necesario considerar brevemente la naturaleza de la creencia religiosa de algunas de las costumbres y del idioma de los Incas; y especialmente tener en cuenta el carácter de su arquitectura y los períodos progresivos de su avance en el arte de la construcción.

El rasgo principal en la religión popular de los Incas, era la creencia de que todas las cosas

en la naturaleza tenían su ideal, ó alma, que los gobernaba y guiaba; y al que los hombres podían pedir auxilio. Acosta compara esta doctrina á las ideas ó esencias de Platon. Esta era la creencia del pueblo Incaico, y á la que se aferraban con tenacidad mucho después de la conquista española, y aún ahora dicha creencia no está del todo desarraigada. El primoroso é imponente culto de sus gobernantes al sol, y aún la creencia de los eruditos entre ellos respecto á la existencia de un creador llamado Pachacamac, no fué sinó un desarrollo de la religión del pueblo.

Todos los emblemas ó signos visibles de esos ideales ó almas fueron llamados *huaca*, y estaban representados de mil modos que variaban entre las diferentes naciones, así que podemos clasificar las tribus hasta cierto punto, refiriéndonos á sus *huacas*.

Las de los Incas consistían principalmente en vasijas amoldadas á la forma del objeto por idealizar, tal como llamas, pescados, maiz, fruta, etc. Los Incas adoraban también á sus antepasados, la Paccarina, ó antecesor del Ayllu, ó linaje, se idealizaba como alma ó esencia de sus descendientes. (17)

El emblema que se adoraba era el verdadero cuerpo, llamado *malquí*, que se conservaba con el mayor esmero en cuevas llamadas *machay*; y en fiestas solemnes, los Ayllus se reunían trayendo cada uno su malqui. En las quebradas que desembocan en el valle del Vilcamayu, las peñas

(17) *Pacarina* es el participio del verbo *pacarini* «amanecer», ó «nacer», derivado de *paccari* «mañana». De aquí que la palabra se aplicó al que dió origen á la raza.

se asemejan á un panal, debido á los machays y á las celdillas de albañilería construídas contra la roca. Y ésto se nota especialmente en la inmensa peña que sobresale por encima de Urubamba, llamada «Tantanamarca» «la altura apiñada» y en la garganta cercana á Pisac, conocida por el nombre de *Huaccan—huayccu*, «la quebrada del duelo». Es imposible que podamos nunca alcanzar á comprender perfectamente las formas del pensamiento que fueron desarrolladas en esas manifestaciones del culto, mayormente, ya que los datos referentes á dichas ceremonias nos son transmitidos por españoles fanáticos, que eran poco aptos para apreciar ó comprender los sentimientos de un pueblo conquistado; pero, las formas mismas de dichas ceremonias son guías de importancia para la clasificación de las varias naciones. El idioma de los Incas que fué hablado primitivamente cuando menos por tres de las seis naciones residentes en la región Incaica, es también elemento importante en el intento para clasificar las partes componentes del Imperio Incaico. Esta lengua general, como se llamaba, fué introducida en cada provincia conquistada y cuidadosamente enseñada al pueblo; y fué mejorada, pulida y enriquecida á medida que la civilización de los que hablaban esta lengua avanzaba; y en la forma que dicha lengua había tomado cuando el drama de Ollanta y los antiguos rezos dados por Molina fueron compuestos, era capaz de expresar ideas abstractas y sentimientos, conservando á la vez una gran pureza. Podemos separar palabras indígenas de las Incaicas cuando tratamos de fragmentos que se han conservado de los dialectos de otras tribus, y así podemos cerciorarnos hasta qué punto difería de los Incas cada nación primi-

tiva en cuanto al idioma. Cuando esta diferencia se halla solo en las terminaciones y partículas, ó en los vocabularios, solo establece un dialecto.

Pero cuando su construcción gramatical es muy disemejante á la vez que su vocabulario, tenemos una lengua distinta y por lo consiguiente una marcada separación en cuanto á raza.

Garcilaso de la Vega dice que la familia real Incaica tenía un idioma especial de Corte, pero su aserción no está corroborada por ninguna otra autoridad. Dice, sin embargo, que este idioma se había perdido enteramente al tiempo que él escribió sus obras (18). Esta evidencia no es suficiente para basar en ella la teoría de que la familia real Incaica, hablaba un idioma que difería en un todo del que hablaba el pueblo; y soy del parecer de Hervas (19) que duda de este hecho. Es bastante probable, como dice Hervas, que la familia real y los cortesanos entre ellos usaban muchas palabras dándoles un sentido que no era el original, y que tuviesen palabras especiales para su propio uso. Pero, no hay evidencia alguna para creer que el idioma de corte mencionado por Garcilaso, haya sido mas que un medio artificial inventado para el trato íntimo.

Garcilaso menciona once palabras, una de las cuales dice que pertenecía al idioma de la corte, y da su sentido; mientras que solo conjetura que las otras diez pueden haber pertenecido al mismo idioma, porque no sabía su significado.

Los creyentes en una antigua civilización «Aymara», llevaron su teoría al extremo de suponer que el así llamado idioma Aymara era el mis-

(18) *Lib. I, cap. 24, I lib., VII cap. 1.*

(19) *I p. 240.*

mo que se hablaba en la corte de los Incas. Tenemos tan solo las once palabras de que hacer deducciones, pero ellas nos dicen lo suficiente para desbaratar la anterior conjetura. La mayor parte de dichas palabras, son Quíchuas.

1.—*Cuzco*. (20) Garcilaso dice que esta palabra pertenecía al idioma de la Corte, y significaba «Ombligo».

La palabra Aymara sinónima de ombligo es «Cururu» y la palabra Cuzco no aparece en ninguno de los diccionarios.

2.—*Ayar*. (21) Garcilaso meramente supone que esta palabra pudo haber pertenecido al dialecto de la corte, porque no sabía su significado. No existe en ninguno de los diccionarios «Aymaras».

3.—*Manco*. (22) De esta palabra dice Garcilaso lo mismo que de la anterior. Tampoco existe en ninguno de los diccionarios «Aymarás».

4.—*Collcam*. (23) Garcilaso dice que no conoce el significado de esta palabra, y conjetura que puede haber pertenecido al dialecto de la corte. En realidad esta palabra significa granero subterráneo en el idioma general del Perú. (24) También existe en el «Aymara» pero el hecho de que no deriva del Collao se prueba con la existencia de la misma en el dialecto Chinchasuyu.

(20) Parte I, lib. I, cap. 18. Pero Montesinos dice que los montones de piedras eran llamados *Cuzcos*, en la lengua general.

(21) Parte I, lib. I, cap. 18.

(22) Ibid, cap. 24.

(23) Ibid lib. XII, cap. 8.

(24) También las Pleyades. Vide Acosta y Balboa.

5.—*Coraquenque*. (25) Garcilaso dice que este nombre es el del ave sagrada y pudo haber tenido algún significado en el dialecto de la corte. Cora es uno de los sinónimos para indicar terreno de pastoreo en el idioma general. El nombre de esta mismo ave en «Aymara» es *Alcamari* (26) y no *coraquenque*.

(6).—*Huhuanina*. Nombre de linaje de uno de los Incas. Pero se compone de dos términos comunes del Quíchua, *huahua* (un niño pequeño) y *nina* (fuego).

7.—*Panaca*. Nombre de varios de los linajes Incaicos, derivado probablemente de «*pana*» («hermana de un hermano») y *cá* la antigua forma del genitivo.

8.—*Raurana*, participio del quichua *raurani* (yo quemo).

9.—*Socso*, derivado del quichua *socsuni* (estoy debil).

10.—*Usca*, del quichua *uscani*. (Yo ruego).

11.—*Vicaquiran*, deriva sin duda del quíchua *quirau*, cuna. (27)

Muchos siglos deben haber pasado ántes que una política agresiva formara uno de los rasgos principales del gobierno de los Incas, y desprovista de toda base como lo es la crónica de Montesinos, y es mucho más probable que la civilización Incaica haya requerido para su completo desarrollo el período representado por los cien Incas de Montesinos que el indicado por una docena de las

(25) Parte I, lib. VI. cap. 28.

(26) Bertonio, Dicc.

(27) Estas seis últimas palabras son de G. de la Vega, Parte I, lib. IX, cap. XL.

autoridades más fidedignas. Pero, esa política agresiva debe haber predominado desde mucho tiempo y haber tenido feliz éxito, ántes que se emprendieran esos edificios ciclópeos que forman los restos más antiguos de la arquitectura peruana, porque implican el trabajo forzoso de miles de individuos conquistados. Los varios estilos de arquitectura Incaica indican aproximadamente el período en que fué conquistada cada nación en cuyo país se encuentran edificios antiguos, y es por lo tanto necesario describir brevemente dichos estilos en una tentativa de clasificación de las partes componentes del Imperio Incaico.

La arquitectura Incaica se divide en 5 estilos, cada uno de los cuales representa un largo período de tiempo. Los primeros edificios consistían de paredes construídas de piedras sin labrar y barro, edificadas sobre azoteas ó plataformas y usadas como fortalezas y palacios. Tales edificios eran erigidos por todas las naciones de la región Incaica, y el mejor ejemplar de una «pucara» ó fuerte de esos tiempos primitivos, es probablemente el de Curampa, en el camino de Antahuaylas á Amancay. En seguida vienen las ruinas ciclópeas que son también prehistóricas. Deben haber sido emprendidas después que los Incas hubieron conquistado una gran extensión de territorio, disponiendo así de fuerzas ilimitadas para el trabajo; pero ántes habían desarrollado esa sábia economía y hábil teoría de no malgastar las energías, que los distinguía en el último período de su reinado. Cada edificio de este estilo tiene un carácter comun que lo señala como siendo de origen Incaico, á la vez que existe originalidad en los detalles en los edificios de este período y de los subsiguientes. El estilo cicló-

peo de los Incas, se caracteriza por enormes trozos de piedra sin labrar, excepto en la parte que calzaba con la piedra vecina á la que se unía con maravillosa precisión; dicho estilo se distingue también por grandes lozas y vigas de piedra, por una tendencia á esculpir figuras toscas en las piedras y dinteles y por estátuas colosales pero muy rústicas; por asientos, escaleras, y escondrijos tallados correctamente en inmensos monolitos, y aún en la roca viva. Todas estas obras parecen generrlmente haber sido emprendidas por un soberano, y posiblemente durante el período de dos soberanos, quedando después sin acabar, con el objeto probable de emplear en las construcciones á un pueblo turbulento pero subyugado, halagando por este medio la vanidad y el gusto del conquistador.

Hay cinco de estas ruinas ciclópeas que marcan el límite de la conquista Incaica en los tiempos remotos y prehistóricos; extendiéndose dichas ruinas desde la orilla sur del lago Titicaca á Huaraz, al otro lado de la cumbre del cerro de Pasco.

Dichas ruinas son:

1.º La ruina en la calle del triunfo (en el Cuzco). 2.º Ollantay—tampu. 3.º Tiahuanacu. 4.º Huiñaque y 5.º Huaraz.

Creo que estas ruinas son muy antiguas y que son prehistóricas en el mismo sentido que el Stonehenge (*) es prehistórico, porque no exis-

(*) *Stonehenge*. Uno de los ejemplares más notables de círculos de piedra, situado en el llano de Salisbury (Wiltshire) á 7 millas al Norte de Salisbury. Este monumento consiste de dos círculos y dos óvalos con una piedra grande en el centro. El círculo exterior tiene aproximada-

tía ninguna tradición ó conocimiento de su historia ú origen entre los Incas ó sus súbditos al tiempo de la conquista. Las considero de origen Incaico, es decir, que deben haber sido erigidas por la misma raza imperial y conquistadora que formó el inmenso imperio en un período posterior, por que á más de ofrecer mucha variedad en los detalles, llevan la índole de una sola idea y tienen todas las principales características en comun. Las dos primeras están incluídas en la provincia de origen de los Incas, tema de nuestra discusión, y las describiremos ligeramente aquí. Las demás se examinarán debidamente cuando tratemos de las regiones en que están situadas.

Las ruinas en la calle del Triunfo en el Cuzco, con su «piedra de doce esquinas», consistían de enormes trozos de piedra sin labrar, admirablemente unidas entre sí con precisión absoluta.

La tradición moderna llama á estas ruinas el palacio del Inca Roca, pero la residencia de este monarca estaba en una parte muy distinta de la ciudad (28) y los constructores y ocupantes de este enorme monton son tan desconocidos como los se que erigieron el «Stonehenge».

En Ollantay—tampu, en la frontera septentrional del reino primitivo de los Incas hay monu-

mente 300 piés en circunferencia y se compone de piedras perpendiculares de 16 piés de altura y 18 en circunferencia. La primera mención que se hace de Stonehenge, es en el siglo noveno, por Nennius.

Las opiniones más autorizadas atribuyen este monumento á los Druidas, y muchos hacen remotar su origen al siglo anterior al nacimiento de Cristo.—Trad.

(28) G. de la Vega, I lib. VII, cap. 10.

mentos de tres estilos y épocas diferentes. Los restos ciclópeos consisten de seis lozas curiosas de inmenso tamaño, aparentemente destinadas para paredes interiores de un vestíbulo; con pequeñas lozas calzadas entre las grandes con exactitud exquisita. Hay también inmensas vigas de piedra, una de 15 pies 4 pulgadas de largo, por 8 pies 4 pulgadas de ancho; y otra conocida con el nombre de «piedra cansada», que mide 20 pies 4 pulgadas de largo, por 15 pies 2 pulgadas de ancho. Existen además paredes ciclópeas é inmensos asientos y escondrijos tallados en la roca viva. Figuras de hombres y animales estaban esculpidas en las piedras. (29) Estos restos también son prehistóricos, y su nombre actual meramente se refiere al título de una composición dramática de un período posterior y cuyo desenlace se efectuó en parte entre estas ruinas.

La gran fortaleza del Cuzco, aunque ciclópea en cuanto á la construcción, no es prehistórica; y por lo tanto no se puede incluir en esta categoría. Su inventor, la ocasión en que fué construída y aún los arquitectos son conocidos; y el estilo antiguo que había sido descartado en la construcción de edificios ordinarios, se consideró adecuado para construir una fortaleza que debía ser inexpugnable; dicho estilo fué imitado después por una generación posterior, en construcciones de la misma índole.

El tercer estilo de arquitectura demuestra un gran avance en la civilización. Gobernantes más ilustrados notaron el enorme desperdicio de energía causado por el acarreo de piedras que pesa-

(29) Cieza de León. cap. 94.

ban muchas toneladas. Se retuvo el mismo modelo, las paredes se construían siempre con piedras de forma poligonal y superficie externa sin labrar, calzándolas exactamente entre sí pero muy reducidas en su tamaño, y que podían ser transportadas y alzadas en sus sitios respectivos por el esfuerzo de pocos hombres. Hileras de puertas y escondrijos para huacas aparecen ahora, con dinteles de piedras y lados sesgados.

La fachada externa de Colcampata ó residencia tradicional de Manco-Capac, la porción más antigua del Ccuri-Cancha ó templo del sol, y los palacios de Rimac-tampu, Yucay, Oilantay-tampu y Chinchero, pertenecen á este período. Creo que los edificios del tercer estilo son también prehistóricos porque todos los edificios sobre los que se tiene algunos datos fidedignos, son de un período posterior.

El cuarto estilo se caracteriza por sus líneas más metódicas, pero en el que las piedras no son todos perfectos paralelógramos; en algunos casos las piedras superiores é inferiores están ensambladas. Estas paredes tienen generalmente una corniza debajo del cordón de la parte más elevada.

El quinto estilo tiene líneas perfectamente horizontales y piedras exquisitamente unidas, pero con superficies ligeramente salientes; análogas según observa Mr. Fergusson á nuestras construcciones rústicas. En este estilo, el más moderno y perfecto, encontramos marcos de puerta, escondrijos y ventanas rectangulares. El lado Este del templo del sol, los edificios interiores en el Colcampata y todos los palacios de los Incas en el Cuzco, así como la mayor parte de los edificios en la región de Quito descritos por Ulloa

y Humboldt, pertenecen ya sea al cuarto ó al quinto y más moderno estilo. Puedo ahora explicar mis motivos para considerar á todos los Incas primitivos (cuyos nombres están dados en una lista que forma parte de los archivos) como prehistóricos, consideran esto de un punto de vista arquitectónico. Cada Inca tenía su palacio aparte en el Cuzco, y aún cuando otras consideraciones apoyan la misma conclusión, no considero á ninguno de dichos incas como personaje histórico, á no ser que se pueda identificar sus moradas.

El sitio tradicional de la residencia de Manco-Ccapac puede considerarse como mítico por que los restos pertenecen en parte al más moderno.

El palacio más antiguo que se puede identificar es el de Inca Roca, en un lugar llamado anteriormente Cora-cora. Aún existen porciones de las paredes y ellas pertenecen al estilo más moderno.

Las paredes de los palacios de Vira-ccocha, Pacha-cutec, Inca-Yupanqui, Tupac-Inca Yupanqui y Huayna-Ccapac, tienen también las líneas del estilo más moderno. Estos son los Incas históricos.

El primero de este linaje pudo haber prosperado 200 años ántes de la conquista cuando más, y este período es el más largo que la memoria ayudada por los *quípus* puede razonablemente recordar, y retener una suma apreciable de veracidad. Todos los estilos de arquitectura anteriores, son por lo tanto prehistóricos, y los países en que se encuentran deben haber sido subyugados por los Incas ántes del reinado de Inca Rocca, mientras que los países en que solo se encuentra el estilo más moderno dan la prueba arquitectóni-

ca de que fueron conquistados en el período histórico de los Incas. La historia detallada basada en información local, (descartando los absurdos de Montesinos) se encuentra solo en las páginas del Inca Garcilaso; pero, todo cuanto dice al respecto concuerda con la conclusión anterior.

Según Garcilaso, en ninguno de los países que han sido subyugados por los Incas históricos se encuentra el estilo ciclópeo ó poligonal.

Los períodos históricos primitivos de la conquista, se dividen entre cinco Incas míticos, número enteramente insuficiente; y en las escenas de todas estas conquistas se encuentran los estilos primitivos.

Ellos son un testimonio mudo pero indisputable que las conquistas de los Incas habían alcanzado ciertos límites en un período de antigüedad desconocido, mientras que el carácter poco histórico de la narración de Garcilaso, hasta que llega el tiempo de Inca Rocca, se demuestra por la carencia de incidentes y la monotonía idéntica de cada conquista que cita. Algunos países habían sido subyugados antes de la memoria de los hombres y fuera del alcance de toda tradición. Los informantes de Garcilaso tuvieron que dividir las conquistas de estos países, entre un pequeño número de nombres, que eran los únicos que languidecían en la doctrina tradicional de los «Amautas», pero, la primera parte de su narración es demasiado simétrica para ser verdadera historia. Los estilos primitivos no pueden haber tenido su origen entre otras naciones que no fuesen los Incas, porque se encuentran tanto en el Norte como en el Sud del Cuzco entre razas muy distintas, así como en el mismo distrito del origen

de la raza imperial misma, y deben por lo tanto necesariamente referirse al centro comun.

Las piedras esculpidas y las estatuas del estilo ciclópeo más antiguo, desaparecen en gran parte en tiempos posteriores cuando la ingeniosidad y originalidad fueron prodigadas en el arte plástico. Sin embargo, la escultura no fué del todo abandonada, y serpientes, principalmente, se encuentran esculpidas en las paredes y dinteles de los palacios de los Incas históricos. La comparación entre las esculturas en piedras y los diseños en las vasijas de barro, piedra y metales preciosos, difunde mucha luz en estas cuestiones. Un exámen prolijo y crítico de los diseños en las urnas, daría con toda probabilidad datos fidedignos para su clasificación en cuanto á cronología y nacionalidad.

Las consideraciones arriba expuestas respecto á los estilos y períodos de la arquitectura Incaica, tienen una conexión importante con las cuestiones relativas á la separación de los elementos Incaicos de los indígenas, en la clasificación de las tribus.

Ahora me ocuparé de las otras naciones de la región Incaica.

2. Los Canas.

En el punto de separación de las aguas del Ucayali de las del lago de Titicaca, hay un pequeño pantano, de donde las aguas corren por un lado hácia el Atlántico y por el otro hácia el mar interior. El lago fija el límite entre la región Incaica y la del Collao. Una raza vigorosa

de montañeses dividida en varias tribus, de las cuales la principal era la de los Canas, habitaba el valle de Vilcamayu desde las fuentes del río hasta Quequesana, en donde principiaba el territorio Inca; incluyendo los distritos montañosos de ambos lados. Estas gentes se dividían en Ayaviris, Canas, Canches y Caviñas.

Los Ayaviris eran una gente muy obstinada é independiente, formaban un *tampon* ó valla entre los Collas y los Incas, contra quienes sostenían unas cruentas guerras en los días que precedieron su subyugación final; según Cieza de León, eran una rama de los Canas.

Los Canas habitaban el territorio de la orilla izquierda del Vilcamayu, desde la frontera del país de los Ayaviris hasta Quequesana. La descripción que trata de ellos, dice que era una raza de pastores, orgullosos, prudentes y melancólicos, que vestían ropa de colores oscuros, y cuya música era triste y quejumbrosa. Construían sus aldeas en sitios de posición natural fuerte, y á más de sus rebaños, cultivaban papas y ocas en las orillas de los lagos alpinos que alimentan el río Vilcamayu. Estaban en revuelta continua contra los Incas.

Los Canches habitaban el país fronterizo á los Canas en la orilla derecha del Vilcamayu. Eran de estatura mediana, audaces, desaseados é inconstantes, pero buenos artesanos é industriosos. Gustaban de la soledad; eran muy taciturnos, y construían sus cabañas en quebradas y valles apartados; llevaban en la cabeza una venda negra cuyas extremidades les llegaban hasta la barba. Después de ser subyugados por los Incas, los Canas y Canches establecieron sus aldeas en el fértil valle de Vilcamayu; pero en época anterior

se confinaban á las altiplanicies de ambos lados y vivían en un estado de guerra permanente. Ber-tonio dice que hablaban el idioma del Collao, pero él estaba completamente perturbado por los numerosos dialectos que se hablaban en torno de él, en la misión de Juli. Los Canas y Canches hablaban en la realidad un dialecto derivado de la lengua del Inca. (31) Sus enterratorios eran semejantes á los de los Incas. Contruían *Machais* de piedra y escondrijos en las alturas, para sus muertos.

Los Caviñas parecen haber sido los habitantes aborígenes de la parte alta del valle de Vilcaymayu, teniendo como vecinos á los belicosos Canas y Canches en los cerros á ambos lados. Vestían ropa de lana y una venda negra en la cabeza.

Se dice de ellos que tenían en gran veneración un templo ó adoratorio situado en un lugar llamado Ausancata, y creían que las almas de los muertos iban á cierta gran laguna, lugar de origen de la tribu, y allí volvían otra vez á entrar en los cuerpos de los recién nacidos. Garcilaso afirma que tenían un ídolo de formas horrorosas, al que ofrecían sacrificios muy bárbaros.

3. Los Quíchuas.

El Apurímac separaba los Incas de una nación íntimamente unida con ellos, llamado Quíchua, que hablaba el mismo idioma. Se dice que en un tiempo muy remoto, los quichuas habitaban los

(31) «Mercurio Peruano», 1 p. 200. (ed. Lima, 1861).

valles de Abancay y Andaguaylas, y todo el país entre el Apurimac y las pampas, pero que fueron expulsados por sus enemigos los Chancas. En el tiempo de la conquista española, sus casas estaban en las partes altas de los valles de Pachachaca y otros tributarios del Apurimac, extendiéndose al Este y Oeste en una distancia de 120 millas en línea recta desde el río hasta Pampas. Detrás de esa región hacia el Sur, estaban las punas altas y desiertas de la Cordillera. Su territorio consistía de mesetas altas cubiertas de paja larga, y quebradas y gargantas profundas. Mossi hace derivar el nombre «Quíchua» de la abundancia de paja en esta región: «Quehuani» significa torcer, «Quehuasca» es el participio, é «ychu» es paja; juntos «Quehuasca-ychu» «Paja torcida», viciado y abreviado en «Quíchua».

Los Quíchuas estaban divididos en seis Ayllus ó linajes, á saber: los Yanahuaras, Chumpi Vilcas, Cotaneras, Cotapampas, Aymaras y los Umasayus.

Los Yanahuaras eran una tribu que ocupaba la orilla izquierda del Apurimac.

Los Chumpi-Vilcas estaban también en la orilla izquierda del Apurimac, pero en la parte alta del Valle. Los Chumpi-Vilcas tenían la reputación de ser los mejores bailarines del Ayrihuay. En la época de la cosecha colgaban tallos de maíz maduro llamados Huantay-Sara, y Ayrihuay-Sara en las ramas de los árboles, bailando al re-le-lor de ellos y quemándolos después como sacrificio.

Los Cotaneras vivían en las quebradas hondas más al Oeste. Fueron concedidos como encomienda al padre del Inca Garcilaso.

Los Cotapampas vivían en las montañas escarpadas al Oeste de los Cotaneras.

Los Aymaras vivían en la parte alta del valle de Pachachaca. Calancha dice que eran Indios inteligentes, pero grandes idólatras.

Los Umasayus eran una raza de pastores vecinos de los Aymaras, en la zona desierta de los pastos hacia el río Pampas.

Estas tribus Quichuas eran amigas firmes y leales de los Incas, y la crónica refiere que durante el período histórico inclinaron la balanza en favor del Inca Uira—Coccha; en su gran lucha de vida ó muerte con los Chancas.—Su idioma era el de los Incas, y las muestras de cantos hechos por los Aymaras y Cotapampas, coleccionados por el doctor Justiniani, demuestran que el idioma no había sido viciado por palabras extranjeras.

Pero el nombre «Quichua» no es á propósito para designar el idioma del Perú. Debía haber sido llamado Idioma de los Incas. Todos los autores antiguos lo llaman la «lengua general» y la «lengua cortesana», por primera vez fué llamada «Quichua» por Fray Domingo de Santo Tomás, no en su gramática; pero en su vocabulario publicado en Valladolid en 1560. Es posible que haya recogido primero listas de palabras «quichuas» entre estos Indios y que puso el nombre de «Quichua» á su vocabulario siendo éste aceptado por todos los gramáticos subsiguientes con tal nombre.

4. Los Chancas.

Los belicosos y turbulentos Chancas, parecen — haber tenido su sitio de origen en las cercanías de

Huamanka y Huanta, pero, al arrollar á los Quíchuas hácia la cabecera de los valles, extendieron eventualmente sus dominios á la orilla izquierda del Apurimac (32).

Pretendían ser descendientes de un puma, y en las fiestas importantes se vestían con cueros de puma, con la cabeza metida en el cráneo del animal.

Dijieron á Cieza de León que sus antecesores habían salido de un lago nombrado Soclo-Cocha, y que dicho lago era el principal sitio de sus ceremonias y donde rezaban y hacían sacrificios. Los Chancas se dividían en los siguientes Ayllus, ó linajes.

Hancohuallus (33), Utunsullas (id), Urumarcas (id), Vilcas (id), Iquichanos, Morochucos, Tacmanas (id), Quiñuallas (id), y Pocras (34). De éstos, los Urumarcas (35), vivían en el valle del Pampas, los Vilcas en la meseta que está arriba de la orilla izquierda; los Pocras en los valles que circundan la actual ciudad de Ayacucho; los Iquichanos en las montañas arriba de Huanta, y los Morochucos en Cangallo. Hervas supone que los Chancas hablaban una lengua distinta de la de los Incas, y que ha desaparecido. Estó es muy probable, porque muchas de sus palabras eran muy distintas; tal como «Yacu» que significaba agua, en vez del quíchua «Unu».

Estas palabras distintas en su dialecto indican que éste era íntimamente ligado con la lengua que hablaba la gente de Chíncha-suyu, más

(32) Cieza de León, cap. 90.

(33) "Com. Reales" 1 lib. V. cap. 19.

(34) Ib. cap. 24.

(35) Cieza de León, cap. 89.

al Norte. Los Chancas fueron subyugados en los tiempos prehistóricos, y edificios del estilo ciclópeo ó segundo estilo de la arquitectura incaica, fueron encontrados en el centro de su país; en un lugar cerca del río Huiñaque. Cieza de León nota las diferencias entre estas ruinas y las que se pueden atribuir á los Incas históricos, y es evidente por lo que dice, que todo recuerdo respecto á su origen ha desaparecido. Se registra tambien la existencia de una estatua colosal, adornada con serpientes y lagartos esculpidos en la piedra. El viejo y bárbaro jesuita Arriaga, con el auxilio de treinta hombres, necesitó tres días para reducir la estatua á pedazos. En Vilca, también el país de los Chancas, había palacios, templos y baños del estilo más moderno de la arquitectura incaica. Sin embargo, á pesar de todas estas pruebas de que su país había sido subyugado por los Incas en un tiempo muy remoto, los Chancas parecen haber vivido en un estado permanente de rebeldía; y en una ocasión, poco faltó para que echaran por tierra el Imperio de sus conquistadores. Pero, con el auxilio de los leales Quichuas la sangrienta batalla de Yaguar-pampa fué decidida á favor de la raza imperial; y Hancohuallu, el valiente Jefe de los Chancas, no pudiendo soportar la derrota, emigró á las selvas del valle de Huallaga acompañado por un gran cuerpo de sus leales partidarios. Esto fué aproximadamente 150 años antes de la llegada de los Españoles.

5. Los Huancas.

La parte más Septentrional de la región de los Incas, incluyendo el valle de Sausa, las ori-

llas del lago Pumpu ó Chinchaycocha, y las montañas inmediatas, fué poblada por una nación llamada «Huancas», que se dividía en las siguientes tribus ó linajes.

Los Sausas (36), Huancavílcas (id), Llacsa-palancas (id), Pumpus (37), Chucurpus (id), Ancaras (id), Huayllas (id) y los Yauyus (38).

Segun las descripciones, los Huancas eran una nación belicosa que quemaban los prisioneros que hacían en la guerra; conservando unos cuantos pedazos de la piel, que sacaban de las cenizas y guardaban en sus templos como troféos.

También hacían tambores con el pellejo de sus prisioneros, diciendo que sus enemigos oirían el ruido, y sabiendo que eran los pellejos de su gente, huirían al oír el sonido. Sus aldeas eran pequeñas y bien fortificadas, con torres de piedra anchas en la base y angostas hácia arriba.

Los Huancas creían que debían su origen á un hombre y una mujer que salieron de una fuente llamada Huarivilca; encima de la cual construyeron un templo.

También se decía de ellos que adoraban á los perros. Se batían con hondas y lanzas y tenían muchas riñas respecto á los límites de sus propiedades. El Jesuita Arriaga nos da mucha información respecto á las costumbres de los Huayllas y Yauyus.

(36) G. de la Vega, 1 lib. VI, cap. 10.

(37) Ib. cap. 11.

(38) Ib. cap. 16.

Tenían una *huaca* comun para toda la tribu. Los *Malquis* eran venerados como entre los Incas, así como huacas domésticas para cada familia y el motivo que daba el pueblo para observar este culto era «Cuyaspa», á «causa del amor que les profesaban». Las ofrendas hechas á los *Malquis* consistían en ropa, plumas, vasijas, pieles de zorros y leones, y cuernos de venado.

Las mujeres en tiempo de siembra, invocaban á la tierra bajo el nombre de Mama—pacha; las fuentes y los ríos tenían también sus huacas, y las piedras grandes tenían nombres especiales y eran veneradas con mil cuentos y fábulas atribuyéndoles el haber sido hombres en un tiempo, que fueron convertidos en piedras. Había muchos adivinos que predecían la buena ventura por los sueños, números pares é impares y las patas de las arañas velludas. Estas supersticiones, ú otras por el estilo, aunque atribuidas á una rama de los Huancas, eran muy comunes entre todas las tribus de la región Incaica. Me parece que el drama Quíchua «Ollanta» hace alusión á la mayor parte de las supersticiones arriba citadas.

Los Huancas hablaban una lengua que se diferenciaba todavía más de la de los Incas que la lengua de los Chancas, aunque contenía una cantidad mayor de palabras de origen Incaico que la lengua de los Chancas (39). No estoy seguro si los Huancas y Chancas pertenecían originariamente á la raza Inca ó Chíncha—suyu.

(39) Se sabe, que von Tschudi habla de un idioma que usaban los Yauyus, idioma denominado *Kauqui*; pero no he visto mención alguna en otros autores, y el expresado von Tschudi tan solo da el nombre, diciendo que solamente se conservan pocas palabras. *Viages*, p. 488.

6. Los Rucanas.

Tribus de Montañeses vigorosos y arrojados habitaban la región quebrada de la Cordillera marítima al Sur-Oeste de los Chancas, en el Ucayali y el *divortia aquarum* de la costa.

De dichas tribus se mencionan cuatro á saber:

Los Rucanas, Soras, Collahuas y los Huamanpalpas.

Se describe á los Rucanas (40), como gente bien parecida y de buena índole; eran cargadores expertos y tenían el privilegio de llevar la litera del Inca. Su país estaba situado en la línea divisoria de las aguas que desaguan en la costa.

Los Soras (41), íntimamente aliados con los Rucanas, vivían en la orilla izquierda del Pampas, cerca de sus fuentes, y eran vecinos de los Aymaras.

Los Collahuas (42), vivían en los declives de la Cordillera marítima más abajo y al Sur de los Rucanas.

Los Huamanpalpas (43), vivían más al Norte y Oeste, en Cangallo.

Las tribus Rucanas parecen haber sido más íntimamente aliadas con los Quíchuas que los Chancas, en cuanto al idioma. Ellos usan la palabra

(40) G. de la Vega, lib. III, cap. 18; lib. VI, cap 3; lib. VIII. cap. 9.

(41) Ibid lib. III, cap. 18. Balboa.

(42) Ibid lib. III, cap. 9.

(43) Ibid cap. 12.

unu y no *yacu*, para decir agua; ésta es una de mis pruebas, y casi los clasificaría como rama de los quíchuas.

Las arriba citadas son las divisiones etnológicas de la región Incaica. Los Incas, Quíchuas, Canas y Rucanas eran íntimamente aliados y no son sino ramas de una gran familia; mientras que los idiomas de los Chancas y Huancas contienen un gran número de palabras extranjeras, lo que hace dudoso el clasificarlos con los Incas, ó con sus vecinos septentrionales en Chíncha-suyo. Las seis naciones ocupaban una región rica y altamente favorecida, que producía todos los productos requeridos por comunidades civilizadas; sin embargo, dicha región requería las energías combinadas de sus habitantes para abrir comunicaciones, acarrear materiales y proveer el riego necesario. En un largo período de años, las seis naciones llegarían probablemente á los fines deseados, por medios distintos, hasta que el aumento de población los puso en contacto entre sí, y que la lucha por la supremacía terminó con la dominación del más idóneo, los Incas. Una nación como ésta, tenía la seguridad de vencer con el tiempo las tribus que vivían en regiones apartadas y menos favorecidas por la naturaleza, aún cuando hubiese sido originariamente de la misma raza.

II. La región del Collao.

La región que forma la hoya del lago de Titicaca tiene aproximadamente 300 millas de largo por 150 de ancho, limitada al Este y Oeste por la poderosa cadena de los Andes y la Cordillera de la Costa, con el nudo de Vilcanota que une am-

bas cadenas en su límite septentrional, y con todo el desagüe de las montañas vecinas cae al gran lago.

La región citada está á 12,000 piés sobre el nivel del mar, es una altiplanicie montuosa y quebrada, donde no maduran más cereales que la quínua, y que produce raíces y pastos ordinarios para las llamas y alpacas; es una série de pampas y mesetas estériles desprovistas de árboles. Tal país no era adecuado para el desarrollo de la civilización indígena, y ántes de la conquista por los Incas estaba habitado por las tribus más salvajes de los Andes. Sin cereales, sin madera, vivían en las cabañas de piedra, apacentaban sus rebaños, cultivaban ocas y papas y estaban empeñados en interminables contiendas. Eran valientes y belicosos, pero sus únicas armas eran hondas y «Ayllos» ó bolas, así que sufrieron mucho en sus encuentros con los soldados mejor armados de los indios civilizados del Norte (44). Su idioma, aunque tiene terminaciones diferentes para los números y casos de los nombres y números y personas de los verbos, debe clasificarse como siendo solo un dialecto del idioma Inca ó Quíchua. Era tan áspero é inculto, y los que lo hablaban eran tan bárbaros que apenas sabían hablarlo ellos mismos (45). El sistema de numeración era sumamente imperfecto, y originalmente apenas alcanzaba á 4; si es que llegó á esos; pues 3 es prestado del quíchua como también 5, 6 y 10; todos los demás números son compuestos. El idioma contenía pocas palabras para

(44) Balboa, p. 151.

(45) Blas Valera, citado por G. de la Vega, Parte I, lib. VII, cap. 4.

expresar ideas abstractas, y á veces ninguna para expresar cosas indispensables en los primeros principios de la vida civilizada. Parece que los Incas dieron el nombre general de Collas á todos los habitantes de esta región, porque los Collas fueron la primera tribu que encontraron después de entrar á la hoya del lago Titicaca, y los siguieron los primeros escritores Españoles, los que dieron el nombre de «El Collao» á la región que forma la hoya del Titicaca. El Collao fué conquistado por los Incas en tiempos prehistóricos muy remotos, y confirieron beneficios incalculables á los habitantes euseñándoles un idioma culto y las artes de la vida civilizada, organizándolos en colonias en regiones más alegres, y estableciendo un intercambio de productos entre las colonias de los valles de la costa, las selvas del Oriente, y sus hermanos de las altiplanicies frías del Collao (46).

Los habitantes primitivos del Collao, ó región del Titicaca, consistían de las siguientes tribus:

Los Collas, Lupacas, Pacasas, Carangas, Quillacas, Urus y Collaguayas. Los Collas habitaban el país al Norte del lago Titicaca. Fueron descritos primero por Cieza de León que nos informa que narraban muchas tradiciones, pero que no se podía colegir de ellas ninguna idea respecto al origen de esta raza. Dice que los Jefes eran tratados con mucho respeto y viajaban en literas acompañados por un gran séquito. Pero, lo que más le llamó la atención eran los *Chullpas*,

(46) Vide G. de la Vega, Parte I, lib. VII, cap. I.

6 cementerios; y describe las ceremonias fúnebres y también los bailes en el tiempo de la cosecha.

El nombre Colla se conserva en dos aldeas llamadas Hatun y Paucar-Colla, en donde los Incas erigieron varios edificios; pero las influencias civilizadoras de los conquistadores fueron tan poderosas, que el idioma primitivo desapareció completamente; y ahora, hasta los nombres de las aldeas están compuestos casi en su totalidad de palabras pertenecientes á la lengua Incaica.

Los Lupacas (47), ocupaban la orilla Oeste del lago Titicaca, hasta el río Desaguadero; su territorio estaba comprendido dentro de la actual provincia de Chucuito. Retenían el uso de su antiguo idioma, aunque recibiendo muchas palabras del idioma de sus conquistadores; algunas de esas palabras las usaban en sustitución de palabras viejas de su propio idioma; pero las más para expresar cosas ó ideas de las que no tenían concepto alguno ántes de ser instruídos por los Incas.

Los Pacasas (48), eran una tribu numerosa que habitaba toda la orilla oriental del lago Titicaca y el país al Sur hasta Callapa. Fueron divididos por los Incas en dos provincias, á saber:

Los Pacasas del Uma—Suyu, distrito oriental de las Aguas, y los del Urcu-Suyu distrito de la Sierra, al Sur del lago. También retenían su antigua lengua que era casi idéntica á la de los Lupacas.

(47) Bertonio.

(48) D'Orbigny, *Viage*, II, p. 392. Garcilaso denomina á la tribu *Pacasa* con el nombre de *Cac-yaviris*, (I. lib. III, cap. 2).

Los Carangas (49) y Quillacas (50), eran tribus del Sur de la hoya del lago Titicaca.

Los Urus (51), eran una tribu salvaje que habitada las orillas y las islas de la parte Sur del lago Titicaca. Calancha los llama Ochozumas. El lecho de juncos en la parte poca profunda del lago, tiene en ciertas partes nueve leguas ó más de extensión. En estos sitios vivía esta gente salvaje, haciendo canales secretos á través de los juncos, y navegándolos en balsas hechas con haces de juncos atados entre sí. Ramos dice que se diferenciaban poco de la bestia, y que vivían en cabañas miserables erigidas en los islotes escondidos entre los juncos; pero eran barqueros muy expertos y se les encargaba el servicio de las barcas en muchas partes del Perú (52). Hablaban un dialecto bárbaro llamado Puquina, del que solo tenemos el Padre nuestro y algunas otras muestras dadas al Obispo Oré por Fray Alonso de Barzana (53). Estas muestras contienen varias palabras en Quíchua, y el resto parece ser un dialecto Lupaca muy rudo, con mucho síncope; pe-

(49) G. de la Vega, l. lib. IV, cap. 20, Ramos, cap. 7. D'Obigny, «Viage», III, p. 317,

(50) El *Ullaca*, en los «Comentarios Reales», es, á mi parecer, error de imprenta por *Quillaca*. V. de D'Orbigny también, II. p. 472.

(51) D'Avalos y Figueroa (acaso Markham escribe así este nombre á causa del aserto sobre la *á*) p. 142. Calancha. Ramos, cap. 30. Conde de Castellar, p. 187. Príncipe de Esquilache, p. 96. Acosta, lib. II, cap. 61, quien dice que los Urus son tan toscos y salvajes, que no se consideran como hombres, diciendo que no son hombres sino *Urus*, cual si fueran otra clase de animales, p. 96 Balboa, p. 143.

(52) «Ordenanzas de Toledo», lib. II, tit. IX. Ord. 28.

(53) «Rituale Peruanum, Hervás», I, p. 245.

ro es imposible juzgar definitivamente sin ver una gramática.

Los Collaguayas (54) eran una tribu pequeña que habitaba las montañas de la provincia de Larecaja al Este de los grandes nevados de los Andes. Tienen fama en toda la América del Sur por su conocimiento de las virtudes de las yerbas. Recogiendo un surtido de yerbas en las selvas del Oriente, recorren miles de millas, de aldea en aldea, ejerciendo el arte de curar. Su idioma consistía de muchos términos peculiares á ellos y que se referían también á su arte; pero ahora hablan un dialecto basado en el idioma Incaico.

Otras tribus al Sur y al Este de la hoya del Titicaca, en Cochabamba y Charcas, hablan también la lengua de los Incas. (55)

Las tribus del Titicaca pueden considerarse como miembros de un solo tronco, hablando rudos dialectos de la lengua de los Incas; dichos dialectos se encuentran en su mejor forma entre los Lupacas y Pacasas. El país que habitaban conocido actualmente bajo el nombre de «El Collao», no era adaptado para el desarrollo de una comunidad civilizada, sinó más bien para una raza de pastores belicosos y arrojados. Tal parece haber sido la índole de las tribus del Titicaca, y los únicos restos de su historia primitiva son paredes rústicas de piedra erigidas para fortalezas, y la forma primitiva de sus «Chullpas», ó cementerios cerca de Acora en el país de los Lupacas corresponde con la descripción que de ellos hace el señor Squier; dichos cementerios consistían de lo-

(54) Memorias del General Miller, II. p. 339. Viage de Weddell.

(55) Asi como los *Callchaquis*, en el Tucuman.

zas de 6 piés de altura, colocadas en circulo ó cuadrado y sosteniendo trozos que formaban un techo. Pero el Callao fué recorrido por el ejército de los Incas en tiempos prehistóricos muy remotos, y los restos más extensos é importantes de su segundo estilo (el Ciclópeo) están en Tiahuanacu, en la orilla Sur del lago Titicaca, en el país de los Pacasas. Las inmensas obras sin terminar, bien pueden haber sido empezadas para conmemorar una conquista poderosa y ocupar á un enemigo vencido, pero numeroso y belicoso. Cieza de León, que fué el que describió primero las ruinas de Tiahuanacu, preguntó á los aborígenes cuando fueron construídas. Le dijeron que fueron erigidas ántes del reinado de los Incas, pero los informantes no supieron decir quien fué el fundador. Añadieron que sus padres les habían dicho que todo cuanto veían había sido hecho en una noche (56). Esta última aserción vicia toda la información recibida por Cieza de León. Los Indios con quienes conversó eran evidentemente ignorantes y sin ilustración, y no sabían nada respecto al asunto. Polo de Ondegardo fué el segundo español que hizo indagaciones respecto á las ruinas de Tiahuanacu. Era un abogado sagaz, y acostumbrado á pesar la evidencia, y á juzgar por lo que de él dice el señor Prescott (57); estaba convencido que su información derivaba de las fuentes más auténticas. Examinó estas cuestiones con mucho cuidado, y nos dice que las ruinas de Tiahuanacu eran obras inconclusas erigidas por los primeros Incas. Este parecer está confirmado por la semejanza de dichas ruinas con todas

(56) Véase mi traducción, p. 179.

(57) «Conquista del Perú», p. 164.

las obras del estilo Ciclópeo erigidas por los Incas. Aquí están los enormes trozos de piedra primorosamente cincelados y los asientos como los de Ollantay-tambo y el Rodadero, así como las estatuas y las piedras esculpidas como la de Ollantay-tambo y Huaraz. Aunque las obras más antiguas en Tiahuanacu pertencen al período prehistórico, parece que se hubieran aumentado las obras hechas por los Incas posteriores, en el período histórico.

Garcilaso de la Vega dice que una gran parte de las ruinas de Tiahuanacu fueron atribuídas á Acahuana-Inca, uno de los arquitectos de la fortaleza en el Cuzco (58). El señor Squier refiriéndose á las obras del período moderno en Tiahuanacu, las distingue del período anterior por el hecho que las piedras de las obras antiguas están sin tallar, y las de las obras modernas están talladas con mucho esmero (59).

Cada una de las ruinas Ciclópeas presenta algun concepto original que señala la individualidad del arquitecto; á la vez que todas conservan las características que las señalan como obra del mismo pueblo. Tiahuanacu es reputado por sus puertas monolíticas. Las esculturas de alto relieve en la gran puerta, consisten de una figura central que ase con cada mano una serpiente, y tres hileras de figuras más pequeñas, teniendo las del centro cabezas de ave, aparentemente de condor. Aunque esculpidas con extraordinario garbo, son excesivamente rudas, y, como se debe suponer, muy inferiores á los diseños de un período

(58) «Com. Reales», I. lib. VII, cap. 29.

(59) «Primitivos Monumentos del Perú», p. 6.

posterior. D'Orbigny (60) y otros han inventado teorías muy acabadas para explicar su significado simbólico, no hay motivo para creer que esas esculturas poseyeran nunca tal significado; y, mientras da lugar para ostentar la fertilidad de las imaginaciones modernas, no deja de obscurecer en lugar de aclarar este punto de historia antigua. La figura central del portal de Tiahuanacu, es casi idéntica á las que con frecuencia ocurren en vasijas, copas de oro y plata, y cachiporras de guerra de los Incas. En cuanto á las figuras de cóndores, esta poderosa ave de los Andes se representa con frecuencia en los diseños Incaicos para adornos (61). Estas consideraciones señalan hacia un origen Incaico de las ruinas de Tiahuanacu. Ellas indiean el límite meridional de la conquista Incaica, así como la de Huaraz el límite Septentrional de la conquista Incaica, durante el período en que prevalecía su segundo estilo arquitectónico. Los restos arquitectónicos del reinado Incaico en el Collao (62) se encuentran

(60) «Viage», III. p. 340.

(61) «Com. Reales», I. lib. V, cap. 23.

(62) La antojadiza distinción entre la arquitectura Incaica y la pretendida *aymara*, basada en la noción, que las puertas de entrada en las construcciones *aymaraicas* son siempre perpendiculares, mientras que las de los Incas tienen sus lados inclinados hacia afuera, es enteramente imaginaria. Los lados inclinados, no son de ninguna manera universales en la arquitectura incaica, y se encuentran en su tercero, y á veces en su cuarto estilo. En el estilo incaico más moderno, como por ejemplo en las ruinas interiores del Colcampata en el Cuzco, las entradas de puertas son rectangulares. Los *Chullpas*, en el Collao, con aberturas rectangulares, son del cuarto estilo Incaico, y fueron evidentemente diseñados bajo la dirección de jefes que habían sido educados en el Cuzco. No existen ruinas en el Collao, á no ser las de origen incaico, excepto los *pucaras* y *Chullpas* muy toscos, del período primitivo.

principalmente en las islas del lago Titicaca, y son obra del famoso soberano Tupac Yupanqui. Este quedó enamorado de la inmensa extensión de agua, de cuyo seno parecía salir su deidad el sol, y erigió un templo y otros edificios en su honor. Abundancia de bienes y cosas preciosas fueron gastados sin cuento en provecho de dichos edificios, y su importancia, combinada con el capricho del Soberano puede haber dado origen al mito de que el sol descansaba en la isla antes de ascender al cielo. Tupac-Yupanqui alejó á los indígenas de todas las islas cuyo carácter sagrado él había decretado, y pobló dichas islas y las aldeas en la costa vecina con familias elegidas entre todas las tribus leales del Imperio. Se consideraba á los Collas como demasiado bárbaros para ser admitidos en el sagrado recinto del templo y esta prohibición era parecida, segun Ramos, (63) á la que se decretó por los Judios contra las Moabitas.

A mi ver el punto más importante que establece una conexión entre los Incas y las tribus salvajes del Collao, cosa que la considero evidente, es que los conquistadores enseñaron á los pueblos que sojuzgaron el arte arquitectónico, el cual lo desarrollaron haciéndolo servir al mejoramiento de sus propias construcciones. No tenían templos ni palacios, pero ponían particular esmero en la construcción de los enterratorios ó tumbas de sus Jefes, y Cieza de León declara que «quedó verdaderamente sorprendido de ver cuan poco se curaban de tener casas vastas y hermosas para vivir, cuando ponían el mayor empeño en la edificación de tumbas para los muertos; co-

(63) Historia de Copacabana.

mo si toda la felicidad consistiera en solo éstos. Se ha dicho originariamente, que ellos construían sus tumbas con lozas paradas y arregladas en círculo, con otros trozos que formaban el techo, ó en forma de cuadrados. Pero semejante manera de proceder solo avanzó cuando los Collas, Lupacas y Pacasas habían comenzado á recibir las nuevas ideas de sus conquistadores; y en ello guardando conformidad y dando cierto desarrollo al plan de sus antepasados. Entraba en las reglas de buena política de los Incas el educar á los hijos de sus vasallos principales en el Cuzco, y allí es donde aprendían éstos todas las artes y la literatura de esta capital. (64). Es así como cuando regresaban al lugar de su origen, ya llevaban el espíritu cultivado con las enseñanzas y el contacto de un pueblo más civilizado. Los *Chullpas*, construídos bajo los auspicios de Jefes educados en el Cuzco, presentan naturalmente los adelantos sobre toda otra tentativa de sus antecesores bárbaros. Mr. Squier, en un folleto interesante y sugestivo, ha puesto de manifiesto el carácter del gradual adelanto en la construcción de tales *Chullpas*.

El primer paso de esta mejora, se ve en las ruinas de Quellenata, cuyas tumbas se distinguen de las rústicas de Acora por sus torres redondas de bastante altura, construídas con piedras toscamente talladas.

Siguen en segundo lugar, tumbas como las de Ulluloma, que son imitaciones del tercer estilo de la arquitectura Incaica y deben ser por lo tanto muy antiguas.

Finalmente, llegamos á los «*Chullpas*» en que se imita muy de cerca al cuarto estilo Incaico.

(64) G. de la Vega, I lib. VII, cap. 2.

Estos «Chullpas» son cuadrados como los de Escoma, ó la de Caranga, descrita en la obra de D'Orbigny; ó redondas como los de Sillustani. Las torres funerarias de Sillustani, situadas sobre un promontorio que sobresale al lago Alpino Umayo, son de forma circular; se asemejan en ésto á las tumbas primitivas del Collao. Nichos, para depositar los cadáveres, reemplazan aquí á los «Machays» de la vecindad del Cuzco. La albañilería es idéntica en todo respecto á la del cuarto estilo Incaico, y el lagarto ó serpiente esculpido en una de las piedras ya caída pero que había sido visto en su sitio por mi informante D. Manuel Costas, es del mismo diseño que los que se ven en las paredes de los palacios Incas en el Cuzco.

Los «Chullpas» de Sillustani son una adaptación de la arquitectura Incaica á las formas tradicionales de las tumbas del Collao, y son ciertamente los monumentos primitivos más curiosos é interesantes de la región del Titicaca. La forma de torres para las tumbas, no era peculiar al Collao, pero se presenta de nuevo entre los Chachapuyas, y era indudablemente de origen indígena, aunque su estilo arquitectónico mejorado sea debido á enseñanza de los Incas.

El señor Squier ha demostrado claramente esta evidencia de mejora progresiva, en los «Chullpas» del Collao. Cieza de León creía que las diferencias en la construcción de los «Chullpas» denotaban meramente el rango y fortuna de los que los construyeran (65), pero creo sin em-

(65) Mi traducción, p. 364. Vide el folleto de Mr. Squier sobre los «Primitivos Monumentos del Perú».

bargo que el parecer del señor Squier es el único correcto.

La evidencia más concluyente de la barbarie de las tribus del Collao antes de que fueran civilizadas por los Incas, se puede colegir de un exámen de su idioma, que fué estudiado primero por los Jesuitas que se establecieron en Juli en el país de los Lupacas, en 1570. Estos jesuitas vivieron entre las familias de los colonos procedentes de todas partes del Imperio, quienes fueron establecidos en este punto por Tupac-Yupanqui, para cuidar los templos en las islas sagradas. Aquí había Canans y Caviñas de la nación Inca, Cotapampas y Aymaras pertenecientes á la tribu Quíchua, Chancas, Cañaris y muchos otros; pero, durante la larga confusión, consecuencia de la conquista española y de las guerras civiles subsiguientes, el Idioma Incaico quedó abandonado, y nació una generación que solo hablaba el dialecto de su lugar de origen, aunque guardando los nombres de sus Ayllus y muchas palabras de la tierra de sus antepasados. Juli mismo estaba lleno de Aymaras (66) y ésto explica el error deplorable de los Jesuitas, al dar el nombre de «Aymara» al idioma que aprendieron en Juli, lo que fué realmente el idioma de la tribu Lupaca (67).

Se nos dice que los Pacasas más allá del Desaguadero hablaban el mismo idioma con mayor pureza (68).—La palabra Aimara se aplica

(66) Blas Valera, citado por Garcilaso Parte I, lib. VII. cap. 4.

(67) Toda la cuestión referente á la errónea aplicación de la *Aymara*, y el origen de tal equivocación, se encontrará ámpliamente desarrollada en el Apéndice de este escrito.

(68) Bertonio.

al idioma de las Lupacas y Pacasas, en una de las Ordenanzas del Virey Toledo, por la cual un Jesuita de Juli, llamado González Holguin muy entendido en los idiomas del Perú, aparece nombrado Intérprete General (69).

Un italiano nombrado Ludovico Bertonio, estudió el dialecto Lupaca durante muchos años, y publicó una gramática en 1603, y un diccionario muy copioso y de gran mérito en Juli en 1612, y otra gramática con un vocabulario corto, fué publicado en Lima en 1616 por el jesuita Tórres Rubio.

Tenemos también muestras del idioma en el «Rituale» del Obispo Oré y en el Evangelio de San Lucas por don Vicente Pazos-Kanki, impreso en 1829. Una vida de Cristo en el dialecto Pacasa fué escrita por D. B. de Merian de la diócesis de La Paz, cuyo manuscrito está ahora en poder del señor Squier. Un exámen de estas obras demuestra que un gran número de palabras son prestadas del idioma Inca, mientras que la construcción gramatical en el idioma Inca es idéntica á la de los dialectos Lupaca y Pacasa.

Es por lo tanto más correcto clasificar ó los idiomas hablados en el Collao, como meros dialectos de las lenguas Inca ó Quíchua. Tienen el mismo número de verbos transitivos, y el mismo método para su formación, los mismos plurales inclusivos y exclusivos de verbos y pronombres, las mismas formas para variar el sentido de los verbos, y el número de raíces quíchuas en los dialectos del Collao es muy grande. La diferencia en declinar y conjugar nombres y verbos apenas

(69) Tít. XV, p. 84.

basta para justificar que se clasifique al diálecto Lupaca y Pacasa y los del Chíncha-suyo como dialectos Quichuas.

Las diferencias son como sigue:

NOMBRES

		INCA	LUPACA
<i>Sing.</i>	Gen.	p. pa (70)	na
»	Dat.	— pac	taqui
»	Acc.	— cta	(lo mismo que el nominativo)
»	Voc.	— ya	— y
»	Abl.	— pi	— mpi
<i>Plur.</i>		— cuna	— naca

VERBO

		INCA	LUPACA
<i>Ind. Pres. Sing.</i>	1. ^a	— ni	— tha
« « «	2. ^a	— nqui	— ta
« « «	3. ^a	— n	— i
<i>Plur.</i>	1. ^a	— nchie ycu	— piscatana tha
«	2. ^a	— nquichie	— piscata
«	3. ^a	— ncu	— pisqui

		INCA	LUPACA
<i>Ind. Pret. Sing.</i>	1. ^a	— rcani	— atha
» »	2. ^a	— rcanqui	— ata
» »	3. ^a	— rcan	— ana
<i>Plur.</i>	1. ^a	— rcanhie ycu	— apiscatana tha
»	2. ^a	— rcanquichie	— apiscata
»	3. ^a	— rcanu	— apiscana

(70) Una forma más anticuada del genitivo Incaico, que se presenta en el drama de Ollanta y en varias canciones, es en *c*, *ca*.

Ind. Fut. Sing. 1. ^a	—	Sac	—	aha
» » 2. ^a	—	nqui	—	ahata
» » 3. ^a	—	nca	—	ani
» Plur. 1. ^a	—	ssan	—	apiscatana tha
	—	cu		
» » 2. ^a	—	nquichic	—	apiscahata
» » 3. ^a	—	nca	—	apiscana

TRANSICIONES VERBALES

		INCA	LUPACA
1. ^a	Yo tú	Iqui	Sma
2. ^a	El tú	Sunqui	Tama
3. ^a	Tú me	Huanqui	Ta
4. ^a	El me	Huan	To

VERBO AUXILIAR

	INCA	LUPACA
Soy	Caní	Canca—tha

PRONOMBRES

	INCA	LUPACA
Yo	Ñoca	Na
De mi	Ñocap	Nana
Nosotros	Ñocanchic	Nanaca
	—y cu	
De nosotros	Ñocanchicpa	Nanacana
	—y cu p	
Tú	Cam	Huma
El	Pay	Hupa

	INCA	LUPACA
Esto	Cay	Aca
Aquello	Chay	Uca
Mismo	Quiqui	Quiqui
Mío	Y	Ha
Tuyo	Iqui	Ma
Suyo	N	Pa

Las palabras quíchuas que se encuentran en los primeros diccionarios llamados «Aymara» demuestran hasta qué punto son deudoras las naciones del Collao á la civilización Incaica. Una comparación del diccionario de Bertonio y del vocabulario de Tórres Rubio, con los diccionarios quíchuas de Holguin, Tórres Rubio, Mossi, Von Tschudi y el mío, demostrarán la muy considerable proporción de raíces Incaicas existentes en los dialectos hablados en el Collao. Los adjetivos numerales cardinales del idioma Incaico, comparados con los de los dialectos del Collao son como sigue:

INCA	PACASA	LUPACA
1 Huc	Maya	Maa
2 Isca	Paya	Paa
3 Quimsa	Quimsa	
4 Ttahua	Pussi	
5 Pichea	Pisca	
6 Socta	Chocta	Chockhta
7 Canchis	Pacallco	
8 Pussac	Quimsa callco	
9 Isca	Llalla tunca	Llalla tunca
10 Chunca	Tunca	
11 Chunca huaniyoc	Tunca mayani	
20 Isca chunca	Paya tunca	

Se verá que 1 y 2 son primitivos, y tal vez 4; pero 3, 5, 6 y 10 son prestados de los Incas, y 7, 8, 9, y números más altos son compuestos. Las palabras que se refieren á religión, sacrificios y ceremonias del culto, son casi todas Incaicas. Así también son las palabras para indicar al sol como cosa sagrada (*Huilca*), como Dios (*Inti*), como proveedor de luz y calor (*Rupay*), corrompido en *Lupi*, aunque la gente del Collao tenía nombres para la luna, las estrellas, el día y la noche. Casi todos los términos que indican calidades físicas y mentales, son de origen Incaico, también la mayor parte de las palabras que se refieren á la música y al baile; así como las que se refieren al riego y á las obras públicas.

Las palabras para aldea, fortaleza, puente, posada, huésped, puerta, ventana, lago, quebrada, árbol, arbusto, bastón, son Incaicas; así mismo las que significan jefe, padre, tribu, mujer, provincia, soldado; las que indican pertrechos de guerra, (exceptuando una honda) *Korahua*; también son Incaicas las palabras que significan fuego, pan y todos los utensilios de cocina y para la mesa; y los verbos que tienen el mismo origen.

Se podría talvez sugerir que las palabras arriba citadas no fueron prestadas de los conquistadores, y que los Incas las tomaron de los pueblos conquistados del Collao. Tal idea me parece tan absurda que se refuta de por sí. La anterior suposición queda refutada por el hecho que muchas de las palabras de que tratamos, fueron también prestadas por otras naciones conquistadas, que recibieron su civilización de los Incas. Por ejemplo, la palabra «*Auqui*» (príncipe), en el Collao significaba padre, *Huarmi* (mujer) cambiado en *Marmi* en el Collao, y *Marca* (aldea ó pueblo) se encuen-

tran también en la lengua Chíncha—Suyu. Esto prueba que fueron recibidas de un centro comun por las naciones conquistadas que vivían al Norte y Sur de los Incas, pero separadas entre sí por centenares de millas.

Cuando las palabras Incaicas estén eliminadas podremos formar una idea más clara por las palabras remanentes, de la condición de la gente que habitaba la hoya del Lago Titicaca ántes de su subyugación. Su religión consistía en la adoración de los animales y piedras (71), á los que ofrecían telas de lana, coca y conejos. Creían en la adivinación por medio de números pares é impares, y de las patas de araña; también en los presagios, como por ejemplo, un lagarto que atravesaba su camino, ó el oír ciertos gritos (72).

En los funerales hacían sacrificios y hay quien dice que eran sacrificios humanos, y regaban las tumbas con la sangre. En la época de la cosecha, tenían bailes y orgías. Su único experimento en la arquitectura consistía en colocar de punta enormes lozas, al rededor de los cadáveres. Sus casas eran cabañas rústicas de piedra, y su ocupación, apacentar los grandes rebaños de llamas y alpacas, y cultivar raíces comestibles y quínua. Achataban las cabezas de sus hijos, lo mismo que las tribus más al Norte (73). Tenían canciones que recordaban los hechos de su antepasados y tocaban una especie de flauta de Pan compuesta

(71) Los nombres de los idólos de los Lupacas eran:—Ano Ano, Pachapaqui, Ccapia, Huana, Hatucachi, Phokphocollo.—*Bertonio*.

(72) Veáanse las cuestiones en el «Confesionario» de *Bertonio*.

(73) Esta práctica estaba prohibida en las "Ordenanzas" del Virey Toledo, lib. II, tít. IX, Ord. VIII, p. 146.

de ocho juncos huecos de distintas dimensiones (74). Tenían una idea vaga de un año compuesto de diez meses, y tejían telas de lana. En sus interminables riñas sus únicas armas eran bolas y hondas, y su historia subsiguiente parece demostrar que eran valientes, feroces y crueles. No hay motivo para creer que hubiesen sido nunca mas que una raza de pastores bárbaros, ántes de estar sometidos á la influencia humanitaria de sus conquistadores, sin que hubiera existido jamás forma alguna de civilización en la hoya del Titicaca, excepto la que fué introducida por los Incas.

III. La región de Chincha-Suyu.

La Cordillera de los Andes en una distancia de 450 millas desde el nudo de Loxa al Cerro de Pasco, con el Valle del Marañón por un lado y una parte del *divortia aquarum* de la costa, por el otro, era conocida por los Incas, bajo el nombre de Provincia del Chincha-Suyu.—Este país era habitado por tribus que hablaban un idioma que difería bastante del de los Incas en cuanto á su vocabulario, aunque la gramática es casi la misma.

Las tribus del Chincha—Suyu descritas por los primeros escritores, eran como sigue:

1. Los *Huanucus*; 2. *Conchucus*; 3. *Huamachucus*; 4. *Casamarcas*; 5. *Chachapuyas* ó *Chachas*; 6. *Huacrachucus*; 7. *Huancapampas*; y 8. *Ayacucas*, (Cassas Calluas, Ayahuacas).

La región habitada por estas tribus, consiste en dos cadenas de colinas en los Andes, separadas por el río Marañón; el país es muy montaño-

(74) "Com. Reales", I lib. II, cap. 26.

so y quebrado y algunas partes casi inaccesibles. Principiando por el Sur, los primeros pueblos eran los *Huanucus*, que era gente fuerte y sana, debido al excelente clima, en donde el calor no quemaba ni el frío entumecía.

Construían fuertes en las cejas de los cerros y tenían riñas continuas. El palacio Incaico de Huanucu con sus seis portales, es una de las muestras más finas de la arquitectura Incaica, de su cuarto estilo arquitectónico. Siguen después los *Conchucus*, en los Valles del Marañón y del *divortia aquarum* de la costa. También eran muy belicosos, y hacían una resistencia desesperada para mantener su independencia. Se dice que los Conchucus adoraban un ídolo llamado *Catequilla*, y duendes llamados *Huaracla* entre sauces inmediatos á las aldeas en donde se oían voces (75). En Huaraz, el país de los Conchucus, había ruinas que representaban el segundo estilo Incaico, el ciclópeo, de la arquitectura Incaica (76).

Así como Tiahuanacu indica el punto más meridional de la conquista Incaica en el período prehistórico y ciclópeo, Huaraz indica el punto más Septentrional.

Ambas ruinas, (las de Tiahuanacu y Huaraz) tienen bastantes rasgos comunes para considerarlas como obras de la misma raza imperial. En Huaraz como en Tiahuanacu, caras y figuras fueran talladas con maestría en enormes trozos de piedra. Algunos Indios dijeron á Cieza de León que las ruinas de Huaraz eran obras inconclusas de los Incas, mientras que otros, de imaginación más viva, declaraban que fueron erigidas por gigan-

(75) Arriaga.

(76) Cieza de León, cap. 82.

tes que tenían el tamaño de las grandes estatuas talladas en la piedra. Las mismas historias referentes a las estatuas y esculturas parecidas á las de Tiahuanacu, fueron contadas á Polo de Ondegardo y á Cieza de León. La verdad es, que en ambos casos hubo una ignorancia absoluta sobre este asunto, entre las generaciones de esa época.

Los Huamachucus, que habitaban en la parte baja del Valle del Marañón, recibieron su nombre por la media luna de plata que llevaban en la cabeza (77).

No tenían aldeas, pero vivían en cabañas diseminadas en las laderas de las montañas, y adoraban las piedras de ciertas formas. Empleaban adivinos para buscar agüeros en las entrañas de las ovejas, y se les acusa de haber ofrecido sacrificios humanos.

Los Casamarcas (78), eran una tribu numerosa y guerrera, que usaba un tocado hecho con cuerdas angostas y en forma de redecilla; y sacrificaban sus mujeres y servidumbre á la muerte de un jefe.

Los Chachapuyas ó Chachas, habitaban la región montañosa en la orilla derecha del Marañón. Según el padre Blas Valera, el nombre significa «un lugar de hombres fuertes». Los hombres eran valientes y bien parecidos, y las mujeres notables por su gran belleza. Su principal Dios era el Cóndor y también adoraban las serpientes. Vestían ropa de lana y su tocado consistía en una honda que les ceñía la cabeza, y que era su principal arma de guerra.

(77) *Huama*, media luna de plata; y *chuco* gorro.

(78) *Casa*, nieve, y *marca*, pueblo.

Las tumbas de los jefes, (llamadas Protho) (79), consistían de torres colocadas en las orillas de los precipicios que dominaban el Marañón (80).

Los *Huacracchucus* vivían en ambos lados de la terrible garganta por la cual corre el Marañón.

Su nombre es derivado del tocado que usaban, y que consistía de una cuerda de lana negra con penachos de lana blanca á intervalos; coronado el todo por un cuerno de venado (81). Era una gente feroz, y adoraban las serpientes.

Los *Huancapampas* (82), eran habitantes de las montañas, próximas á Jaen de Bracamoros, y los *Ayahuacas* (83), se dividían en *Cassas* y *Calluas* y se extendían hasta los confines de la región de Quito.

Se dice de ellos, que estaban divididos en muchas tribus, que no armonizaban entre sí; y que no tenían aldeas y que adoraban animales, rocas y ríos, y que eran antropófagos.

Se notará que aun los mismos nombres locales de las tribus, están perdidos, y que los nombres por los cuales se les conocía al tiempo de la conquista Española, se componen de palabras Quíchuas que se refieren generalmente á las referencias indicadas por sus tocados. Somos deudores al padre Juan de Figueredo de un vocabulario del idioma Chíncha—suyu y de algunas notas sobre su construcción gramatical, (84) y por me-

(79) Dávalos y Figueroa. pág. 125.

(80) «Mercurio Peruano», N.º 22, p. 204.

(81) *Huacra*, cuerno; y *chucu* gorro.

(82) *Huancar*, tambor; y *pampa*, llanura.

(83) *Aya*, muerto; y *huaca* lugar sagrado.

(84) En la edicion de Torres Rubio, de Lima, 1754.

dio de la eliminación de las palabras Incaicas, podemos como, en el caso de las tribus del Collao, formar alguna idea de su condición é idioma. Juzgadas por esta prueba, las tribus del Chíncha-Suyu eran más avanzadas en la civilización que las del Collao. Su idioma no solo contenía términos para indicar útiles de labranza, sinó también para el riego y el tejido. Pero, los numerales que pasan de 4 son prestados de los Incas, (85) como también las palabras que significan construcción de casas, puentes y caminos; y lo mismo que las tribus del Collao, recibieron de sus conquistadores la palabra *Marca* que significa aldea; y los términos que se refieren á las partes componentes de una casa.

Las terminaciones, en conjugar y declinar difieren menos del Quíchua que las de los dialectos del Collao; y en el idioma Chíncha—suyu esas diferencias parecen realmente ser causadas por síncope y pronunciación descuidada (86). Las tribus más civilizadas del Chíncha—Suyu, parecen haber sido adoradoras de serpientes, y haber ofrecido sacrificios humanos. Vivían en cabañas diseminadas, y no tenían aldeas, pero construían fortalezas en las cumbres de los cerros, á las que se retiraban con sus familias en tiempo de guerra. Cultivaban maiz, raíces comestibles y árboles frutales, usaban ropa de lana, trabajaban plata y co-

(85) Los numerales de Chíncha—suyu, eran: 1. Collan; 2. Iscay; 3. Quima; 4. Chuscu; 5. Pisca; 6. Octa; 7. Canchi; 2. Puac.

(86)	<i>Inca</i>	<i>Chíncha—suyu</i> .
	—Uni.....	— <i>α</i> .
	—ani.....	— <i>ay</i> .
	—huanqui.....	— <i>huan</i> .

bre y tenían palabras para designar una gran variedad de árboles, frutas y flores.

En idioma al tiempo de la conquista española era menos adulterado con palabras Incaicas que el del Collao, y hay motivo para creer que el idioma Chíncha—suyu era en un tiempo muy distinto, aunque un dialecto rudo y bárbaro.

IV. La región de Quito.

La región de Quito, que se extiende por los páramos altos de la Cordillera, desde el nudo de Loxa á Pastu, tiene por un lado la inmensa selva del Amazonas, cuyos habitantes están incluidos en mi clasificación Amazónica (87), publicada anteriormente; y al otro lado, la rica zona cubierta de bosques que se extiende hasta la orilla del Pacífico, desde el golfo de Guayaquil hasta el río de Patia, cuyas tribus he clasificado provisionalmente con las de la Cordillera de Quito.

Velasco informó á Hervas que existían 117 tribus en el reino de Quito, y que gramáticas y catecismos en los idiomas de muchas de esas tribus habían sido compuestos y existían en manuscrito en Quito. Ninguno de ellos se había publicado, y por eso nos vemos privados de hacer un examen de las gramáticas y vocabularios, que vierten tanta luz sobre la historia de las tribus. He adoptado la siguiente clasificación para las tribus de la región de Quito, guiado por los informes que de ellas dan los primeros escritores.

Al Norte de Quito. 1. Quitus, ó Caras; 2. Pu-

(87) Vide «Actuaciones (*Transactions*) de la Sociedad Etnológica», III, p. 140.

ritacus; 3. Collahuasus; 4. Linguachis; 5. Cayambes; 6. Utaballus; 7. Carangues.

Al Sur de Quito. 8. Los *Llactacuncas*; 9. *Ancamarcas*; 10. *Hambatus*; 11. *Muchas*; 12. *Paruhas*; 13. *Chenibus*; 14. *Tiquisambis*; 15. *Lau-sis*; 16. *Cañaris*; 17. *Paltas*; 18. *Zarzas*; En la Costa. 19. *Huancavilcas*; 20. *Mantas*; 21. *Caras* y 22. *Tacamis*.

La narración que hace Velasco el historiador de Quito, es la siguiente. Dice, que los antiguos habitantes, de los que nada se sabe, se llamaban *Quitu*; pero, que 500 años aproximadamente antes de la Conquista Española, una nación de la Costa, los *Caras*, ascendieron el río Esmeraldas en balsas y conquistaron toda la región montañosa de Quito; eran gobernados por una dinastía de reyes llamados *Scyris*, ó *Coran Scyris*. Los *Scyris*, ó reyes de *Quitu*, eran poderosos, y subyugaron muchas tribus vecinas. Adoraban el sol y la luna, y construyeron un templo en la línea ecuatorial con altas columnas para observar los solsticios. Sus muertos eran depositados en tumbas arqueadas y construidas de piedra y en lugares desiertos, amontonaban sobre ellas piedras y tierra á gran altura. Dichas tumbas se llamaban *Tolas*. Habían hecho progresos insignificantes en la arquitectura, y sus esfuerzos se limitaban á la construcción de *Tolas*, casas rústicas de piedra y fortalezas en las cumbres de los cerros. Cavaban tres ó cuatro fosos al redor de la cumbre del cerro que pensaban fortificar, cada foso apoyado por un parapeto, con un edificio en el centro (88). Los Caras hacían utensilios y armas de bronce y cobre, espejos de piedra y vasijas de

(88) Ulloa, I, p. 473.

arcilla negra y colorada; eran muy expertos como lapidarios, y no solo perforaban las esmeraldas y otras piedras, sino que grababan también figuras en ellas (89). Hasta se dice que tenían un sistema de cantar y anotar parecido al de los *Quipus*. Consistía de una armazón de arcilla con muchas divisiones, en las que se colocaba piedras de diferentes tamaños, formas y colores (90).

Al Norte de Quito se recuerda poco respecto de las tribus, con excepción de sus nombres. Se dice que eran desaseados á tal extremo que los Incas los hacían pagar tributo en piojos; y usaban anillos de metal en la nariz; de aquí que los Incas los llamaban «*Quella Senca*», nariz de hierro. Los más Septentrionales eran los Carangues, tribu bárbara y guerrera, la que debido á un acto de traición, fué exterminada casi en su totalidad por orden del Inca Huayna-Ccapac. Los cadáveres botados á un pequeño lago cerca del camino de Pastu á Quito, que desde entonces se llama *Yahuar-Ccocha*, (el lago de sangre). Después de las matanzas quedaron muy pocos de la tribu principalmente muchachos y niños en tierna edad; por eso la tribu se llamó después *Huayna-cuna* (91) (la tribu joven). Se dice que los Carangues veneraban las serpientes.

(89) Ibid. I, p. 466.

(90) Velasco, II, p. 7.

(91) Este acontecimiento sucedió en el tiempo de la conquista española, y fué recordado por personas que vivían en esa época. Es por lo tanto histórico, y tal cual lo refiere Cieza de León p. 133. Balboa p 179; G. de la Vega I lib., IX, cap. 11; y Velasco I. p 18. La misma historia fué contada á un explorador moderno, conforme á una tradición

La primera tribu importante al Sur de Quito, era la de *Llacta—Cuncas*, que se componía de diez y seis *Ayllus* ó linajes populares. Después venían los *Hambatus*, *Muchas*, *Puruhus*, *Tiquisambis* y *Sausis*. Los *Cañaris* eran una nación muy numerosa al Sur de las anteriores, dividida en veinticuatro *Ayllus* ó linajes. Se les describe como raza bien parecida y con un tocado peculiar. El pelo, que se usaba largo, se torcía en forma de nudo encima de la cabeza y en dicho nudo se ataba una corona de listones finos que se entretejían con los de un cedazo, con penachos de lana multicolor que pasaban por los intersticios. Los más pobres usaban en la cabeza un pedazo de calabaza, en lugar del cedazo adornado; por eso se les dió el apodo de *Mati—uma*. (cabezas de calabaza) Los *Cañaris* enterraban algunas de sus mujeres con sus jefes muertos, y eran muy adictos á la adivinación (92).

Al Sur de los *Cañaris*, cerca de Loxa, estaban los *Paltas*, una tribu pequeña que habitaba las quebradas cálidas. Eran muy feos, debido á la costumbre de achatar la cabeza de los hijos en la parte anterior y posterior, entre dos tablillas que apretaban gradualmente, hasta la edad de tres años. De aquí el nombre de *Palta—uma*, ó

que se conserva todavía en el distrito, y trasladándose el lugar del acotecimiento á Carangas, provincia lejana en el Sur de Bolivia. El inventor de la tradición se equivocó por la semejanza de Carangas y Carangue. Esto demuestra la falta absoluta de mérito de las así llamadas tradiciones; y lo que hace todavía más absurda ésta tradición es que las gentes del Collao eran partidarias leales de los Incas en la guerra de Carangue, y sufrieron seriamente como aliados de los Incas.

(92) G. de la Vega, lib. VIII, capítulos 4, 5.

cabeza de Palta, que también era sinónimo de fidelidad entre los Incas.

Los *Zarzas* tenían sus casas en la vertiente Oeste de la Cordillera, en la vecindad de Zaruma.

Las tribus del Pacífico pertenecientes á la región Quito, son extremadamente interesantes.

Los *Huancavilcas* (93), habitaban las orillas del río Gnayaquil, la orilla del mar hasta punta Santa Elena, y las islas Puna y Muerto. Eran numerosos y en un tiempo poderosos, dividiéndose entonces en diez y ocho Ayllus. Tenían la costumbre de arrancarse los dientes delanteros en ambas quijadas.

Tejían el agodón, y vestían camisas de algodón adornadas con chaquiras, ó pequeñas cuentas de oro ó plata. Usaban el pelo muy largo, engalanándose la cabeza con una guirnalda adornada con chaquiras, y usaban grandes anillos en la nariz.

Se decía de ellos que tenían ídolos en forma de bestias, á los que ofrecían sacrificios humanos, y delante de los cuales bailaban al son del tambor.

Sus tumbas eran redondas con un techo abovedado, y entradas que daban hacia el sol naciente. Sus armas consistían de cachiporras y lanzas, desollaban á sus enemigos llenando los pellejos con cenizas y colgándolos en las paredes de sus casas (94). Los *Huancavilcas* habían alcanzado un grado notable de aprovechamiento en el arte de trabajar metales. Una estatua de oro puro de 6 pulgadas de largo y muy bien escul-

(93) El nombre está compuesto de dos palabras *Incas*: *Huanca*, tambor, y *Vilca*, sagrado,

(94) *Cienc de León*, cap. 56.

pida, fué encontrada en la isla de «Muerto» hace pocos años; al mismo tiempo se encontraron adornos que consistían de chapas delgadas de oro, cubiertas de grabados y ensartadas entre sí en forma de collar. Uno de dichos collares tenía más ó menos cien figuras de pelícanos, el ave sagrada de éstas gentes; cada figura representaba al ave en posición distinta.

Como las figuras se habían hecho á troquel, y no con buril, un troquel distinto debe haberse usado para cada figura.

Era en el país de los *Huancavilcas*, en la orilla del mar, que el señor Spruce encontró briznas de cuarzo cristalizado trasparente entre montones de desechos parecidos á los de Dinamarca. Los desechos consistían de fragmentos de alfarería y de conchas de cuatro clases; una de ellas desconocida ahora en ese mar. Estos desechos deben haber pertenecido á una raza muy antigua. La historia de los gigantes que se dice habían desembarcado en la costa cerca de punta Santa Elena, segun lo refieren los primitivos escritores, queda explicada sin duda por los recientes descubrimientos de huesos fósiles pertenecientes á enormes animales encontrados en los sitios de la costa en donde se habían desmoronado pedazos de peñas (95).

Los *Mantas* (96) habitaban la costa del Norte del país de los *Huancavilcas*, desde punta

(95) Cieza de León, cap. 52; G. de la Vega, I^o lib., IX, cap. 9; Zarate, lib. I, cap. 4; Acosta, lib. I, cap. 19; Haring, p. 51. Véase también Ulloa y Humboldt, y compárese con los «Viages» de Stevenson, II, p. 235.

(96) El nombre es derivado de un pez peligroso llamado *manta*, que ataca á los buzos que buscan perlas—*Noticias Secretas*, p. 549.

Santa Elena á Charapoto, y estaban divididos en ocho principales linajes; su Dios era una gran esmeralda, y los *Mantas* eran famosos como lapidarios. Se dice que adoraban los peces y las serpientes.

Se pintaban ó tatuaban la cara con piedras puntiagudas (97) y achataban la cabeza de sus hijos hasta que tuviesen cuatro ó cinco años. Se mantenían de la pesca.

Los *Caras* vivían también en la costa desde Charapoto al cabo San Francisco, y la tradición los señala como conquistadores de Quito.

Los Indios de una de las ramas de esta tribu llamados «*Passaus*», dícese que eran muy bárbaros, que pintaban sus caras, vivían en los huecos de los árboles y debajo de las rocas, y andaban desnudos.

Garcilaso los vió en sus balsas ocupados en la pesca, cuando fué á Europa en 1560; su buque pasó por el cabo Passaus para tomar agua y leña.

Se dice que los *Tacamis* (*Atacames*) habían sido conquistados por los *Caras*, pero no parecen diferenciarse mucho de las otras tribus de la costa del Pacífico.

Los restos de los edificios Incaicos en la región de Quito, son todos del último y más perfecto estilo Incaico; lo que confirma la exactitud de las relaciones recibidas por los primeros escritores, respecto de la conquista de Quito por los dos últimos Incas. Éstos edificios han sido descritos en detalle por Ulloa y Humboldt.

El idioma que se hablaba en Quito al tiempo de la Conquista Española, dícese haber sido iden-

(97) Cieza de León, cap. 46.

tico al de los Incas, y es el mismo ahora con pequeñas diferencias en la pronunciación y el vocabulario.

El caso causa perplejidad, siendo que las tribus Chincha—suyos con un vocabulario diferente y algunas variaciones en su gramática, estaban radicadas entre la región Incaica y la de Quito.

Con todo, la conquista Incaica era tan reciente, que no hubo tiempo para cambiar el idioma del pueblo subyugado. A mí, me parece claramente imposible que las lenguas Incaicas y del Quito pudiesen haber sido idénticas. La explicación es probablemente la siguiente: que había muchos «Mitimaes» ó colonos Incas en el reino de Quito, y que los jefes y personajes principales que los Españoles encontraron, habían sido educados en el Cuzco. Los descendientes de los «Mitimaes» influyeron en el predominio del idioma Incaico, en los tiempos modernos, aunque quede demostrado por la relación de Velasco en su carta á Hervas, la existencia de lenguas primitivas.

Sería interesante descubrir si los artesanos que trabajaban el oro y las joyas en la costa, eran de la misma raza y hablaban el mismo idioma que los aborígenes de la altiplanicie de Quito, ó si fueron aliados de las naciones civilizadas de la costa del Perú, más al Sur. Una indagación más prolija de los vestigios cerca de Chanduy, y otros del mismo género á lo largo de la costa, darían también resultados apreciables.

V. La Región Yunca.

Los numerosos valles en la costa peruana, separados por desiertos arenosos de anchura va-

riada, solo requerían riego cuidadoso para hacerlos capaces de sustentar una numerosa población. En estos valles encontramos una raza de gente que había hecho progresos considerables en los adelantos de la civilización, pero que era muy distinta de las naciones de los Andes. «Yunca» es la palabra Incaica que significa Valle cálido. Fue aplicada por los montañeses conquistadores á la gente de la costa, y como el término sinónimo que éstos usaban se ha perdido, solo nos resta usar el que los Incas les habían aplicado.

Hay algunos indicios leves de que la costa peruana era primitivamente poblada por una raza diminuta de pescadores, que fueron expulsados por los Yuncas, más civilizados. Cieza de León nos dice: que una raza primitiva muy diminuta que habitaba el Valle de Chíncha, desapareció ante los conquistadores y que los huesos de la tribu Chíncha exterminada habían sido vistos en ciertas tumbas por los bisabuelos de sus informantes.

Es posible que ésta sea la misma gente descrita por Bollaert, la que habitaba la costa más al Sur. El los llama Changos, y él y D'Orbigny los describen como gente de carácter afable y hospitalaria, dedicados á la pesca, y que no excedían jamás de 5 pies de altura; tenían la nariz chata y usaban botes hechos de pieles infladas de lobo marino, dormían mezclados ámbos sexos en carpas hechas de pieles de lobo, y dormían sobre montones de algas secas.

Bollaert, cuya relación sobre los Changos es mejor que la de d'Orbigny, dice que enterraban sus muertos en postura perpendicular (98), y al-

(98) Bollaert, p. 172.

ganos cadáveres han sido encontrados en esa postura extraordinaria cerca de Cañete.

Este es otro indicio leve que conexiona los Changos con la raza primitiva más al Norte. Los pescadores de Sechura, en los confines del gran desierto del Norte, pueden ser otro resto de la raza primitiva, como también los Etenes, Morrópes, Catacaos y Colanes descritos por Mr. Spruce. Las cuarenta palabras del idioma Sechura recogidas por Mr. Spruce, demuestran que este idioma era del todo distinto de la lengua Yunca (99).

La gente de la costa que estaba en posesión de los valles más ricos al tiempo de la conquista española, era una raza extremadamente interesante. Parecen haber formado distintas comunidades en los diferentes valles, cada una bajo un jefe más ó menos independiente; pero las guerras eran frecuentes y muy sangrientas. La tribu más civilizada y poderosa era la de Chimú (100), que reinaba sobre los cinco valles de Parmunca, Huallmi, Santa, Huanapu y Chimú mismo; este último es el sitio que ocupa ahora la ciudad de Truxillo. Los súbditos del príncipe Chimú, habían hecho grandes adelantos en la civilización, y sus vastos palacios cerca de la costa, forman ahora ruinas extensas que cubren ahora una extensión de tres cuartos de legua, exclusive de los grandes cuadrados de 270 yardas de largo por 160 de ancho, que formaban los jardines y maizales.

Cada palacio está rodeado de una pared exterior de adobes ó enormes ladrillos cocidos al sol

(99) Véase la *nota* á mi Introducción de Cieza de León, p. XLIII.

(100) Cieza de León, cap. 68; Balboa; pp. 72, 76; Calancha, lib., II, cap. 35; G. de la Vega, I lib. VI, cap. 32; Feijoo, «Rel. de Truxillo», p. 25.

de 50 piés de altura, y 5 yardas de anchura en la base, reduciéndose á una yarda en la parte superior.

A mas de los palacios con sus numerosas habitaciones, los cercados contenían inmensos terraplenes con pasadizos subterráneos usados como tumbas para los muertos; y un estanque alimentado por acueductos subterráneos. A las 9 ó 10 leguas de estos palacios de los *chimus*, hay una enorme masa de piedra tallada de 360 piés de ancho por 530 de largo y 150 de alto, que se usaba como cementerio; contenía cuartos excavados en la piedra con nichos de una yarda cuadrada, que contenían los cadáveres en postura sentada (101) El clima seco favorecía el adorno por medio de colores, de las paredes externas; y las de los palacios *chimus* estaban cubiertos de dibujos esculpidos de muy buen gusto. Entre otros edificios antiguos en los valles de la costa, se debe mencionar la gran fortaleza de calaveras, en el valle de Casma y la del valle de Parmunca, los terraplenes en el valle del Rímac, el templo de Pachacamac con su extensa ciudad, ahora abandonada, é innumerables poblaciones y aldeas abandonadas situadas en los declives rocosos que limitan casi todos los valles.

Dícese, que figuras de aves de color y de animales estaban pintadas en las paredes de los palacios y de los templos, y los restos de los colores son todavía visibles en Parmunca (102) y en el frente que da al mar del templo de Pachacamac. Los habitantes de los valles reservaban

(101) Mer. «Peruano», N.º 247, p. 88; «Ant Per».

(102) «Viages» de Proctor, p. 175; Cieza de León, p. 248; Paz Soldan.

cada pié de terreno susceptible de cultivo y que podía ser regado; y construían sus casas en las laderas de los cerros que dominaban sus chacras y jardines. El sistema de riego era tan perfecto, que cualquier otro que la ciencia moderna haya empleado hasta la fecha, y no solo suplía el riego á los campos en épocas determinadas, sino que elevaba el agua para regar terrenos altos. Cieza de León nos dice: que algunas veces cuando al fin de sus jornadas, paraba de noche al borde de uno de esos canales de riego, ántes que su gente concluyera de armar las carpas, el canal estaba seco, habiendo sido desviada el agua en otra dirección. En el valle de Nasca muchos viñedos y fincas de algodón deben su existencia á un sistema perfecto de riego construído por los antiguos. Los Incas tal vez mejoraron estas obras de riego, y sin duda las mantuvieron en buen estado; pero es indudable que ellas fueron originariamente trazadas y ejecutadas por los Yuncas, por la sencilla razón que ellos eran indispensables á su existencia.

Los Yuncas habían hecho también adelantos considerables en las Artes. Adornos de oro y plata, capas bordadas de oro, y listadas de oro y plata, túnicas de plumas, telas de algodón de tejido fino, y vasijas en variedad infinita de dibujos, se encuentran en las tumbas. Cieza de León nos dice: que el jefe de cada valle tenía una gran casa construída en extensos terraplenes, y con pilares de adobe y portales guarnecidos de esteras.

Dice que los jefes vestían camisas de algodón y capas largas, y eran muy dados á las orgías, al canto y al baile, y que las paredes de los palacios ostentaban dibujos y figuras pintadas con colores brillantes.

Tales sitios, levantándose en medio de un bosque de árboles frutales, con los Andes por un lado y el Océano por el otro á manera de fondo, deben haber sido mansiones adecuadas para el regocijo y las fiestas.

No es posible obtener una idea exacta de la religión de los Yuncas. Todo cuanto sabemos, es que existía un templo de gran fama, y muy sagrado en Pachacamác; y otro en el valle del Rímac; y se dice que ahí, adoraban una zorra, un mónstruo marino y otros ídolos. En cuanto á la adivinación, el viejo y salvaje iconoclasta Arriaga, se jacta de haber castigado á 63 adivinos en los valles de la costa. Los ricos eran enterrados en los grandes terraplenes llamados *huacas* por los Incas, y el resto de la población en las colinas rocosas ó en los desiertos; la sequedad extraordinaria de la atmósfera, ha motivado la buena conservación de gran número de mómias que se encuentran en cementerios como los próximos á Arica.

La conquista Incaica hizo perder de la memoria los nombres Yuncas y sus tradiciones, aún antes de la llegada de los Españoles, así que podemos averiguar muy poco acerca de esa gente interesante. El nombre mismo de «Yunca» pertenece al idioma Incaico, como también la mayor parte de los nombres de lugares, como Nasca, Pisco, Runahuanac, Chilca, Pachacamac y Rimac. En cada valle hubo una resistencia desesperada contra los invasores, grandes matanzas, y una importación correspondiente de «Mitimaes» ó colonos. También se registra que la gente de Nasca y muchos del valle de Chimú fueron transportados al interior. Las ruinas Incaicas de la Costa, aunque construidas con adobes, son todas sin

dada alguna del último y más perfecto estilo arquitectónico, como en Quito; dando así una prueba de la veracidad del relato de Garcilaso. El edificio mejor preservado cuyas dimensiones he tomado, existe en Hervay. Ningun diccionario del idioma Yunca ha sido preservado, pero tenemos una gramática y una lista corta de palabras del idioma que se hablaba en el valle de Chimú; y el Padre Nuestro en «Mochica» dialecto que se hablaba en los valles de Runahuanac y Huarco (Cañete) más al Sur. Estos fragmentos demuestran, que la gente de la Costa no tenía conexión alguna con los Incas y otros montañeses, y que su origen era del todo distinto. Las lenguas son del todo distintas tanto en cuanto á su vocabulario, como á su construcción gramatical.

La gramática Yunca es por Don Fernando de la Carrera, un bisnieto de Pedro González, uno de los primeros conquistadores, que se estableció en Truxillo, cerca de las ruinas de los palacios Chimús. Carrera nació allí y aprendió el idioma siendo niño; publicó su grámatica en Lima en 1644, pero declara que el idioma «Yunca» es tan difícil que él fué el único Español que haya podido aprenderlo. En ese tiempo se hablaba el idioma en los valles de Chimú, Chicama, Chocope, Sana, Lambayeque, Chiclayo, Huacabamba, Olmos y Motupe.

Dícese que cuando se publicó el «Mercurio Peruano» en 1793, el idioma Yunca había desaparecido completamente. El idioma Yunca tiene tres diferentes declinaciones de los nombres sustantivos; el Incaico solo tiene una. El Yunca no tiene verbo transitivo, ni plurales exclusivos é inclusivos que son las principales características del idioma Incaico. Carrera da los numerales cardi-

nales Yuncas, que son muy completos; y una lista de palabras que se refieren á las partes del cuerpo. Por otra parte las conjugaciones del Yunca se forman de muy distinta manera que las de la lengua del Inca (103).

(103) La Gramática Yunca de Carrera es tan rara, (*) que por este motivo me animo á dar una muestra de ella:

Primera Declinación.

Mecheræc	Una mujer
Mecheræero	De una mujer
Mecheræeropæn	A una mujer
Mecheræerocæn	Mujer
Mecherææenro	De las mujeres

Segunda Declinación.

Eng	Una madre
Engeio	De una madre
Engeiopæn	A una madre
Engæn	Madres

Tercera Declinación.

Cholu	Un muchacho
Cholungo	De un muchacho
Cholungopæn	A un muchacho
Choluæn	Muchachos

Adjetivos.

Peño nopæn	Un buen hombre
Peño mecheræc	Una buena mujer
Peño nepæc	Un buen árbol
Utzho ong	Un gran algarrobo

Pronombre.

Moiñ	Yo
Mæino	De mí
Mæich	Nosotros
Tzhang	Vosotros

(*) Hoy no es ya una rareza bibliográfica la «Gramática» de Carrera; la «Revista Peruana» publicada en Lima, en 1879, por don Mariano H. Paz Soldan, la ha reproducido.

Del idioma Mochica que se hablaba en el país al Sur de Chimu, especialmente en los valles de Huarco (Cañete) y Runahuanac (Lunahuana), solo tenemos el Padre Nuestro que ha sido conservado por el Obispo Oré. Es imposible formar una opinión decisiva con el exámen de una sola muestra, pero éste parece ser un mero dialecto del idioma Yunca de Carrera.

Verbo Auxiliar.

Moiñ e ó ang
Tzhang e
Aio e
Mœich e
Aiong œere

Yo soy
Tú eres
Él es
Nosotros somos
Ellos son

Verbo.

Meteiñ
Metaz
Metang
Meteix
Metazchi
Metœenang

Yo traigo
Tú traes
Él trae
Nosotros traemos
Vosotros traeis
Ellos traen

Meteiñ piñ
Metaz piñ
Metang piñ
Meteik met
Metaz met
Metang met

Yo traía
Tú traías
Él traía
Yo traeré
Vosotros traeréis
Ellos traerán

Numerales.

1. Onœc.
2. Atpat.
3. Copœc.
4. Nopœc.
5. Exll mœetah.
6. Tzaxil.
7. Nite.
8. Lang œess.
9. Tap.

La diferencia de idioma prueba que los Yuncas de la costa no descendieron desde la región Andina á los valles cálidos de la costa, como lo hicieron sus conquistadores los Incas.

Por las razones antes dadas, hay motivos para creer que los Yuncas no eran los primitivos habitantes de la Costa.

Quedan dos alternativas. O vinieron del Norte y eran los descendientes de los Huancavilcas y Mantas, los joyeros y lapidarios de la costa de Quito, ó vinieron de allende los mares. No po-

10. { Cioech (rara vez usado).
Napong (hombres).
Nassop (cosas).
11. Napong allo ontea.
12. Napong allo aput.
13. Napong allo copæt.
20. Pac pong.
30. Coc pong.
40. Noc pong.
100. Na palcec.
1000. Na cuño.

Allo es una conjunción copulativa

Neizna	Mañana
Hac	Cabello
Falpong	Cabeta
Loch	Ojos
Medeng	Orejas
Fon	Nariz
Sap	Boca
Echang	Dientes
Ed	Lengua
Cengque	Cuello
Ocen	Brazo
Mecha	Mano
Scod	Pecho
Pilla	Muslo
Tonia	Pierna
Nocæn	Rodilla
Loc	Pié

demostramos formar opinión alguna en cuanto á la primera hipótesis, sin comparar previamente el idioma con los de las tribus del Norte. Queda la segunda hipótesis. Que los Yuncas llegaron por la vía del Pacífico. Sobre este punto tenemos pocos datos fidedignos.

Acosta (104) nos dice que los Indios de Ica y Arica, narran que en épocas anteriores solían hacer viajes á unas islas muy al Oeste, en embarcaciones hechas de pieles infladas de lobos marinos. Pero sospecho que esta historia solo se refiere á los viajes que hacían los agricultores laboriosos de la costa, á las islas Chinchas en busca de guano. Balboa (105), autoridad más antigua y fidedigna, sin embargo da una narración detallada de los informes que le dieron los Incas de Lambayeque en la época de la conquista. Manifestaron, que una gran escuadra llegó á la costa algunas generaciones ántes, mandada por un jefe llamado Noympla que llevaba consigo un ídolo hecho de una piedra verde, y fundó una dinastía de jefes.

Al Sur de Nasca, la costa peruana no parece haber sido habitada, excepto por unas cuantas familias de Changos pescadores, diseminadas; hasta que los Incas establecieron Colonias de Mitimaes en los valles de Arequipa, Moquegua, Tacna y Arica. Los de Arequipa, dícese que vinieron de Cavanilla, los de Tacna de Juli y Pisacoma, y los de Moquegua de Acora é Ilave, aldeas todas del Collao.

Tenemos las siguientes tribus á lo largo de la costa peruana, principiando por el Norte: Los

(104) Lib. I. cap. 19, p. 68.

(105) «Hist. del Perú», p. 89 (Ed. T. Compan).

Colanes, los *Etenes*, los *Catacaos*, los *Sechuras*, los *Morropes*, los *Chimus* (ó Yuncas de Carrera) los *Mochicas*, (ó Chinchas) de Garcilaso, y los *Changos*. Los Indios de la costa casi han desaparecido. Sus lenguas están desapareciendo, y las más importantes ya no se hablan.

Pero su civilización está confirmada por varios autores antiguos, é ilustrada por ruinas y muchas obras da arte.

Son los más misteriosos en cuanto á su origen y en ese respecto los más interesantes de todas las tribus de las cinco grandes regiones que hemos revistado.

Aquí terminamos nuestro exámen de las tribus que formaban el Imperio de los Incas. Se notará que ellas se reducen á dos divisiones principales, que se distinguen entre sí por una completa diferencia del idioma, tanto en el vocabulario, como en la construcción gramatical; lo que basta para fijar un origen distinto para cada una. Estas son las naciones de las cuatro regiones Andinas y los Yuncas de la costa. Ellas forman dos civilizaciones y dos razas. Las tribus de las cuatro regiones Andinas, por otra parte, hablaban lenguas que aunque diferentes en cuanto á su vocabulario, son idénticas en su construcción gramatical, é indican un origen común.

Las lenguas son nuestra guía más fidedigna. Las diferencias físicas son causadas por condiciones locales, y todos los viajeros que han recorrido el Perú, deben haber notado los varios matices en la tez de los Indios; y las grandes variaciones en su desarrollo físico; pero, estos fenómenos deben atribuirse únicamente á las influencias climáticas y á las costumbres variadas en su modo

de vivir. Los idiomas, sin embargo, cuando se estudian con esmero, dan un conocimiento profundo de la condición primitiva de las diferentes tribus, y con la ayuda de la evidencia recogida en las obras de los primeros escritores, nos facilita resolver la composición de los elementos del gran Imperio de los Incas, y clasificar sus partes componentes. El presente estudio hácia tal clasificación Geográfica, es en gran parte provisorio; pero, evitando cuidadosamente toda presunción infundada, y adhiriéndose á los cánones de la crítica que he adoptado después de consultar autoridades eminentes en tales asuntos, confío, que el presente ensayo, resultará cuando menos ser un paso en la verdadera dirección.

Clasificación de las tribus del Imperio de los Incas.

Región Etnológica.	Tribus.	AILLOS ó Linajes.
I. La Región del Inca	1. Incas.	Hánan Cuzcos. Hurin Cuzcos. Incas. Ayamarcas. Quespicanchis. Muynas Quehuars. Huarucos. Urcos. Chinchapucyus. Rimactampus. Papris. Mascas. Chillquis. Poques. Mayus. Cancus.
	2. Canas.	Añaviris. Canas. Canches. Caviñas.
	3. Quíchuaa.	Yanahuaras. Chumpi-vilcas. Cotaneras.. Cotapampas. Aymaras. Uma-sayus.
	4. Chancas.	Hancohuallus. Quiñuallas. Utusullas.

		Urumarcas. Vilcas. Tacmanas. Pocras. Iquichanos. Morochucos
	5. Huancosa.	Sausas. Huancavilcas. Llacsapalancas. Pumpus. Chucurpus. Ancaras. Huayllas. Yauyus.
	6. Rucanas,	Rucanas. Sorras. Collahuas. Huamampalpas.
II. La Región del Collao.	1 Collas. 2 Lupacas. 3 Pacacas. 4 Carangas. 5 Urus. 6 Collahuayas. 7 Quillacas.	
III. La Región de Chincha-suyo.	1 Huanucus. 2 Conchucus. 3 Huamachucus. 4 Casamarcas. 5 Chachapuyas. 6 Huacrachucus. 7 Huancapampas. 8 Ayahuacas.	{ Casa Callua. Ayahuaca.
IV La Región de Quita.	1 Quitus ó Caras 2 Llacta-cuncas. 3 Ancamaracas.	16 Ayllus. 3 Ayllus.

	4 Hambatus.	5 Ayllus.
	5 Muchas.	6 Ayllus.
	6 Puruas.	31 Ayllus.
	7 Tiquisambis.	4 Ayllus.
	8 Lauis.	9 Ayllus.
	9 Cañaris.	24 Ayllus.
	10 Paltas.	4 Ayllus.
	11 Zarzas.	13 Ayllus.
	12 Puritacus.	
	13 Cullahuasus.	
	14 Linguachis.	
	15 Cayambes.	{ Muchos.
		{ Ayllus.
	16 Utaballus.	7 Ayllus.
	17 Chimbus.	6 Ayllus.
	18 Carangues.	
	19 Huancavilcas.	18 Ayllus.
	20 Mantas.	8 Ayllus.
	21 Caras.	
	22 Tacamis.	
V. La Región Yunca.	1 Colanes.	
	2 Etenes.	
	3 Catacaos.	
	4 Sechuras.	
	5 Morrópes.	
	6 Chimus.	
	7 Mochicas.	
	8 Changos.	

APÉNDICE SOBRE EL NOMBRE AYMARA

El nombre *Aymara* ha sido general aunque erróneamente aplicado al pueblo que mora en la hoya del Lago Titicaca, en esa región que es conocida como el Collao. El nombre en realidad pertenece á un *ayllu* ó linaje de la tribu Quichua, que vive en una parte muy diferente del Perú, y del todo sin conexión alguna con los habitantes del Collao. La impropia aplicación de tal nombre, ha causado mucha confusión, y por ende ha inducido á varios hombres de gran prestigio y de notoria ilustración á muy graves errores. Es por ello que fluye la necesidad de que tan importante cuestión sea investigada de la manera más seria posible.

Para sostener la teoría de que el *Aymara* es el nombre de la nación ó gentes de lo que constituye el Collao, se ha afirmado:—Primero, que el nombre en cuestión era aquel con el cual era designada la gente que poblaba la cuenca del Titicaca antes de que existiera el imperio de los Incas; y como prueba de tal referencia se cita el capítulo 10º del libro III de los «Comentarios Reales del Perú», por Garcilaso de la Vega. La lectura de este capítulo 10º mostrará que Garcilaso no apunta, ni hace alusión alguna á este respecto.

La segunda razón que se trae á colación respecto á que la palabra Colla (nombre con el cual eran conocidos los habitantes de la hoya del Titicaca tanto por los Incas cuanto por los posteriores conquistadores españoles), es más nueva que la de Aymara, es, porque se sostiene que los Aymaras fueron sojuzgados por los Incas antes de que éstos se anexionaran la región del Collao.

Garcilaso, autor que describe la série de conquistas de los Incas, dando de ello las más circunstanciadas noticias, asevera algo que dice todo lo contrario: muy particularmente que el Collao fué conquistado por el tercero y cuarto In-

II

cas, (1) mientras que los Aymaras fueron sometidos á su dominio posteriormente por el quinto Inca. (2)

Así mismo, no se presenta claro, si la fecha de la conquista de estas tribus pueda ser considerada como teniendo relación alguna con la relativa antigüedad de sus nombres, ni porque su antigüedad pueda implicar nada en su correcta aplicación.

La tercera aseveración que se hace, es que la tribu Aymara, mencionada por Garcilaso, moraba en el Collao antes de la conquista española.

Al presente debo mostrar, por medio de un encadenamiento de pruebas, que la posición geográfica de los indios de la tribu Aymara, ha sido mal entendida; y que su morada hallábase algunos miles de millas del punto más cercano del Collao.

Finalmente, la antigüedad del así denominado nombre Aymara y de la nación igualmente significada, según se asevera, ha podido ser interpretada por la alusión que Garcilaso hace de su anexión durante los períodos del tercero y cuarto Incas.

1. Nunca Garcilaso hace la más remota mención de la palabra Aymara cuando relata las campañas del tercero y cuarto Incas, quienes sojuzgaron á los Collas, y no á los Aymaras.

No hay para qué explicar mi manera de ver la cosa, en cuanto concierne el nombre Aymara.

2. Es muy sabido, que durante los tres últimos siglos el idioma de los moradores de la cuenca del Lago Titicaca se ha denominado Aymara, y que, en unos 200 años, tal término se ha extendido á todo el pueblo que lo habla, quienes son llamados al presente indios *aymaras*, aunque su país es conocido como el Collao. Sin embargo, en el curso de mis estudios sobre los primitivos escritores españoles, llaméme seriamente la atención el no encontrar en sus páginas ni por asomos la palabra Aymara, á pesar de que sus habitantes son mencionados á cada paso con el nombre de Collas, y más de una vez descríbeseles. Insistiendo en mis indagaciones, adquirí el conocimiento de que ninguno de los escritores coetáneos de la conquista española, quienes describen á los habitantes del Collao, nunca mencionan la palabra Aymara.

(1) G. de la Vega, I. lib. II, caps. 18, 19, 20; lib. III, cap. I á 8.

(2) Ibid., I. lib. III, cap. 10.

III

He estudiado los escritos de siete autores contemporáneos de la conquista española, quienes mencionan el Collao; cinco de ellos han residido en el país, mientras que dos de ellos fueron historiadores que bebieron en fuentes originales, sin haber estado en el país.

3. *Francisco de Jerez* (1547), Secretario de Pizarro, quien publicó su libro en la fecha arriba indicada, hace alusión al Collao, pero nunca menciona la palabra Aymara.

4. *Polo de Ondegardo* (1550) era un estadista de mucha ilustración, y alguna vez fué gobernador de Charcas. Practicó una información minuciosa sobre las leyes y usos de los indios, incluyendo á los del Collao. Parece que nada omitió en este respecto, entrando en los más pequeños detalles; con todo, jamás aparece en su manuscrito el nombre Aymara.

5. *Gomara* (1553) fué un compilador y nunca estuvo en el Perú, pero vivía en Sevilla y tuvo á su disposición copiosos documentos originales. Su historia publicóse en el período arriba citado, y en ella hace mención del Collao, pero la palabra Aymara no figura una sola vez en sus páginas.

6. *Cieza de León* (1554), el apuesto soldado y gráfico narrador, que siempre tiene prolijo cuidado en dar el nombre de cada una de las tribus que encuentra, y que consagra dos capítulos á una relación sobre los Collas, tampoco consigna una sola vez la palabra Aymara. La «Crónica del Perú» de Cieza de León es una obra voluminosa, y una de las mejores que se han escrito durante el tiempo de la conquista. Se compone de cuatro partes; la primera, única impresa (*), consta de 570 páginas impresas en tipo menudo y en formato de 12°. Es muy prolijo en cuanto á los nombres de las tribus con las que estuvo en contacto, y si las gentes del Collao hubieran sido llamadas Aymaras, es seguro que él las habría denominado con ese nombre. Pero como su nombre era Collas, es así como él las llama.

7. *Zárate* (1555), hacendista, fué un escritor que visitó el país. Habla de los Collas, pero nunca de los Aymaras.

8. *Levinus Apollonius* (1567) fué un compilador que publicó su obra sobre el Perú en Antuerpia, este cita-

(*) Posteriormente, á lo que escribe Mr. Markham, el americanista don Marcos Jimenez de la Espada, ha publicado las partes inéditas de la obra de Cieza de León. Trad.

do año. Escribió en latín, é invariablemente ha llamado á los moradores de la cuenca del Titicaca «Collaoes», y á su país «Regio Collaonibus». La palabra Aymara no se presenta en su libro.

9. *Fernández, el Palentino* (1571), cronista del Perú, á menudo hace mención del Collao, en su relación de las guerras de Gonzalo Pizarro y Girón, pero ni una sola vez menciona la palabra Aymara.

10. Según D'Orbigny y otros que sustentan la teoría «Aymara», existía una nación llamada así, y su nombre era muy anterior á los Incas, siendo el país que aquella ocupaba la cuenca del Lago Titicaca, entre los 15° y 20° lat. S. Sin embargo, todos los escritores que han visitado esa región durante el período de la conquista española—y esto sin excepción alguna—y que han dado noticia de sus habitantes, concuerdan en designarla con otro nombre, y á ninguno de ellos se le ocurre mencionar la palabra Aymara. Si tal hubiera sido el nombre de la nación que conocieron, no hubieran dejado de aplicárselo. Su silencio prueba que el nombre era entonces desconocido en el Collao, así como el del pueblo al cual al presente tan incorrectamente se le aplica, y el cual pueblo era entonces llamado de los Lupacas, Collas, Pacasas, etc.

11. Ahora ocupémonos de los autores que han escrito sobre el Perú, durante la generación que se siguió á la conquista española. Hemos visto ya, que el nombre Aymara no se aplicó á los habitantes del Collao en el tiempo de la conquista, y ahora veremos que tal designación era igualmente extraña en la generación que vino después. De los de esta categoría citaré á siete (aparte los gramáticos jesuitas de los que separadamente trataremos), y son, Balboa, Acosta, Herrera, Garcilaso de la Vega, Ramos, Montesinos y Calancha; todos ellos conocían el país, excepto Herrera.

12. *Miguel Cabello Balboa* concluyó su historia del Perú en 1586. Hace mención de la conquista del Collao por los Incas, y dice que el nombre de su rey era Colla. (3)

Llama á la comarca Collao, á sus moradores Collas, y ni una sola vez hace mención de la palabra Aymara.

Acosta (1590), Jesuita, compuso su obra en ese mismo período, y habla bastante del Collao y de los Collas; pero tampoco hace la mas remota mención de la palabra Aymara.

(3) Ternaux, Colección—pp. 55, 87, 151 y 182.

Herrera (1601), el gran historiador de las Indias, á quien se le franqueó ámpliamente cuanto documento oficial se poseía, publicó su obra en 1601 á 1615. Sin discrepancia alguna llama Collao á la región del Lago Titicaca; y cuando hace uso de la palabra Aymara, es sólo para probarnos de manera directa, que éste no era el nombre del pueblo del Collao. (4)

Garcilaso de la Vega (1609), cuyos «Comentarios Reales» son sin disputa la más valiosa obra que trata del antiguo Perú, llama de manera invariable Collas á los habitantes de la cuenca del Titicaca; y su cita de los Aymaras nos dá una prueba más de que éstos no tenían conexión alguna con los indios que ahora tan incorrectamente llevan ese nombre. (5)

Alonso Ramos (1620), Jesuita, escribió su historia de Copacabana en 1620, y la mención que hace de los Aymaras y Collas prueba, como lo explicaremos luego, que aquellos eran extranjeros ó forasteros, y los últimos naturales del Collao. (6)

Fernando Montesinos, el licenciado, pasó muchos años en el Perú, y escribió sus memorias históricas hácia 1652. Siempre designa como Collao la comarca situada en la cuenca del Titicaca, y nunca menciona la palabra Aymara.

Calancha (1653) nació y murió en el Perú. En su historia de los actos de los Hermanos de la Orden Agustina en ese país, cuya publicación se hizo en el año arriba indicado, se prueba de manera clara, que los Aymaras eran una tribu que no tenía afinidad alguna con la región del Titicaca. (7)

13. Estas pruebas de que la palabra Aymara no era

(4) Véase parágrafo 20.

(5) Véase los párrafos 16, 17 y 19.

(6) Véase parágrafo 32. La palabra se presenta dos veces en Ramos, una en la lista de los colonizantes de Copacabana, y otra vez cuando dice que *Titi* significa un gato salvaje en Aymara, caps. 6 y 7.

(7) Véase parágrafo 21. La palabra se presenta cuatro veces en la obra de Calancha, dos al mencionar la verdadera provincia, p. 724 y 855, una al referirse á los colonizantes de Copacabana, p. 6 (II), y sólo una vez al significar el idioma de la parte del sur, p. 860.

el nombre de los Indios del Collao en el tiempo de la conquista, aunque las juzgo del todo concluyentes, son negativas. Ahora voy á adueir pruebas positivas de que los Aymaras, en el período de la conquista y aún antes, formaban una tribu enteramente distinta de la del Collao; que hablaban, aquellos, un idioma diferente, y vivían en una comarca remota del Perú.

14. Garcilaso de la Vega es el único autor que describe los progresos de las sucesivas conquistas de los Incas, dándonos de éstas menudos detalles. Según él, el tercero y cuarto Incas, conquistaron toda la región del Collao, extendiéndose en la parte sur hasta el Lago de Paria. El quinto Inca, llamado Ccapac Yupanqui, en seguida fijó su atención en la región del occidente del Cuzco, llamada por los Incas Cunti-suyo. Siguiendo las huellas trazadas por este quinto Inca, y por su general Auqui Titu, en dos campañas consecutivas, fácil nos será descubrir de donde proviene en puridad de verdad el nombre Aymara, y cuán extraño es él al idioma y á las gentes del Collao. La circunstanciada relación que Garcilaso nos hace de las expresadas campañas, hállese reproducida, hasta cierto punto, por Herrera. (8)

15. Limita el Collao por el oeste y el este por dos elevadas cadenas de montañas, las cuales están unidas por un nudo al norte, formando así la división de las aguas entre el área tributaria del Lago Titicaca y la del caudaloso río Apurimac. En la vertiente septentrional de este nudo hállese las fuentes del Apurimac y sus afluentes, y la región que tales corrientes riegan es el Cunti-suyo de los Incas. El mismo Apurimac orilla y limita á Cunti-suyo en el este y el norte. Esta región era habitada por la nación Quichua; y dividíase en seis tribus denominadas Cotapampas, Cotaneras, Yanahuaras, Chumpivilcas, Aymaras y Umasayus.

16. El Inca Ccapac Yupanqui, después de haber cruzado el río Apurimac en el puente sagrado (*Huaca-chaca*), entró en la comarca de los Yanahuaras y visitó una ciudad sita allí, llamada Piti. Todos estos nombres pueden ser identificados. El Huaca-chaca aún subsiste sobre el Apurimac; Yanahuara está en la moderna provincia de Cotabambas, y Piti es un pueblo de la misma. De Yanahuara el Inca adelantó al territorio de otra tribu conocida con el nombre de Aymaras, á cuyos guerreros encontró acampados en un cerro llamado Mucansa. Esas gentes tomaron el partido

(8) Herrera, Déc. V, cap. 3. Fernández, II, lib. II, cap. 41

VII

de someterse al Inca, quien scampó en un sitio de la comarca de los Aymaras llamado Huaquirca (9). Fácil es comprobar también tales nombres. Los Aymaras son los indios de la actual provincia de Aymaraes, moradores de la parte superior del río Pachachaca ó Abancay. El Cerro de Mucansa hállase en su frontera entre Cotabambas y Aymaraes. Huaquirca es un pueblo de Aymaraes. El Inca allí dirimió una disputa sobre pastales entre los Aymaras y sus vecinos los Uma-sayus. Este Umasayu (10) (que se ha confundido con el Omasuyos de la parte oriental del Titicaca) era un distrito sobre la frontera occidental de los Aymaras. En prueba de ello ahí están los pueblos de Totorá y Chiriquí, que Calancha y Pinelo nos dicen que estaban en este Umasayu, y que todavía existe (11).

17. En la segunda campaña incaica, el general Auqui Titu otra vez atravesó el Apurímac en Huaca chaca, recorrió la provincia de Cotapampa (la moderna Cotabambas), y penetró en la de Cotaneras, cuyos moradores declararon que querían ser vasallos del Inca, para así libertarse de la tiranía de sus poderosos vecinos los Chancas (12). En seguida el general inca prosiguió adelante, sometiendo la comarca que yace á ambas orillas del río Abancay, comarca que también la poblaban los Quichuas.

Garcilaso dice que uno de los brazos del Abancay corre después de pasado el pueblo de Chuquinca. Así es como venimos en conocimiento de que la tribu de los Aymaras habitaban en la parte alta del valle del río Abancay ó Pachachaca; que los Cotaneras ocupaban en las praderas altas entre dicho valle y Cotabambas, así como en parte del valle que está más abajo; y que los Chancas, los temibles enemigos de ambas tribus vecinas, estaban establecidos en los valles de la parte inferior de Andahuailas y Abancay.

(9) G. de la Vega, lib. III, cap. II.

(10) En la primera edición de Garcilaso (1609) se lee Umasayu; en la segunda edición de 1723 está impreso Umasuyu. Véase también una carta de Juan de Padilla («Papeles Varios»).

(11) Calancha, III, cap. 12, p. 855. Los distritos de Cotabambas y Umasayu estaban comprendidos en un solo Corregimiento (véase la carta de Juan de Padilla, 1660, «Papeles Varios»). En este «Corregimiento de Cotabambas y Umasayu», los Padres Agustinos tenían las doctrinas de San Agustín de Cotabambas, Chiriquí y Chuquibamba, Mamara y Turupay, Totorá y Oropesa, y San Juan de Totorá.

(12) Garcilaso de la Vega, III, cap. 12.

VIII

18. Menester ha sido entrar en estos detalles geográficos, por lo mismo que esta materia ha sido mal entendida de una manera total. Se ha creído que Uma-sayu es el Omasuyos del oriente del Lago Titicaca, y que si los Aymaras confinaban con esa parte, por lo tanto debían ser moradores del Collao. Es que en realidad hay dos Uma-suyus. El que se hallaba en la circunscripción occidental del Imperio Incaico, fué después incluido en el Corregimiento español de Cotabambas y Umasuyu (13). La dirección que siguió la conquista de los Incas, el paso del Apurímac en Huacachaca, y la mención que se hace de Cotabambas, del Cerro de Mucansa, de los pueblos de Piti, Huaquirca, Chuquinca, Totorá y Chiriqui, así como del río Abancay, nos suministran datos para fijar la exacta posición de la comarca Aymara.

19. Cuando los Chancas se rebelaron y con gran copia de gente marchaban contra el Inca Uira-cocha, Garcilaso dice, que «20,000 guerreros vinieron en su auxilio de varias partes de Cunti-suyu, que dista cerca de 20 leguas, y que pertenece á la nación Quichua; y que estos refuerzos los formaban tribus de los Cotapampas, Cotaneras, Aymaras y otras, confinantes en esa dirección con el territorio de los rebeldes». (14)

20. Aún existen más pruebas que fijan la exacta posición de la nación Aymara. Herrera (15) nos dice que cuando Hernando Pizarro se encaminaba desde la costa á atacar á Almagro en el Cuzco, partió de Nasca, trasmontó la cordillera sobre Parinacochas, y de ahí atravesó una región despoblada para llegar á la provincia de Aymaras; luego se dirigió por Totorá y la provincia de Chumpivilcas hácia el Apurímac. Todavía existe el pueblo de Totorá en la provincia de Aymaraes. El rebelde Girón, también emprendió su marcha, en 1552, desde Nasca, cruzó las Cordilleras para penetrar en la provincia de los Aymaras, y batió al Mariscal Alvarado en Chuquinca sobre el Abancay. De allí descendió el valle de Abancay, para incendiar los pueblos de los vecinos indios Chancas, quienes habían prestado auxilio á sus enemigos. Todo esto nos es conocido, con los más mi-

(13) Carta de Juan de Padilla.

(14) G. de la Vega, V, cap. 17, «Quechuas de los apellidos Cotapampa y Cotaneras», lib. V, cap. 23.

(15) Herrera, Déc. VI, lib. IV, cap. 4.

nuciosos detalles, en la relación que hace Fernández, el Palentino (16).

21. El Padre Calancha, en su historia de la Orden Agustiniiana del Perú, igualmente y de modo preciso señala la posición de la comarca de los Aymaras, y la de sus vecinos los Uma-sayus (17). Dice que los Agustinos fueron enviados á la conversión de los Uma-sayus y á la de los Cotapampas, manifestando que ellos confinaban con la provincia de Cotabambas. Y aún agrega, que el país de los Aymaras se halla á unas 30 leguas O. N. O. del Cuzco; que es una comarca montañosa con valles amenos, llanos fértiles, y con picos elevados en su serranía. Sus pueblos, añade, son Huaquirca, Sobayno, Antabamba y Calcauso. Todos estos lugares están en la moderna provincia de Aymaraes, á unas 70 ú 80 millas al oeste del Cuzco.

22. Toda esta série de pruebas, á no dudarlo, fijan la verdadera posición que ocupaban los antiguos Aymaras, y que la moderna provincia de Aymaraes es la misma. Los Aymaras formaban una poca numerosa tribu de la nación Quichua, cuya morada era la parte remota del valle de Abancay; teniendo por vecinos á los Uma-sayus, los Cotapampas y los Cotaneras. No tenían conexión alguna con las gentes del Collao, sino que eran Quichuas, de los Quichuas muy adictos vasallos de los Incas (18), y que hablaban la lengua llamada quichua, lengua que hasta el presente hablan sus descendientes.

23. Desde que se ha introducido el craso error de llamar á los habitantes del Collao con el nombre de Aymaras, y perpetuándose tal designación por uso inveterado; todas las gentes han caído en la mayor perplejidad al encontrarse con que existen unos *verdaderos* Aymaras en una parte del Perú á tan enorme distancia del Collao. D'Orbigny [19] cita un censo practicado en 1795, en el cual se tropezó con la dificultad de clasificar á los *verdaderos* Aymaras, que hablan el Quichua, con los otros llamados Aymaras del Collao. Pero tan arbitraria y falsa clasificación nada prueba. Se ha creído que la Provincia de Aymaraes era el límite más septentrional de la nación del Collao; y con ello se ha

(16) Fernández, «Hist. del Perú», Parte II, lib. II, caps. 44, 45 y 50.

(17) Calancha, III, cap. 37, p. 724; IV, cap. 12, p. 855.

(18) G. de la Vega, V, cap. 17; Ramos, cap. 7.

(19) «L'Homme Americain», I, p. 310.

pretendido zanjar la dificultad. Pero, haciendo hincapié en la opinión que sustentamos respecto á que no existe ni la más remota prueba para tal proposición, insistimos en que la cosa es evidentemente imposible. El punto que del Collao á Aymaraes es más próximo, dista nada ménos que 150 millas, y más de 200 por el único camino transitable—el que recorrió el Mariscal Alvarado en su jornada contra el rebelde Girón. El espacio que se halla entre una y otra comarca, hallábase poblado por tribus que eran hostiles á los Collas, y que no hablaban su lengua. En primer lugar estaban los Canas, con quienes los Collas guerreaban y tenían peleas infructuosas ántes de las conquistas incaicas [20]. A esto se agregaba que era preciso trasmontar una faja montañosa elevada é inhabitada. Luego venía el río Apurímac, que era forzoso atravesar. Tras estos obstáculos era menester habérselas y vencer la resistencia de las tribus Chumpivilca, Yanahuara, Cotapampa, Uma-sayu y Cotanera. Tal era la série de obstáculos que se anteponían para que los moradores del Collao pudieran penetrar en la provincia de los Aymaras, y agregarla á su frontera septentrional. No hay para qué agregar, que no existe documento ni tradición de que tal cosa se hubiera intentado.

24. Queda, pues, incontestablemente probado, que los habitantes del Collao no eran llamados Aymaras durante ó ántes de la conquista española; que los verdaderos Aymaras constituían una reducida tribu Quichua, que vivía en una parte del Perú remota del Collao, y, por consiguiente, que la palabra es estraña é impropia para significar el idioma que se conoce con el exótico nombre de Aymara. Nos queda á investigar cuál ha sido la circunstancia que originára que tan inapropiado nombre fuera aplicado á las gentes que poblaban el Collao y á la lengua que ellas hablaban.

25. Aparece que la primera vez que se hizo la aplicación de la palabra Aymara á la lengua del Collao fué por los Jesuitas, quienes hallábanse establecidos en un pueblo próximo á la orilla del Lago Titicaca, llamado Juli, por el año de 1570. Allí tenían un Colegio y cuatro parroquias, y dedicábanse al estudio de las lenguas indígenas [21]. Y sucedía que ahí estaban descendientes de colonos de todas las partes del Perú, establecidos en tiempos atrás, en Juli, [22]

(20) Cieza de León, cap. 100.

(21) Arriaga, «Extirpación de la idolatría», cap. 20, p. 123.

(22) Bertonio.

siendo los más numerosos de dichos colonos cierto número de Aymaras; [23] y la lengua que éstos hablaban, aunque basada en la del Collao, estaba muy adulterada. Los Jesuitas dieron el nombre de Aymara á la lengua que aprendieron en Juli, y viendo que se hacían entender por los otros indios moradores de la cuenca del Lago Titicaca, hicieron extensiva tal denominación á la lengua y á los habitantes del Collao. Aceptóse por otros escritores, casi sin excepción, como el nombre propio del idioma, á falta de otro mejor, pero nó como el que correspondía á los habitantes del Collao.

26. Entre los primeros Jesuitas establecidos en Juli, contábase á los escritores Gonzalo Holguin, Diego de Alcobaga y probablemente Blas Valera. [24] El primer ejemplo que he encontrado, en que el nombre Aymara está aplicado á una lengua del Collao, ocurre en las «Ordenanzas» del Virrey don Francisco de Toledo, quien nombró á Gonzalo Holguin, persona entendida en tres lenguas habladas por los indios (Quichua, Puquina y Aymara), como á su Intérprete General, con el sueldo de 500 pesos anuales; el despacho está fechado en Arequipa, el día 10 de septiembre de 1575. [25]

27. Diego de Alcobaga, otro de los antiguos Jesuitas establecidos en Juli, era un criollo oriundo del Cuzco, y recibió su educación junto con Garcilaso de la Vega, autor de los «Comentarios Reales». Ambos niños asistieron á la escuela en el Cuzco, en casa del recomendable y anciano canónigo Juan de Cuellar, quien enseñaba algo de gramática y á leer el latín á unos diez y ocho muchachos criollos. Cuando éstos crecieron en años, Garcilaso fué enviado á España, en 1550, mientras que su compañero de escuela ingresó como misionero Jesuita en su país natal. Ambos amigos sostuvieron una correspondencia epistolar. En 1603 Alcobaga mandó al Inca Garcilaso un «Confesionario», que había sacado á la estampa en Lima en 1585, en tres idiomas—«Español, la lengua general del Cuzco, y la especial de la provincia llamada Aymara». [26] Alcobaga asimismo envió á su amigo una descripción de las famosas ruinas de

(23) Blas Valera.

(24) Hervas dice que el P. Blas Valera era «contemporáneo y compañero de Bertonio», I, p. 244.

(25) Título XV, p. 84.

(26) G. de la Vega, Parte II, lib. I, cap. 23. Véase también von Tschudi, Kechua-Sprache, p. 26.

Tiahuanacu, (27) é informábale de los acaecimientos ocurridos en el Perú y Chile desde su partida. [28] Es así como Garcilaso nos dá la breve noticia que copiamos tocante á los Jesuitas: «Un Padre de la Compañía de Jesús compuso un auto Sacramental en honor de Nuestra Señora la Virgen María. Estaba escrito en lengua Aymara, la cual era diferente de la lengua general del Perú..... Los actores eran muchachos indios, y la representación se verificó en un pueblo llamado Sulli». (29) Es lástima que Garcilaso no entre, aquí, en más detalles para explicarnos cómo era que una lengua que se hablaba en Sulli (Juli), sobre las orillas del Lago Titicaca, tenía el mismo nombre que el de una tribu que moraba á cientos de millas más allá, y cuyo sojuzgamiento y hechos guerreros consiguientes él mismo refiere. Lo que se infiere claramente, es que jamás pudo ocurrírsele á él, que los Jesuitas hubieran dado este nombre á una lengua del Collao, por cuanto habla del nombre como que se aplica á la lengua «de la provincia llamada Aymara», es decir, la provincia que él mismo describiera situándola al oeste del Cuzco, y nó en el Collao. La mención de un pueblo llamado *Sulli* puede no estar de acuerdo en su espíritu con la verdadera localidad; pues la única vez que el cita Juli, lo escribe de tan distinto modo—*Chulli*. (30)

28. No es menester hacer grande esfuerzo para darse cuenta de cómo el nombre Aymara fué tan mal aplicado por los Jesuitas de Juli. El Padre Alonso Ramos, historiador de Copacabana, nos refiere que cuando el Inca Ccapac Yupanqui adquirió una gran veneración por este sitio sagrado, resolvió trasladar á todos los naturales del Collao al pueblo vecino de Yunguyo, y reemplazólos con *mi-timaes*, ó colonos, que hizo venir de las provincias más lejanas del imperio. (31) Ramos enumera 43 tribus de las cuales se sacó á los colonos, incluyéndose á los Incas, Canas, Aymaras, Chumpivilcas, Yanahuaras y Chancas. Entre aquellos que en mayor número se contaban, según Blas Valera, (32) y

(27) G. de la Vega, Parte I., lib. III, cap. I; Parte II, lib IV, cap. 10.

(28) G. de la Vega. Parte I, lib. VII, cap. 25

(29) Parte I, lib. II, cap. 28.

(30) Parte I, lib. II, cap. 20. En la edición de 1609, así como en la de 1723, Cieza de León lo escribe Xuli, cap. 104.

(31) Ramos, cap. 7; Herrera, Déc. V, lib. III, p. 74.

(32) Lib. II, cap. 9.

XIII

Calancha, (33) estaban los Aymaras. Los descendientes de estos colonos desparramáronse desde la península de Copacabana hácia el interior, y fijaron su residencia en el pueblo de Juli. Y por cierto, Blas Valera afirma que, en su tiempo, todos los habitantes de Sulli (Juli) eran Aymaras. (34) Hay en ello mucha exageración, porque Bertonio menciona á gentes que pertenecían á los Chinchaysuyus, Canas y otras tribus, que en esa época vivían en Juli. (35) Por lo tanto, hay que colegir que los descendientes de los colonos Aymaras constituían la parte más numerosa de la población de Juli en esos tiempos.

29. Durante la residencia de más de un siglo, y especialmente en el trascurso de la generación posterior á la conquista española en que los casamientos con mujeres naturales del país hubieron de ser frecuentes, los descendientes de estos colonos Aymaras, á la vez que conservaban el nombre del *ayllu*, ó tribu, que les era originaria, gradual é insensiblemente adoptaron la lengua de las gentes del Collao en cuyo ambiente vivían, aunque conservaban muchas palabras de su lengua madre. (36)

Ahora, pues, se ha visto que Juli era el lugar preciso en el cual los Jesuitas habían fijado su residencia, y entre éstos Holguin y Alcobaça. Ahí fué que aprendieron la lengua del Collao, en forma muy incorrecta, de boca de los descendientes de los colonos que habían sido llevados de la lejana provincia Quichua de Aymara; (37) y aquellos, aunque muy impropriamente, á la vez que obraban de buena fe y con naturalidad, diéronla el nombre de los colonos Aymaras, puesto que la aprendieron de sus descendientes. Tal es á mi juicio la explicación más probable de semejante error. El nombre Aymara fué adoptado para la lengua por los Je-

(33) 14. lib. I, p. 6.

(34) MSS. deteriorados de Blas Valera; pasage copiado por Garcilaso en sus «Comentarios», Parte I, lib. VII, cap. 4.

(35) Hananusuyus, Hurinsuyus, Chinchaysuyus, Canas y Ayancas.

(36) Tal era el caso especialmente con los Chinchaysuyus: Bertonio, «Prefacio»:—«Muchos usan diferentes palabras para significar la misma cosa, aún en este pueblo de Juli, en el cual los Hanasuyus difieren de los Hurinsuyus y Hayancas; y los Chinchaysuyus, nacidos aquí, hablan muy de distinta manera de los demás».

(37) Bertonio.

suitas de Juli; introdujose en la obra de Garcilaso (38) en las dos citas que hace de las cartas de Alcobaca, é igualmente ocurre dos veces en la crónica de Herrera. (39) Al dar los Jesuitas tal nombre á la lengua, no estaban léjos de aplicarlo á la masa total de los indios del Collao, que entendían ese idioma.

30. Las obras posteriores, después de que salió á luz el «Confesionario» de Alcobaca, en el cual la lengua del Collao es denominada Aymara, fueron escritas por Bertonio. El Padre Jesuita Ludovico Bertonio, italiano y oriundo de las *marcas* de Ancona, vino por primera vez al Perú en 1593. é ingresó en el Colegio de Juli unos veinte años después; fué él quien aplicó el nombre Aymara á la lengua del Collao. Se deduce que él nunca había de calificar esa lengua por otro nombre. Estudióla en la forma adulterada en la cual se hablaba en Juli, durante veinte años. En 1603, vió la luz en Roma su «Arte breve de la lengua aimara», y una segunda y mejor edición fué impresa en Juli. Su «Vocabulario Aymara» fué concluido el 10 de julio de 1611, y también imprimiósse en la casa de los Jesuitas de Juli. (40)

Puede darse á este libro el nombre que merece de un verdadero diccionario, porque comprende 398 páginas, y encierra varias centenas de voces; pero, á la vez, hay en él buen número de palabras Quichuas que se habían introducido entre las gentes que vivían en Juli, y se vé á todas luces que fué compilado tomando las palabras de boca de indios de las tribus Quichuas—entre éstas de la de los Aymaras—las que en calidad de colonos moraban en Juli. De ello nos dá

(38) La palabra se halla consignada ocho veces en Garcilaso. En la Parte I, lib. II, cap. 28, al mencionar el auto representado en Sulli; en el lib. III, cap. 10, dos veces; cap. II y lib V, cap. 47, al relatar los hechos de los verdaderos Aymaras; y en la Parte II, lib. I, cap. 23, dos veces, al mencionar el «Confesionario» de Alcobaca. La octava vez está en la cita de Blas Valera, I, lib. VII, cap. IV, donde dice que los pobladores de Juli eran todos Aymaras.

(39) «Hablan la lengua general, que se llama *Aimarán*, y también de los Ingas, y pocos hablan la particular».—Herrera, Déc. VIII, lib. V, cap. 3. Pero el cronista real, que nunca estuvo en las Indias, evidentemente que tenía muy confusas ideas respecto á estas lenguas. El nombre se presenta en otro lugar en Herrera, cuando habla de la provincia verdadera, Déc. VI, lib. XIV, cap. 4.

(40) Bertonio igualmente tradujo al Aymara para el uso de los indios, una vida de Cristo por el Licenciado Alonso de Villegas (Juli, 1612, 4.º)

suficientes detalles el Padre Bertonio. Dícenos que los indios de diferente origen le dieron varias palabras para una misma cosa, de modo tal que la palabra que se obtenía de un indio no concordaba acaso con la que para tal cosa él había consignado en su diccionario; y cree él, necesario declarar, que ninguna de las palabras era de su propia invención. (41) Se vé evidentemente que había una especie de Babel en Juli.

31. Otro Jesuita, Diego de Torres Rubio, publicó su breve gramática y vocabulario de la lengua á la que se había dado en el prurito de llamar Aymara, é hízose la edición en Lima en 1616. El vocabulario es muy pobre, consistiendo de unos 1690 vocablos, de los cuales un veinte por ciento son Quichuas. Esta considerable preponderancia de palabras exóticas, cual se ha mostrado, hace ver que los Jesuitas habían aprendido el idioma en cuestión de boca de los descendientes de los Aymaras y de otros colonos, en vez de beberlo en la fuente genuina de los moradores mismos del Collao.

32. Herrera en un ejemplo, Garcilaso en una sola cita, el Virrey Toledo y Ramos y Calancha, adoptaron el nombre puesto por los Jesuitas de Juli para la lengua del Collao; pero con todo y de modo invariable designan á los habitantes con el de Collas, y nunca jamás con el de Aymaras. Todos ellos sabían perfectamente que los Aymaras eran una tribu del Cunti-suyu, la cual tribu hablaba la lengua general, y cuya morada estaba al occidente del Cuzco. (42) Ramos nos hace ver que claramente así lo entendía, porque dice que sólo los colonos, y entre éstos los Aymaras, tenían permiso para entrar al templo de Copacabana; mientras que los Collas, ó naturales de la comarca, por ser inmorales y lascivos, estaban excluidos del sagrado recinto; y hace resaltar que tal prohibición era semejante á la ley establecida por los Judíos, que prohibían el acceso al Santuario á las tribus enmedio de las cuales vivían. (43)

33. El nombre Aymara llegó á adoptarse, empero á la lengua del Collao por los Jesuitas y las clases que ahí pre-

(41) «Pero ningún vocablo he sacado de mi propia cabeza». —Bertonio.

(42) Herrera, Déc. VI, lib. IV, cap. 4; G. de la Vega, Parte I, lib. III, cap. 10; Calancha, lib. IV, cap. 12, p. 855; Ramos, cap. 6.

(43) Ramos, cap. 43.

valecían; ello sacaba del apuro á escritores poco escrupulosos que llegaron á aplicarlo á los habitantes mismos del Collao, que hablaban la lengua. Bertonio habla de la «nación Aymara» como que ésta abarcára todas las numerosas tribus que usaban la lengua que él había aprendido entre los colonos de Juli, en el país de los Lupacas. Dichos Jesuitas, fueron los primeros en llamar erróneamente tal lengua Aymara, y en seguida se permitieron bautizar á todas las tribus que la usaban con el dictado de «la nación Aymara». Pero—atendiéndome á lo que he estudiado—la primera ocasión en la cual el nombre Aymara aplicóse á los indios del Collao, por distinta persona fuera de los Padres de la Compañía de Jesús, fué por el Virrey Príncipe de Esquilache, en extenso despacho redactado para la información de su sucesor, y fecha en enero de 1620. (44) Hoy en día el término es universal, y un indio del Collao no comprendería si se le llamara con otro nombre que el de Aymara.

34. En conclusión, debo recapitular mi alegato respecto á este nombre Aymara en pocas palabras. Ante todo he asentado mi aserto de que tal no era el nombre de los habitantes del Collao en ni antes del tiempo de la conquista española, en el hecho de que ningún escritor contemporáneo que hace la descripción del Collao y de sus gentes ni remotamente hace mención del tal nombre Aymara..

He reforzado esta prueba inculcando sobre el hecho que la corrobora de que ni un solo escritor, de aquellos que citan el nombre Aymara en la generación que se siguió á la conquista, nunca aplicó tal nombre á los moradores del Callao, á no ser los Jesuitas de Juli. He mostrado, pues, con considerable número de pruebas evidentes, que el nombre Aymara pertenecía á una poca numerosa tribu de habla Quichua, tribu que no tenía conexión con el mal denominado pueblo de Aymáras. Finalmente, he sugerido el probable origen del error causado por los Padres de Juli.

35. Y no se crea que yo soy causa y origen de toda una novedad, en lo que atañe á esta palabra Aymara, como extraña á los habitantes que hoy la llevan, y ello únicamente porque no se ha hecho una indagación detenida. No ha habido persona que se haya dedicado al estudio de la histo-

(44) Diccé así: «Orden que los Indios Aymaraez de Chiquito, de Mita, no paguen ni de ellos se cobren más que lo que cobran de los que quedan en su provincia».—*Memorias de los Virreyes*, I, pág. 96.

ria americana y á su etnología, que no se hubiera dado cuenta de que tanto la palabra Quichua cuanto la Aymara fueron adoptadas incorrectamente por los españoles, y perpetuándose el uso hasta nuestros días. (45) La lengua Quichua fué conocida siempre con la denominación de lengua general del Perú, lengua de la corte, ó lengua de los Incas, conforme á la autoridad de los escritores primitivos. El Padre Santo Tomás, autor de la primera gramática, dióla el primero el tan antojadizo nombre de Quichua, probablemente porque él la aprendió entre los Quichuas de Cunti-suyu, quienes la hablaban. Ya hemos visto cómo se originó el error de llamar á la lengua del Collao con el nombre de Aymara.

38. D'Orbigny tuvo el buen tino, en cuanto se refiere á la palabra Quichua, de decir que ella era propia de una pequeña tribu, y que por primera vez ella fué aplicada por los españoles á la lengua general. (46) También sabía que la palabra Aymara primitivamente estaba circunscrita para denominar una provincia; (47) pero su falta de conocimiento personal de la geografía del Perú Central, y sus nó atinadas citas de Garcilaso, indujéronle en la errada creencia de que los naturales de dicha provincia hablaban el mismo idioma y eran de la misma raza que los oriundos del Collao. Don Mariano Rivero sabía perfectamente que semejante término había sido meramente adoptado por los europeos por motivos de conveniencia; puesto que nos dice que «*Mr. D'Orbigny les dá el nombre de Aymaraes*». Rivero ha adoptado la nomenclatura de D'Orbigny en sus «*Antigüedades Peruanas*». (48) Pero von Tschudi, en su «*Kechua-Sprache*», sin discrepancia dá á los naturales el nombre de Collas; (49) y en un lugar habla del *Colla-Sprache*, (50) aunque como regla él adopta el nombre Aymara para significar el idioma, y ello á no dudarlo porque en tal sentido largo tiempo había sido usado. Igualmente, Lorente, historiador peruano, usa el término convencional Aymara para la lengua,

(45) «Se suele por los autores modernos llamar Quichua».
—Hervas, I, p. 231.

(46) «L'homme américain», I, p. 255.

(47) «L'homme américain», I, p. 307.

(48) Pág. 28.

(49) I, pp. 15, 16.

(50) I, p. 17.

pero invariablemente habla de los habitantes llamándolos Collas. (51)

37. Entre muchos, quiero hacer resaltar un ejemplo de la confusión que se ha introducido con la torcida aplicación de la palabra Aymara, haciendo que se vean desconcertadas las personas que no poseen pleno conocimiento de la topografía del Perú. Era don Lorenzo Hervas erudito humanista, aunque él, sin embargo, no hubiera visitado personalmente esta parte de la América Meridional. Cuando hubo leído la relación que Garcilaso hace de las conquistas del quinto Inca en Cunti suyu, tocó con lo que tal autor refiere sobre el sojuzgamiento de la provincia Aymara. Inducido en error por los escritos de Bertonio, sobre que la lengua Aymara era hablada por los moradores de las orillas del Lago Titicaca; dedujo naturalmente, que la provincia Aymara que conquistara el quinto Inca también se extendía sobre las costas de dicho Lago Titicaca. (52) D'Orbigny, partiendo de las mismas premisas, y debido á la misma falta de conocimiento de la topografía del Perú, ha incurrido en semejante equivocación. Si tan distinguidos escritores hubieran conocido las posiciones de los lugares mencionados en conexión con la conquista de la provincia Aymara — muy especialmente, de Piti, Cotapampa, Cotanera, Mucansa, Huaquirca, Chiriqui, Totorá y Chuquinca — habrían por cierto evitado caer en idéntico error al de los Jesuitas, del cual raro es el que ha escapado.

(51) «Hist. del Perú», pp. 74, 77, 138.

(52) Hervas, «Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas», I, p. 240.

